

Ética marica

Proclamas libertarias para una militancia LGTBQ

Paco Vidarte



BARCELONA - MADRID

© Paco Vidarte, 2007

© Editorial EGALES, S.L. 2007

Cervantes, 2. 08002 Barcelona. Tel.: 93 412 52 61 Hortaleza, 64. 28004 Madrid. Tel.: 91 522 55 99 www.editorialecales.com

ISBN: 978-84-88052-52-0 Depósito legal: M-45557-2007

© Fotografía de portada: Ángel Pantoja

Diseño gráfico y maquetación: Cristihan González

Diseño de cubierta: Nieves Guerra

Imprime: Infoprint, S.L. c/ Dos de Mayo, 5. 28004 Madrid.



Paco Vidarte

Paco Vidarte (Sevilla, 1970-2008). Doctor en filosofía por la Universidad de Comillas (Premio Extraordinario de Licenciatura) y Máster en teoría psi-coanalítica, actualmente es profesor titular en la Universidad Nacional de Educación a Distancia (UNED). Es especialista en filosofía contemporánea, y en particular, en la obra de Jacques Derrida, sobre el que ha publicado numerosos libros, artículos, conferencias y traducciones. Es autor de *Derritages. Une thèse en déconstruction* (L'Harmattan, 2002), *Filosofías del siglo XX* (Síntesis, 2005), *Guerra y filosofía*, en colaboración con J. García-Caneiro (Tirant lo Blanc, 2002), *Marginales. Leyendo a Derrida* (UNED, 2000), *Derrida*, en colaboración con Cristina de Peretti (Ediciones del Orto, 1998) y *¿Qué es leer? La invención del texto en filosofía* (Tirant lo Blanc, 2006). Desde 2003 es director del curso de enseñanza abierta de la UNED «Introducción a la Teoría Queer». En el ámbito de esta teoría, ha publicado los libros *Homografías* y *Extravíos*, ambos con Ricardo Llamas (Espasa-Calpe, 1991 y 2001) y *Teoría Queer. Políticas bolleras, maricas, trans, mestizas*, en colaboración con Javier Sáez y David Córdoba (Egales, 2005). Fue el promotor de uno de los primeros encuentros queer del estado español, el curso de verano de la UNED en A Coruña «Género y diferencia: estrategias para una crítica cultural» (2001) y ha impartido, asimismo, diversas conferencias donde aplica lecturas queer a las manifestaciones culturales (cine, internet, psicoanálisis, etc.).

www.pacovidarte.org

A mis más que amigos Luis Aragón, Javier Sáez David Córdoba, Jordi Llordella, José Luis Muñoz otra vez a Manuel Andreu y a Sergio P. Sanjuán, a mis hermanos Titi y Babe, a Beatriz y Agustín de Sevilla y a toda la gente que, en vez de mandarme al desguace cuando me conoció, prefirió tunearme porque pensaba que algo tenía de recuperable, pese a mi siniestro total de nacimiento. Aunque nunca lograré pasar la ITV, gracias por todo el tiempo que estáis gastando en un tuning interminable.

ÍNDICE

[Introducción](#)

[¿Qué es ser marica? Cómo veo yo un poco las cosas](#)

[La marica como sujeto político](#)

[Por una militancia a caraperro](#)

[Actuar sin pensar](#)

[Como pollos sin cabeza](#)

[Se acabó el buen rollo](#)

[Solidaridad LGTBQ](#)

INTRODUCCIÓN

—El muy imbécil no conoce el secreto de El Gran Tirano: el arma suprema. ¡Soltaré el Mathmos por toda la ciudad!

—¿Crees que es prudente?

Del filme *Barbarella*

Esto no es un libro. Es un interruptor. Un dispositivo que corta la corriente. Y que a la vez permite que algo se ponga en marcha, que algo se encienda. Me gustaría que la lectura de este libro supusiera un «clic», un chispazo que interrumpiera una cadencia de mierda, una bajada de tensión en el movimiento LGTBQ que debe terminar cuanto antes. Y que se encendiera otra forma de hacer las cosas y de comportarnos como maricas, lesbianas y trans frente a la sociedad y las propias tendencias involucionistas que anidan entre nosotros. Si esto no pasa, este libro no habrá funcionado. Habrá que encontrar otro interruptor que sí funcione y lleve a cabo su cometido correctamente poniendo en marcha nuevas sensibilidades y actitudes, otras formas de hacer política y de comprometernos solidariamente en la lucha contra la homofobia y contra los homófobos.

Escribo en primera persona, desde una situación subjetiva y de discurso bastante problemática, múltiple, contradictoria, singular, sin hacerme portavoz de nadie. Como marica me resulta muy difícil hablar en nombre de otros maricas, mucho más aún en nombre de las lesbianas, de los transexuales, porque estoy convencido de que no se nos puede meter a todos en un mismo saco, ya que nuestras situaciones de opresión y discriminación social son muy diferentes. Hasta el último momento he dudado en bautizar este libro como *Ética LGTBQ*, pero finalmente he respetado mi impulso inicial de escribir una *Ética Marica*, dejando LGTBQ en el subtítulo. Retomo así unos apuntes míos que llevaban cogiendo polvo en el disco duro del ordenador más de diez años, cuando los abandoné para embarcarme en el proyecto de *Homografías*.

Quiero desde un principio dejar claro que no pretendo usurpar la voz de nadie en nombre de una ética de corte universalista, ni anular los rasgos diferenciales de la dominación y la injuria que cada cual soporta y que le llevan a actuar como mejor le parece en un marco de opresión jerarquizado, en el que es mucho más jodido ser trans que marica, incluso sigue siendo mucho más jodido ser lesbiana que maricón. A veces, cuando hablo de maribollos, maritrans, transhomofobia, puede parecer que me limito a repetir una coletilla en la que quepamos todas, pero que la voz cantante la llevan las maricas y a las demás se las incluye en plan buen rollito generoso pero sin mucho convencimiento. Justamente es todo lo contrario, creo que todo el discurso teórico sobre el que me apoyo y el trasfondo revolucionario sobre el que se asienta el movimiento LGTBQ proceden casi exclusivamente de las trans y de las lesbianas. Las maricas hemos contribuido escasamente a la teoría y la praxis revolucionaria y cuando lo hemos hecho ha sido para marginar, excluir y silenciar a lesbianas y trans, apoderándonos de los aparatos de poder, de los micrófonos, megáfonos, cámaras y de todo cuanto los machos ibéricos, sodomitas incluidos, consideran que les sigue perteneciendo por derecho propio.

Si finalmente me he atrevido a ampliar el ámbito de mi enunciación más allá de las maricas, habrá sido siguiendo las pautas de una solidaridad LGTBQ con la que intento ajustar cuentas en el último capítulo y que, desde luego, necesita ser depurada de cualquier rastro de machismo, heterosexismo, lesbofobia, misoginia o transfobia que pueda seguir albergando. Valga esta explicación para pedir disculpas de antemano. No pretendo excusarme ni justificarme con ella, sino aceptar de entrada las susceptibilidades que pueda generar el no haberme limitado a hablar exclusivamente en primera persona, o como marica. No tengo prisa en convertirme en un sujeto rizomático, múltiple, en decir que yo soy muchas, ni en monsergas por el estilo que mudan la buena intención en un elemento de represión más.

He escrito este libro en menos de tres semanas. Esto quiere decir que a lo mejor debería no haberlo publicado y pensarme las cosas un poco más. Pero si ha llegado hasta ti es que a alguien más que a mí, incluidos la editorial y unos cuantos amigos que suelen aconsejarme bien, les habrá parecido interesante, divertido, oportuno o que merece la pena por algún motivo que a mí se me escapa. En ocasiones creo que estas líneas son demasiado privadas, que no pasan de un cabreo mío, de un desahogo ante la que está cayendo sin el mayor interés teórico, como no sea la necesidad que pueda haber en el movimiento LGTBQ de compartir frustraciones, iras, odios, la necesidad de hacer algo urgentemente, la sensación de agotamiento de nuestros colectivos, de los dirigentes y de las tesis oficialistas, el convencimiento de que llevamos mucho tiempo tocando fondo y de que los cambios legales que se han producido en nuestro país van a sepultar, paralizar y dejar en dique seco nuestra lucha en vez de potenciarla y reactivarla.

Tengo muy mala relación con este libro, que es más bien un panfleto radical, un fanzine libertario, porque pienso que es una pataleta, una rabieta, la necesidad de vomitar mierda ante la constatación de la ausencia de un proyecto ilusionante ajeno y propio. Si lo he escrito es tal vez para pedir auxilio. No tengo nada que ofrecer, no tengo nada que proponer, estoy vacío. No veo a nadie, a ningún grupo dentro del movimiento LGTBQ capaz de «salvarnos», en quien podamos depositar alguna esperanza, en quien delegar la gestión e invención de un futuro para las maricas. Tampoco es que necesitemos redentores ni iluminados para llevar a cabo una tarea que sólo puede ser colectiva. Pero, es patente que la supuesta *intelligentzia* marica no tiene nada que enseñarnos, ni menos aún puede guiar a nadie. Que nadie se lea estas páginas buscando un plan rector, una hoja de ruta. Soy incapaz. Tan sólo me gustaría que sirviera para movilizar a la gente, removerla del sofá, hacerle cambiar de postura, aunque sea cruzar la pierna, toser, ahuecar los cojines, algo, un mínimo movimiento capaz de sacarnos de la inercia o hacernos conscientes de ella.

No he querido hacer un tratado complicado, farragoso, ilegible, académico. No he querido hacer teoría queer para especialistas. Paso de escribir un tocho sesudo que se le caiga de las manos a la gente y que a la postre no valga para nada. Para chuparnos las pollas cuatro listillas, dicho a lo bruto. Este libro es muy bestia, no he pulido mucho mi lenguaje, hablo como me sale del coño, digo lo que me da la gana, lo que se me ocurre, no me paro a tachar nada, no borro nada, no me releo. Ya me arrepentiré. He pasado de poner citas, notas a pie de página ni referencias bibliográficas. Me apetecía contar cómo me siento, cómo nos sentimos unas cuantas, y decirlo como hablo yo normalmente, como hablo con quienes me conocen, para que se me entienda, para poder expresarme. Paso de teoría queer ni hostias, eso no pone de acuerdo a nadie, a mí ha dejado de satisfacerme políticamente, se ha convertido en trampolín de ganapanes universitarios que se sacan las lentejas como pueden; no dudo de su eficacia hasta cierto punto y está bien que se haga, pero se encuentra ya a tanta distancia de la gente que a mí me aburre muchísimo, por no hablar de la indignación que me produce verlo convertirse en un coto de cuatro elitistas que venden recetas de libertad por precios muy poco módicos. O de la reapropiación espuria del término por parte de los sodomitas de derechas. Lo que me apetecía era decir huevón de burradas sin tino, que todo el mundo comprenda, que despierten desprecio o solidaridad, identificación o vómito. Sin argumentarlas mucho tampoco, aptas para todos los públicos, sin ropajes de sabidurías importadas, recuperando el buen sentido de la gente de la calle, mi buen sentido cuando no me pongo estupendo o me da por hacer el imbécil o hablar para dárme las de sabihondo.

He hecho un libro para compartir, también para sentirme arropado, a veces me siento muy solo, y muchos como yo se sienten igualmente perdidos en medio de un desierto político rosa. Sería flipante que quien lea esto sonriera, se riera mucho, a carcajadas, que le hiciera mucho bien para la salud ver puestos en mis labios sus propios insultos, su ira, su indignación, su mal rollo, sus ganas de pegarle dos hostias a unos cuantos, de quemar con los ojos mientras lee mucha basura fascista que ni te crees que se puedan decir esas sandeces revisionistas y quedarse tan ancho. Sé que esto a veces se parecerá mucho a un puto panfleto borroka, que retomará discursos radicales, de fanzine, demagógicos incluso, facilones, llenos de mala leche, desengaño, asco. Lo bueno es que nadie se va a estrellar leyéndolo porque no me entienda. A lo mejor se aburrirá, le parecerá una mierda, sin nivel ninguno, falta de ideas, vacío, absurdo, movidas personales mías que a nadie afectan, que nadie comparte. No lo sé. Lo que sí sé es que he escrito un libro para hacer amigos y para cagarme en mis enemigos, que ya tenía ganas. Poner verde a toda esa gentuza conservadora y fascista que no soporto, dentro y fuera del movimiento gay, no cortarme un pelo en llamarlos cabrones, hijos de perra, sodomitas neocons, perrillos falderos, traidores, kapos, quintacolumnistas de mierda.

La verdad es que no sé exactamente a quién carajo puede estar dirigido este libro. Si eres de derechas, si piensas que me caes mal, que te odio, que me das asco, ganas de potar, que eres el típico marica facha, de la derecha de toda la vida, si incluso ya hemos tenido roces, te he mandado a la mierda en directo, si deseas verme muerta tanto como yo a ti, además de a toda tu familia, y aún así me estás leyendo, será que buscas robarme alguna idea para derechizarla, atacarme, robarme mis perfumes porque tu nariz nació atrofiada, sacar otro libro tuyo de mierda, otro número de una revista de mierda al calor de los escritos de otros que sí innovan y a los que sí se les ocurren cosas. Paso de tu culo. Que te folien. Léeme si quieres, será lo mejor que hagas en tu vida aparte de morirte.

La gente en la que pensaba cuando escribía era: yo mismo, para sacarme el cabreo, la indignación, obligarme a hacer algo, reaccionar ante el chaparrón fascistoide y clerical, desculpabilizarme por indignarme y ser el primero en no hacer nada, echar fuera toda la mierda, escupir basura contra las maricas arriadas al poder, vendidas a los políticos, contra los putos trepas que han hecho carrera a costa de los gays y las lesbianas. Escribo para la gente que tengo cerca, que anda igual que yo, y he pensado que lo mismo se sentirían identificados, ilusionados con este proyecto de una escupidera enorme para llenarla de gentuza indeseable y escupirles todos juntos, algo es algo para empezar.

Escribo también para gente menos cercana pero metida en los mismos líos de toda la vida, que hacen cosas, acciones individuales, que se gastan los cuartos, que arriesgan, que luchan en su ámbito, trabajo, editorial, librería, en casa, la universidad, los colegios e institutos, el teatro, la música, revistas, antiguos amigos, compañeros, exradicales, seropositivos, desaparecidos de la escena pública, activistas contra el sida, viejas y nuevas glorias que me hacen no perder el aliento y seguir confiando, alumnos de filosofía, estudiantes nuevos, tesisandos, doctorandos, gente que está hasta las tetas y gente desmovilizada, que ha tirado la toalla, cansada pero con la que nunca se pierde la sintonía...

En el fondo, para mis adentros, escribo para mucha gente, nueva y vieja; lectores antiguos que se quedaron muy conformes con *Homografías*, *Extravíos* y que hicieron posible la segunda edición de *Teoría Queer*, un buen libro que a mí me parece infumable y que se atraganta, se merecían algo más ameno; gente de otros países, amigos argentinos y brasileños, heteros gloriosos, maravillosos, izquierdosos, okupas, gente alternativa, gente rara donde las haya, gente que no conozco pero con la que estoy de acuerdo de antemano, sin hablar.

Yo confío en que un puñado de peña diversa ya habrá en este puto país que se leerán con gusto mi cabreo, mis ilusiones, mi intento de hacer algo, mi apoltronada llamada a la acción, a la crítica, al inconformismo, a resucitar antiguas consignas, a acabar con el buen rollo, a aumentar la crispación desde este otro lado —todo está crispado menos el mundo marica, ¿no es grande?—, a mentir, joder, putear, desestabilizar, desenmascarar, insultar, arrastrar por el barro a quien sabemos que les jode, a mí me la suda que me arrastren por el barro, soy de barro, tengo los pies de barro, el coño de barro. A todos los que les apetezca gritar, desahogarse, atacar, formar un frente marica, cualquier cosa que moleste, molestar, molestar, salir de la apatía, ser responsables. Yo creo que esta comunidad de afinidades existe, y no es necesario que todos sean maricas, lesbianas o trans. Al resto, que les den. Y ojalá que en un futuro no muy lejano su vida se les haga más insoportable, que haya gente que les arruine los actos, las comparencias, las negociaciones, sus movidas de mierda de derecha, sus prebendas, sus sonrisas convenidas, sus visitas institucionales, sus privilegios de clase. No se trata de crear un comando, una intifada gay, o sí, se trata de crear muy mal ambiente, de hacer irrecibibles a cierta gente, prácticas, hipocresías, conductas, falsas dignidades. Y esto generalizado, hasta dar casi miedo cagarla en público por decir fascistadas haciéndose pasar por marica o por amigo bienintencionado de las maricas o por colaboracionista pestoso con homófobos vergonzantes que ponen buena cara mientras nos odian y perjudican. Ninguna agresión sin respuesta, nada de bailarles el agua a nadie, a joderle la vida a los fachas y homófobos.

¡Soltemos el Mathmos! ¡Que nos estamos amariconandoooo!

CAPÍTULO I. La necesidad de una ética marica

Entiendo por humanismo el conjunto de discursos mediante los cuales se le dice al hombre occidental: si bien tú no ejerces el poder, puedes sin embargo ser soberano. Aún más, cuanto más renuncies a ejercer el poder, y cuanto más sometido estés a lo que se te impone, más soberano serás.

Michel Foucault

Cuando uno se da cuenta de algo que no se le había ocurrido a nadie antes, o al menos no se le había ocurrido ponerlo por escrito, está ante un dilema complicado: o bien lo que se le acaba de ocurrir es una gilipollez de infinito calibre o bien se le ha pasado por su mente una puta genialidad. También sucede que hay genialidades que empezaron siendo una chorrada, junto con genialidades que acabaron por convertirse en estupideces sonadas. Pensar en la necesidad de una «Ética Marica», siquiera en su posibilidad, no tiene nada de genialidad, tal vez tampoco sea muy original. Decididamente yo apuesto porque no es una chorrada y que algo de falta sí que nos hace, por lo menos para desbloquear una situación de *impasse* ético, político, ideológico que venimos arrastrando desde hace por lo menos diez años. Puede que estuviera bien disponer de algo parecido a una Ética para enseñarla por los colegios o para aprenderla quienes nos criamos, aprendimos e interiorizamos éticas inventadas por y para heterosexuales. Nuestro código de valores, nuestras pautas de conducta, todo lo que hacemos y pensamos, lo queramos o no, siempre lo medimos a la luz de planteamientos y propuestas éticas heteronormativas, procedentes de ámbitos tan homofóbicos como la iglesia, la religión, la filosofía, la escuela, la universidad, la política, los partidos, la cultura, el cine y todos los discursos morales que las instituciones proclaman a los cuatro vientos para impregnar poco a poco a las masas desde pequeños.

Me planteo la necesidad, no voy a decir la urgencia, de una Ética Marica hecha por nosotros y para nosotros. Una ética que sea realmente autónoma y no deudora de valores, situaciones, contextos que no son los nuestros. Me da igual lo que sea la ética, no lo sé, o sí lo sé, me dedico a la filosofía para comer, pero esto no viene al caso. No me voy a poner profesoral ni pesado en este libro, que no es un libro de filosofía, sino uno en el que voy a pensar lo justo, no quiero pensar demasiado, más bien sacar lo que llevo dentro acerca de un tema sobre el que podemos opinar todos. No voy a hablar de una Ética Marica para llenar un enorme vacío en el corpus filosófico, que lo hay. La disciplina de la Ética o la Moral es la cosa más homofóbica que pueda uno echarse a la cara. Y la Ética que se enseña en los colegios, en la ESO, es para poner los pelos de punta, salvo en los casos en que el docente es una lesbiana o una marica comprometida, o un hetero de puta madre que se niega a transmitir la funesta herencia de la tradición en lo que toca al comportamiento ético, a la convivencia, la solidaridad, etc.

Lo que pretendo decir muy claro es que, si no nos montamos una Ética Marica que nos sirva, una ética en la que nos eduquemos sea cual sea la edad que tengamos, nunca es tarde, una Ética Marica que contribuya a nuestra felicidad de maricas, lesbianas y trans, seguramente la ética de la que dispongamos en nuestro día a día será una mierda, no la estaremos improvisando, no nos la estaremos inventando, desengañémonos: la habremos tomado prestada del poder que nos la habrá donado generosamente para perjudicarnos. Yo no quiero en este momento hacer un manual de ética, ni un catecismo gay, todo ello estaría muy bien y mucha gente echaría mano de publicaciones tan socorridas, pero ahora no estoy en esa onda. Mi intención es política. Y las propuestas de una Ética Marica que haga aquí no serán universalizables, no valdrán para todas y cada una de las maricas y lesbianas del mundo, ni siquiera del Estado español.

Una Ética Marica debe nacer justamente desde la singularidad de pertenencia a una colectividad, desde mí como marica en este caso, un individuo *particularmente marica*, como cada lector será otro, que pretende comunicar un modo de vida, de acción, de comportamiento, de socialidad, de inscribirse en el contexto concreto de un país con el ánimo de que sus propuestas puedan ser compartidas y entrar en sintonía con las de algunos otros miembros de la comunidad gay sin la que no puede pensarse siquiera como individuo. Basta con que sean unos cuantos. Una Ética Marica siempre será particular, dada nuestra particularidad de haber sido maricas antes que cualquier otra cosa. Todas las éticas universalistas, hechas para todo el mundo, han acabado masacrándonos, discriminándonos, perjudicándonos. Cuando alguien habla en nombre de una ética universal, una ética para la humanidad, se puede dar por seguro que lo que diga irá en nuestra contra. Por ello, mi pretensión es restringida, una ética para nosotros, para unos pocos gays y lesbianas, incluso en contra de algunos gays y lesbianas. Así es de particular, de singular. Tanto como lo somos cada uno. No se trata de que todo el mundo, todos los demócratas, como se dice ahora, todos los ciudadanos se comporten así, sino sólo un puñado de maricas y bollos. Una Ética para nosotros. Para nadie más en principio. Pero ¿quiénes somos nosotros?, ¿existe un «nosotros» cuando hablamos de maricas y lesbianas? De eso se trata, de inventarnos ese nosotros, de empezar a construirlo porque yo recuerdo que alguna vez hubo un «nosotros» que ha terminado hecho pedazos, tan hecho añicos que cada vez encuentro más imposible identificarme ni sentirme partícipe de ninguna supuesta «comunidad gay».

A estas alturas todavía no parece que tengamos muy claro qué tiene que ver ser marica o bollera con la pertenencia a una determinada clase social, a una institución como el ejército o la Iglesia, a un partido político u otro, a un sindicato, con confesar cualquier credo religioso, con ser europeos, occidentales o inmigrantes, con estar casados y tener hijos, con la transexualidad. La Ética Marica y Bollera que pudiera nacer de aquí no es el resultado de mezclar todos estos factores en una coctelera en proporciones variables y servir el resultado muy frío en una copa ancha con el borde azucarado para que entre mejor. A mí esto me resulta demasiado empalagoso y pelín burgués: como lo que tenemos y vivimos ahora. Una Ética Marica deberá, si no resolver, cosa difícil, al menos sí plantear la incomunicabilidad o solidaridad de todas estas variables estructurales y sociales, cómo afectan al individuo y si acabamos de una vez por todas con el individuo, el sujeto burgués liberal que se ha hecho a sí mismo y ha conquistado todo aquello de lo que disfruta, obligaciones y privilegios, a costa de sí mismo a veces y de los demás casi siempre. Yo creo que ser marica o bollera en estos momentos ha dejado de ser una opción ética autónoma y que la opción sexual ha pasado a un segundo plano puesto que ya no contiene potencial emancipador alguno, obediendo las más de las veces a espurios intereses de clase, de privilegios consolidados, de estatus económico, de raza o procedencia, de nacionalidad. Una Ética Marica debería recuperar la solidaridad entre sí de los oprimidos, discriminados y perseguidos, evitando ponerse al servicio de éticas neoliberales criptorreligiosas heredadas en las que nos hemos criado y en la que se han forjado nuestros intereses de clase; y recuperar la solidaridad con otros que han sido y son igualmente oprimidos, discriminados y perseguidos por razones distintas de su opción sexual.

No cabe una Ética Marica sin memoria, memoria larga que podemos extender años, lustros, siglos y que nos devolverá tal vez cierto espíritu solidario y disolverá el repugnante autoconcepto que tenemos ahora de nosotras mismas como sujetos consumidores libres y autosatisfechos coparticipes de la economía capitalista de democracia de mercado; y memoria corta, incluso percepción inmediata de la realidad, sin hacer mucha memoria, de cuántas maricas y bolleras han quedado excluidas de la posibilidad de enunciarse como sujetos libres que gozan plenamente de los derechos y ventajas que la sociedad sólo reserva para unos cuantos. Hay una responsabilidad inalienable por todos aquellos a los que la lucha por nuestros derechos ha excluido, silenciado, pisoteado y mantenido al margen de cualquier mesa de negociación; responsabilidad por las prioridades que ha habido en la lucha, primero gays y lesbianas, luego transexuales... nunca los presos, los enfermos de SIDA, los chaperos, las maricas sin techo, las bolleras latinoamericanas, las maricas emigrantes asiáticas, africanas; responsabilidad porque todo lo que se ha conseguido ha dejado sin discurso, sin recursos, sin capacidad de convicción, sin credibilidad a los colectivos e interlocutores que parecen haber sacrificado cualquier reivindicación, todavía pendiente y más urgente que las obtenidas, a cambio de no constituirse en un sector molesto para el sistema y los partidos políticos, ridiculizando, despreciando, minusvalorando desde nuestras propias instituciones supuestamente representativas cualquier reivindicación social verdaderamente relevante, desestabilizadora, ingrata para los gobernantes y parca en resultados electorales.

«Ahora toca Europa» es la idea más genial que se les ha ocurrido a los colectivos gays: esto significa que en nuestro país ya no hay nada que hacer, ya no hay nada que exigir, ya no hay agresiones, ya no hay homofobia en la sociedad ni en el Parlamento, ni en la Iglesia, no hay discriminación laboral,

familiar, social, no hay educación heterosexualista ni *bullying* en los colegios a los niños mariposas, no hay SIDA en las cárceles, no hay homosexuales excluidos en el ejército, no hay cuotas de gays mediáticos en los partidos, vivimos en Disgayland, donde todo son divertidas atracciones y ni un sofoco. Y ahora queremos montar un Disgayland en cada rincón de Europa. Mientras, fuera del parque quedan todas las maricas y lesbianas que no tienen dinero para pagar la entrada, o que no quieren entrar al parque porque a la salida vuelven al mundo real, a la España Real.

Quiero pensar que muchos de estos problemas habrían sido enfocados y resueltos de otro modo si nuestros interlocutores y todas nosotras hubiésemos partido del supuesto de que la homofobia forma parte de una constelación social represiva imbricada con opresiones de todo tipo, en vez de considerar que la homosexualidad/homofobia era una variable independiente en el complejo entramado de represión y control social. Ha faltado, pero nunca es tarde, una reflexión acerca de nuestra esquizofrenia de maricas ricas/pobres, de derechas/izquierdas, burguesas y bolleras, nacionales/extranjeras, blancas/latinas, amarillas, negras, payas/gitanas, católicas/ musulmanas, creyentes/ateas, sacerdotes y monjas/laicos y anticlericales, militares/civiles, empresarios/asalariados, mujeres/hombres, libres/presos, provincias/capital, etc. Hemos conseguido despenalizar la sodomía, los bollos, las mamadas, los dildos, las tijeras, las comidas mutuas de coño, hasta casi las meadas, pero la homofobia persiste igual que siempre, una homofobia con dos caras: una homofobia ideal, descontextualizada, generalizada, legislada, penalizada, tipificada y universal contra todos los maricones y bolleras; junto a una homofobia real, cotidiana, de la calle, las aulas, el curro, los vestuarios, los barrios, los pueblos, inasequible a imperio de la ley, selectiva, caso por caso, que pregunta antes de excluir cuánto dinero tienes, dónde naciste, tienes trabajo, tienes hijos, eres sacerdote, cuál es tu apellido, eres de derechas de toda la vida, etc. Y decide en consecuencia si apedrearte dentro de los límites estrictamente legales y policiales y echarte a hostias o más suavemente de su bar, de su pueblo, de su bloque, de su familia, de su taxi, de su cartel, de su clase de 1º de la ESO, de su trabajo según un intocable «derecho de admisión» donde se refugian la libertad del sujeto liberal y la camaradería heterosexual y nomofóbica: esa camaradería de la que carecemos las maricas, y que es más que una simple camaradería, es todo un conglomerado ético que tiene respuestas, reacciones, comportamientos, encubrimientos preprogramados, casi biológicos, que a nosotras nos mantienen desunidas, desolidarizadas, salvándose la que pueda mientras que enfrente tenemos una falange hoplita perfectamente impenetrable.

Una Ética Marica quiere justamente luchar contra el sálvese quien *pueda*: se trata de que se salve quien *quiera* y no sólo quien pueda. Porque los que pueden son los de siempre. Lo mismo que no es marica quien *quiere*, sino quien *puede*. El problema es que los que ya se han salvado, los que ya nos hemos salvado, los que hemos podido, los que siempre hemos podido, ya no nos preocupamos por los que aún no lo han hecho. Una vez instalada y a buen recaudo, la marica se olvida de sus compañeros de celda, de prisión, de exilio, de fuga, no conoce a nadie, se olvida de amistades inconvenientes en su nueva situación, de un pasado en el que se vio obligada a juntarse con indeseables, impotentes, incapaces de liberarse a sí mismos como ellas y comienza a preocuparse y ocuparse únicamente de su propio coño, de su culito de marica privilegiada que sólo quiere tener amistades convenientes e influyentes. Me da la sensación de que muy pocas maricas y bolleras superarían el Test de la Única Pregunta: «¿Cuándo fue la última vez que no pensaste únicamente en el bienestar de tu coño, en la satisfacción privada de tu puto culo?».

POR UNA ÉTICA ALTERNATIVA DE MINORÍAS

Cuando la ética tiende a ser universal y generalizarse, cuando las consignas éticas pretenden ser compartidas por todo el mundo, cuando se pretende que las virtudes democráticas valgan para todo quisque, lo más común es que semejante propuesta ética se le haya ocurrido a alguien que pertenece a una mayoría, a unos pocos a los que siempre les va bien y quieren que les siga yendo igual de bien o mejor. Y entonces corren a imponernos, so capa de universalidad, democracia, ética, moral, unidad, unos patrones para conducirnos socialmente, para neutralizar nuestra singularidad, la idiosincrasia que poseemos como minoría, extinguir cualquier atisbo de disconformidad con los modos mayoritarios de convivencia, excluyéndonos de hecho como minoría poseedora de características, deseos, actitudes diferentes. O incluyéndonos como un apartadillo especial dentro del genérico «ciudadanos», «demócratas», «personas», «seres humanos», «españoles», en donde cabemos o se nos hace caber a cambio de renunciar a todo proceder molesto o díscolo, a cambio también de reconocernos demócratas, ciudadanos, personas, españoles antes que maricas o bolleras. Una ética para seres humanos, supongo, que vale en determinadas circunstancias: no matar, no robar, y poco más. Incluso cuando alguien dice no matar o no robar lo que está enunciando es la prohibición de matar o robar a los que pertenecen al grupo de quien enuncia dichas prescripciones: no matar a los míos, no robar a los míos.

Toda ética universal en el fondo es absolutamente particular, es una ética de clase, de pueblo elegido, de heteros, de varones, de una mayoría que pretende imponer una ética particular —por muy mayoritaria que sea— a todo el mundo en su propio beneficio y en perjuicio de las minorías que no pertenezcan a su entorno de poder: la fundación o proclamación de una Ética siempre es una operación de poder, de opresión, de control social. Salvo quizás en el caso de que dicha Ética obedezca a los intereses de una minoría oprimida (no oligárquica), en cuyo caso, su propuesta ética será una ética de emancipación, una ética revolucionaria, una ética libertaria, una ética de lucha contra una situación de marginación y de privilegios ajenos. Las mayorías necesitan su propia ética para defender sus prebendas y las minorías necesitan su propia ética para defenderse del acoso implacable en su contra de las mayorías. Las así autoproclamadas éticas universalistas o los ideales de la humanidad, o los panfletismos religiosos, no hacen sino encubrir los intereses de una mayoría dominante o de una minoría que se ha hecho con el poder y el control. Desprecian así cualquier ética minoritaria porque no es universalizable, no es válida para todos, cuando sencillamente lo que ocurre es que las éticas minoritarias alternativas han sido inventadas para acabar con su situación de control y privilegio, con su monolítica representación de unos intereses comunes en los que unos pocos ya no nos reconocemos.

Siempre se han necesitado discursos éticos o políticos minoritarios porque cada minoría debe enfrentarse a una circunstancia particular específica, inscribirse en un rol social determinado, aspirar a lo que le dejan, etc. ¿Qué sabe nadie de lo que deseamos, queremos, nos importa, todo lo que nos falta? ¿Qué sabe nadie de lo que nos pasa y necesitamos y que lo más probable es que no se pueda decir mediante los discursos al uso? Y no sólo decir, sino reivindicar, exigir, expresar, de otra manera que tal vez sea un puñetazo, una acción directa, una performance, otros modos de reclamar distintos de la negociación, la súplica, la exhortación o el buen rollo. Somos unas pocas, unas cuantas maribollos, unas cuantas trans. Incluso somos unas pocas englobadas a la fuerza dentro de otras pocas que son muchas, al menos más que nosotras, con las que no nos identificamos siempre ni de manera necesaria, sin que por eso estemos enfrentadas. Si encima añadimos a esto que la mayoría heterosexualista, homofóbica, patriarcal, familiarista es hostil, con mayor motivo creo que es urgente y necesaria una ética particular, una Ética Marica, una Ética LGTBQ, una ética que a veces puede ser una estrategia de felicidad, otras de lucha, de resistencia, orgiástica, de reivindicación, de disfrute, de tomar unas cañas, de disimulación, de amenaza, de pasacalles, de uso de nuestros cuerpos, etc. Que no venga nadie a decirnos qué estrategias, qué comportamientos, qué diseño político o qué actitud ética es la más adecuada y conveniente para conseguir nuestro fin ético primordial: la felicidad de nuestro pequeño número de precarias, promiscuas, sin techo, marginadas, perseguidas, torturadas, desocupadas, paradas, desalojadas, censuradas.

Una vez escribí en algún lugar una frase que me dijo mi amiga Beatriz de Sevilla: en todas las minorías hay siempre una mayoría de idiotas. Sigo estando bastante de acuerdo con este enrevesado pensamiento maligno. Cada marica, bollo, trans pertenece a su vez a una mayoría o a varias mayorías, y a una o varias minorías distintas de la sexual. Así hay maricas gitanas, negras, católicas, del PP, millonarias, de Lavapiés, neonazis, de Chueca, militares, monjas, profesores, okupas, catalanas, extremeñas, merengues: cada una con sus intereses de clase y otros intereses particulares a los que difícilmente quieren renunciar. Y saben perfectamente que el hecho de ser maricas les puede perjudicar en otro tipo de reivindicaciones. No se les pasa que llegar a ser una marica solidaria puede acabar volviéndose en su contra. Una Ética Marica sirve, entre otras cosas, para sacarle los colores a los colectivos mayoritarios, a muchas maricas que no ven más allá de la longitud de sus pestañas, de su descapotable, de su despacho en el partido, de su empresa. El eterno problema: ¿cómo ser marica y renunciar a mis intereses de clase previos, heredados, familiares, en los que me han criado y en los que me he sentido siempre muy a gusto? Los comunistas de toda la vida, la izquierda más rancia esto lo arreglaba sumariamente: las maricas son burguesas, sus reivindicaciones son meramente culturales, contingentes, su enemigo —la homofobia— no es el nuestro —el capitalismo—

más que de modo tangencial, incluso no es incompatible ser de izquierdas y ser homófoba porque las maricas son hijas del capitalismo y del mercado, apedreémoslas, etc.

Yo como marica me he cagado y me sigo cagando en esta izquierda machirula, misógina y homófoba que está lejos de pertenecer a la historia. Y como votante a veces de la izquierda, y sintiéndome más afín a sus planteamientos que a los de muchas maricas entregadas al euro (pride), hasta me parece bien este continuo estar bajo sospecha al que nos somete la izquierda. Otra cosa es pasar de la vigilancia ideológica al genocidio, a la cárcel, al paredón, a la persecución, a la prohibición a la que nos han sometido y nos someten los regímenes comunistas en el pasado y en el presente, de todos los tiempos. Con el tiempo me he convencido de que las maricas tenemos algo de cabras, siempre acabamos tirando al monte del consumismo, de la insolidaridad, de la conquista egoísta de privilegios privados, a la connivencia con el poder, al pisacuellismo de los que están peor que nosotros. Por eso no dejo de darle vueltas a una Ética Marica en la que no siempre primen los intereses de clase y los privilegios de cuna, una ética que no comparta los presupuestos de las éticas universalmente aceptadas, sancionadas socialmente, mayoritarias, sólo porque se considera que defienden reivindicaciones más globales, más generales, más comunes. Y que se erigen sobre las ruinas, que para mí son esenciales, constitutivas, irrenunciables, del hecho fundamental de ser marica, bollo o trans —que se considera accesorio, particular, una parcela vital entre otras, compatible con casi todo—.

Si siempre priman otros y otras convicciones que no se ponen en cuestión, nos va a ir muy malamente. Sobre todo a las que siempre les va mal. Les va a seguir yendo fatal a las que siempre les va fatal. Maricas o no. Y si ser marica no sirve para intentar cambiar esto que es tan viejo, ¿para qué demonios sirve? Por supuesto, para perpetuar situaciones de opresión, marginación, exclusión y desigualdad social. Pues para esto no hacían falta tantas alforjas. Para convertirnos en instrumentos del poder, del capitalismo y del mercado yo no quiero ser marica. Me repugna. Que me metan en la cárcel o me pongan bajo sospecha como hace la izquierda homófoba con las maricas proto-, cripto- o filo- burguesas. Si nos comportamos en plan insolidario e hijodeperra, no tenemos derecho a quejarnos a última hora ni a sacar la bandera de la sodomía para evitar malos tratos. Esto no es hacer apología de que se persiga a las maricas zaristas. Sólo que se las persiga por zaristas. Ni que se hagan proclamas panfletarias bolcheviques convirtiendo a todos los zaristas en maricones. Y, de paso, a todos los empresarios en travestís y a todos los proletarios, asalariados, desfavorecidos en heterosexuales honrados y padres de familia. ¿Qué tendrá que ver la honradez con lo que cada cual haga con su culo o con su coño?

Sin embargo... no me resisto a soñar con una comunidad marica en la que lo que cada cual hace con su culo sí influya y determine el modo en el que se integra en la sociedad. Al fin y al cabo, dirían los psicoanalistas, toda ética es anal, oral o fálica. Una Ética Marica deberá ser decididamente anal: una Analética, por decir una chorrada. Tal es la fuerza de la impronta neoliberal, neocon del milagro americano, del sujeto que se hace a sí mismo, del ciudadano ilustrado que se saca sus propias castañas del fuego a base de esfuerzo y tesón, que resulta ya casi impensable empezar a forjar e inventar una comunidad ética marica que no asiente sus cimientos en este sujeto egoísta, solitario, voluntarioso y supuestamente autónomo, decididor y responsable de su propio destino. Creerse esta patraña sólo pueden hacerlo aquellos a quienes les conviene identificarse con un sujeto así, aquellos a los que les va bien seguir propagando este mito. Frente a este sujeto liberal omnipotente —cuyo fracaso social se atribuye sólo a sí mismo, a su indolencia, a su apatía, a su incapacidad, y no a causas o raíces sistémicas de explotación y opresión— debe alzarse otro sujeto, que no se concibe como sujeto más que a partir de una *pertenencia previa a una comunidad*: primero pertenezco a una comunidad, a una minoría; segundo, por pertenecer a esta minoría de mariconas y transbollos, puedo acceder a la posición de sujeto, que ya será de entrada un sujeto solidario, inscrito en una comunidad que lo constituye, una comunidad que él no hace, sino que lo hace, le da vida, existencia, carta de ciudadanía. Una comunidad que lo convierte en un sujeto marica y que lo libra de ser un mero sodomita, una simple comecoños. Dicha pertenencia presubjetiva hace que ser marica, trans o bollo, no sean predicados accidentales que sobrevienen a un sujeto preexistente, sino que son la condición de posibilidad misma de nuestro ser sujetos, ciudadanos, integrantes de la sociedad de modo pleno, y no adscritos a ella con posterioridad. No se es marica y luego se identifica uno o no con un colectivo gay, con la comunidad LGTBQ. *No somos nada antes de ser maricas*. A ver cuándo nos damos cuenta de que primero, de muy niñas, ya éramos maribollos, sujetos sujetados y excluidos de cualquier representación y papel social. Sólo desde ahí, desde esa experiencia primigenia que nos gusta dejar caer en el olvido, podemos construir algo ahora. El discurso oficial parece dar a entender que esto de ser marica o apuntarse a algún rollo marica es una decisión tardíamente venida en nuestra vida de profesionales, trabajadores, mendigos o parados. Cuando justamente está en el origen, antes de haber llegado a convertirnos en nada.

Las maritrans, de pequeñas, cuando se les pregunta qué quieren ser de mayor, deberían todas responder: «Quiero ser bollera, maricón, transex. Quiero llegar a convertirme en un sujeto político real, capaz de intervenir en la sociedad desde mi ser lesbiano. Me importa una mierda si, luego, la inercia de las cosas me lleva a ser bombero o DJ: esto es accidental. De mayor me encantaría llegar a la plenitud y vivir solidariamente la marica que llevo dentro. Si en algún momento de mi vida olvido esto y me convierto en taxista con prácticas sodomitas, en abogada comechochos, en bombero travestí y acabo pensando que mi vida sexual es privada y que lo verdaderamente socializable y público es todo cuanto depende de mi estatus, de mi clase, de mi situación laboral, de mis lazos familiares, entonces habré dejado en la cuneta a la lesbiana marica estupenda que aún no soy pero me encantaría llegar a ser de mayor». Luego, lo sabemos de sobra, para evitar la indefensión, estos niños marxistas se aferran desde muy pronto a la seguridad que les ofrece pertenecer a la mayoría dominante que sea, se refugian y camuflan en la seguridad de pertenecer a una mayoría para evitar el *bullying*, por ejemplo, y así acaban sometiendo su deseo, su idiosincrasia, lo van convirtiendo en algo secundario, vergonzante, privado, marginal en su propias vidas. Ya habrán mordido el anzuelo de los privilegios de pertenecer a una mayoría y habrán probado las desventajas de ser una minoría socialmente estigmatizada.

Esta marica desgraciada que se refugia en la parcela de poder que le queda a su alcance (porque es rica, porque ha triunfado con el taxi, porque ha heredado, porque se ha comprado un piso, porque es funcionaria, porque se ha enchufado en un partido) ya está presta, dispuesta y lista para oprimir a todas las maricas que no sean como ella, que no hayan tenido su suerte o su capacidad de trabajo, que no hayan sufrido su síndrome olímpico. Y no le importará discriminarlas, gasearlas, despreciarlas en virtud de su pertenencia a una mayoría opresora (militar, universitaria, católica, rica, aristocrática, propietaria). Además, hará responsables a todas las lesbis, trans y plumeras de un fracaso que ellas mismas se han buscado: hará de la pobreza, de la precariedad, del desempleo de sus congéneres desviadas una consecuencia de sus vidas desordenadas, ociosas, irresponsables. ¿Por qué, si ella es marica y ha triunfado, va a tener que solidarizarse y preocuparse por las maricas que no lo han conseguido, cuando ella misma es la prueba de que es posible hacerlo? Y seguramente acabe votando a la derecha para que conserve sus grandes logros unipersonales, que no está dispuesta a compartir con nadie. Este género de discurso, este discurso de género es lo más opuesto a lo que yo pueda entender por una Ética LGTBQ. Que a lo mejor no sé muy bien qué es. Pero sé que no es esto. Sé que la necesitamos, que muchos ya trabajan, se asocian, hacen bloques alternativos por una Ética Marica en las antípodas del Neoliberal Sodomita.

YO SOY YO Y MI PUTO CULO

... dice el neoliberal sodomita, emulando al facha elitista de Ortega y Gasset. Yo soy yo y mi circunstancia... privilegiada. Yo soy marica en unas circunstancias rechazadas. Dos opciones: o te adaptas a las circunstancias y pactas y te haces esclavo del poder a cambio de prebenditas; o cambias las circunstancias. Tanto en un caso como en el otro, tu «yo» habrá cambiado. Tu yo marica se habrá volatilizado en el primer caso, y se habrá convertido en un sodomita neocon. En el segundo supuesto, te cagarás en los muertos de Ortega y el liberalismo, te negarás a decir la barbaridad política insolidaria de: «yo soy yo», «ego sum qui sum», reconocerás que «yo somos las maricas», que sin maricas no es posible siquiera el amanecer de un yo, que cualquier espacio de libertades concebibles no nace del yo, sino de la comunidad en la que nace dicho proto-yo, a la que es adscrito y a la que debe responsablemente decidir pertenecer, y con la que ha de colaborar.

Y luego están las circunstancias. Sólo que las circunstancias nunca vienen luego: están dadas de antemano y aterrizamos en ellas precipitados desde el

útero materno. Y lo que sale del útero no es un yo. Dependiendo de quién sea tu madre, de tu familia, de tu dinero, de tu clase. A veces nacerá un yo. A veces nacerá un sin techo, a veces nacerá una bollera, una trans. «Yo soy yo y mi circunstancia» sólo lo puede decir un individuo estupendamente instalado en el tejido social: ha nacido tan entre algodones que trae un pan, un yo y unas circunstancias estupendas debajo del brazo. Algunos hemos nacido sólo con un pan y unas circunstancias, pero sin yo, despolitizados socialmente desde tan temprana hora. Otras han nacido sólo con unas circunstancias bajo la axila: sin pan ni yo, ni capacidad de reivindicación, de ser escuchadas, sólo pateadas. Nada más pueden decir: «Son mis circunstancias», ni siquiera «soy mi circunstancia», porque la circunstancia tampoco es «suya», le ha sido impuesta, la circunstancia les pertenece a los demás que no son como ella. Expropiada de su yo, de su circunstancia, todo le viene impuesto, dado o, mejor dicho, ya se le ha robado todo nada más nacer en unas circunstancias hostiles que otros han preparado como su lecho de espinas.

Yo soy marica y mi circunstancia es un medio mayoritariamente hostil, heterosexual, machista, homófobo, católico, de raza blanca, votante del PP. Pero es que hasta decir «yo soy marica» es un error. Porque las maricas ya parten de una situación peculiar: están desprovistas de un yo, no son sujetos. O comparten esquizofrénicamente su cualidad de yo-sujetos políticos y su estigma translébico, compatibilizándolos malamente. Una ética marica se propone acceder a una subjetividad con iniciativa y capacidad política, algo que nunca nos viene dado ni regalado desde arriba, desde el poder: todo lo que es otorgado ya está desactivado políticamente, ya porta el virus de la sumisión, de la libertad concedida. No es lo mismo ser libre que ser liberto.

No es lo mismo lo que el poder entiende por el culo de un marica, que lo que una marica entiende que es su culo. Para el poder somos putos culos, culos sin yo, sin posibilidad, necesidad ni aptitud para llevar iniciativa política alguna. Culos para darles, para que les den. Culos que reclaman servicios públicos para no cagarse por las aceras: está bien, se los daremos, no mola que nos llenen todo de mierda. Culos despolitizados. Pues bien, yo mi culo lo tengo colectivizado, que no es lo mismo que ser mi culo. Tengo un culo solidario, que no es igual que tener un culo que busca su placer egoístamente. Tengo un culo entregado, que no es lo mismo que un culo vampiro. Tengo un culo comprometido, incapaz de follar con rabos anónimos, de derechas, de pauperados, inmigrantes: dándole todo igual. O, al menos, ésa es la ética a la que aspira, su analética.

Ya sabemos a lo que nos ha conducido la ética racional, la ética hecha con el cerebro; lo mismo una puta ética hecha con el culo nos resulta menos perjudicial, más inmediata, más franca, más carnal, más callejera, más animal, más apegada a las necesidades básicas de la gente que anda con el culo al aire. Andar con el culo al aire no es una decisión que se toma una noche de copas con la libido por las nubes en un local de sexo cualquiera. Andar con el culo al aire es algo que debe hacernos pensar que las maricas y la peña más desfavorecida tenemos algo en común, mucho más allá de esta metáfora obscena. Esto es tan antiguo que, si lo digo de otra manera, algunos me entenderán y se enterarán de lo que es una política hecha con el culo: la revolución francesa se hizo con el culo, la hicieron —y la perdieron— todos los que andaban con el culo al aire, los *sansculottes*, que no tenían ni para pantalones largos y llevaban los *culottes* por la rodilla, los únicos que les permitía el antiguo régimen. Convertir esto en la marica con *chaps* y reducirlo sólo a eso, es algo que no me parece nada ético y completamente frívolo. Poner el culo o andar con el culo al aire es una situación estructural de sometimiento, opresión, discriminación. Que podemos retomar en primera persona y hacer nuestra, por supuesto, y usar de nuestro culo según nos venga en gana. Pero sin olvidar lo que significa para la mayoría, para la mayoría que nos da por culo y para la minoría que está con el culo al aire, sin techo, con una vida precaria, soñando con ser mileurista, acaso conformándose con la mitad.

Yo soy yo y mi puto culo. Como si tu culo fuera tuyo. Si hay algo que sea absolutamente incompatible con la propiedad privada y la circulación de capital es tu culo. Lo que no impide que haya quien haga de él una mera circulación de capitales, ajena a cualquier reivindicación social o política. Yo soy yo y mi puto culo es el lema de la sodomita neoliberal conservadora. ¿Qué se puede esperar de ellas? Lo máximo que podemos esperar de las sodomitas despolitizadas en el poder es que luchen contra o, más matizado, no consientan, o más matizado aún, no practiquen ellas mismas la discriminación por razones de sexo, género, opción, etc. Ya es un avance. De las sodomitas homófobas medidas en política, obispados, cuarteles, parlamentos ya ni hablo. Lo problemático del asunto es que esa gente no permitirá que te agredan o marginen por ser gay, lesbiana o trans, pero consentirán y les dará igual y no sentirán conmiseración ni solidaridad alguna porque a esas mismas maricas se las margine por ser inmigrantes, negros, sin papeles, parados, sin una vivienda digna, enfermos de SIDA. Mientras no sufran homofobia, la sodomita insolidaria no considerará que su deber ético y político es cambiar las circunstancias sociales de opresión que sufren maricas, bollos, trans, inmigrantes, trabajadoras del sexo, etc. ¿De qué sirve la lucha contra la homofobia si no se acompaña de una lucha contra los medios de exclusión social? Para empezar, para lavarle la cara al poder. Para entrar en complicidad con estrategias neoliberales que respetan a las maricas pero no se preocupan por su bienestar social, que les cambian el DNI a las trans pero no les facilitan una cobertura integral de la seguridad social y encima las psiquiatrizan y las vuelven a meter en el armario de la enfermedad mental. Una Ética Marica se tiene que hacer cargo de este absurdo ideológico, de esta hipocresía: haz con tu culo lo que te dé la gana, pero sin casa, sin trabajo, sin papeles, excluido socialmente.

Creo sin más que es tiempo ya de inventarnos otra ética, nacida de un *éthos* muy particular en el que nos inscribimos como no lo hace ninguna otra persona. Un mismo *éthos* deja de ser el mismo según vivan en él una marica o un hetero, un negro o un gitano, una trans o una judía, una universitaria o un obrero. Lo que hace falta es, en primer lugar, llegar a ser «yo», desarrollar un «yo-marica» y llevar sus potencialidades al máximo y, en segundo lugar, hacer nuestro *éthos* más habitable, más agradable y acogedor, más seguro, menos discriminatorio. Aunque la represión institucional, en este estado, ya no sea de cárcel, de pena de muerte, aún te insultan y te acosan por la calles, en los pueblos, en los barrios y ambientes que mejor no frecuentar, en las comisarías. Y no pasa nada. Nadie dice nada. Por mucha cobertura legal que consigamos, la realidad es muy otra.

El puto pueblo español es homófobo hasta las cachas y eso no se arregla con leyes ni con el carné por puntos. Tenemos menos derechos que nadie, y los peor defendidos, luego la ética de donde nacen esos derechos, la ética democrática occidental de la progresía, no puede ser la nuestra. Hace falta una ética para maricas, no ésta, la que nos envuelve, en la que participan nuestros representantes y colectivos subvencionados. Una Ética Marica Alternativa que de momento sólo es un anuncio, una promesa, la necesidad imperiosa de otro discurso ético no tolerante ni conmiserador, una ética para dentro de muy poco porque ya se está forjando y se están uniendo sensibilidades y grupos. Y le falta muy poco para estar aquí y habitar entre nosotros. Yo creo en ella. Yo la quiero. Yo la anuncio. Yo me apunto. Yo me muero de ganas. Yo me la invento ahora mismo si hace falta, aquí, delante de vosotros, en la medida de mis luces. Yo me arriesgo por otra Ética LGTBQ. Nos la merecemos. Y se la merecen los que caerán bajo el peso enorme de su justicia, de su descaro, de su desvergüenza, de su no venderse, de su no tener nada que perder porque andan con el culo al aire.

No hay más justicia ni más ética que la que nace de las calles, de las pateras, de las barriadas, de las plazas, de la opresión, de unas nalgas desnudas. Ante eso no caben argumentos. Aunque te mueras del morbo, este culo no está en venta, no puedes pagarlo, no tiene precio, no es negociable, no es para ti: es un culo colectivizado, comunitario, solidario, okupado, intratable, impenetrable sólo para el poder, para quienes confunden el poder con dar por culo. ¡Cágate en todos ellos! Podría ser la primera consigna de una Ética LGTBQ. ¡Atufa a pedos a las sodomitas neocons! El segundo mandamiento. Y ambos se resumen en éste: ¡Colectiviza ya tu puto culo de una vez! Para los que no sean amigos de prescripciones éticas, de consignas ni de mandamientos, se me ocurre esta otra posibilidad: «¡Maricas solidarias porque nos sale del culo!».

CAPÍTULO II. ¿Qué es ser marica? Cómo veo yo un poco las cosas

No se nace marica, se llega a serlo.

Dicho popular

MARICAS HOY

Cosa más rancia esto de «Maricas Hoy». Parece una cabecera de revista destinada a nuestro consumo. O un cartel para colgar en la Almudena: «Cristianos Hoy», «Homofobia Hoy». Yo creo que en este puto país, en el Estado español, en la España Sodomita hemos heredado actitudes cobardes, comportamientos oscuros y estrategias defensivas de los tiempos en los que la derecha daba golpes de Estado, sostenía dictaduras, mataba a la oposición, la ponía a construir monumentos sacros y no se andaba con monsergas democráticas, triunfos electorales, tomaba Madrid a bombazos metralleta en mano y prefería pasearse gloriosamente bajo arcos de triunfos en desfiles militares en vez de salir en la portada de *Zero*. ¿Que la derecha de ahora ya ha nacido en la democracia y nada tiene que ver con aquella y no se la puede acusar de nada ni hacerla responsable de nada? Dos cosas. Entonces hemos tenido una dictadura hace tan sólo 30 años y ya no quedan responsables, están todos muertos o se han bautizado en las aguas de la democracia. En un país como éste, que remonta la unidad de España a Don Pelayo, a los Reyes Católicos, que considera españoles a Avicena y a Averroes, a Trajano y a Adriano, a los reyes godos, pero no a los reyes de Granada ni a ningún otro moro de entonces o del Lavapiés actual, habría que darle algo para la memoria. Yo no soy responsable de la dictadura pero soy tan español como Isabel la Católica. Esos saltos en la memoria me resultan preocupantes. No me entra en la cabeza que los fachas no se sientan responsables de la dictadura que montaron y que forma parte de su legado histórico, es suya, de nadie más, pertenece a su herencia, lo mismo que el rey no es Borbón para unas cosas y no para otras, sino Borbón para todo, Borbón reinando y Borbón cagando, Borbón dormido y Borbón esquiando, Borbón franquista y Borbón demócrata, ¿o ha echado pestes de la barbarie borbónica en este país y se ha cagado en todos sus antepasados? Yo creo que no, que asume su apellido, su herencia, su linaje y no anda haciendo distinciones: en él se resume y en él cristaliza la tradición borbónica en España. Y sería un irresponsable si renegara de su apellido o de algunos de sus familiares regentes.

La segunda cosa con relación a que la dictadura se ha quedado sin herederos —parece que murió sin hacer testamento, lo que es una gran mentira, pues señaló a sus herederos por ley con nombres y apellidos— es que, aunque los fachas no se sientan identificados con los fachas de la dictadura y no se reconocen en ellos, yo sí me siento identificado con las maricas de la dictadura. Yo me identifico con las maricas de la dictadura ¡y ellas tampoco eran (todas) demócratas! Los fachas sólo se identifican con los fachas demócratas, no con los genocidas. Yo me identifico con las maricas casi diría que de todos los tiempos. A pesar de ellas, contra ellas, por ellas, contra mí, tragando saliva a veces, pero lo hago. Hasta me identifico con las sodomitas neoliberales y lucharé por ellas, promoviendo una sociedad que las haga impensables y absurdas, y en la que puedan acceder a una vida digna éticamente responsable y no deudora de préstamos ideológicos espurios.

Pues eso, que las maricas sí sabemos hacer historia y recordar, mientras que los fachas tienen lagunas. Yo soy esta marica que escribe, la marica que tenía siete años en la Transición, la marica fusilada, encarcelada por los fascistas en la dictadura. Pero el facha sólo es este facha demócrata, tolerante, sonriente, no directamente homófobo, al que no le duelen prendas en ser portada de una revista marica: no es ningún facha del pasado porque no tiene pasado, ni apellido, no se reconoce en su padre, ni en su abuelo, aunque tomara Madrid. No sé. Yo me reconozco en mi familiar fusilado pero tú no te reconoces en tu familiar que lo fusiló. Yo me reconozco en la marica apaleada pero tú no te reconoces en quien la apaleaba. Va a resultar que las maricas tenemos más pasado que los fachas.

Y eso es mentira. Me apuesto el cuello a que los australopitecos eran unos putos homófobos de mierda, y los neandertales unos nazis y los cromañones unos machirulos cabrones. Y eso que ni siquiera eran *sapiens*. Pero la homofobia atraviesa todo el género *homo*. Desvarío. Y encima resucito las dos Españas. ¿Por qué la izquierda sigue hablando de la guerra civil y la derecha no, y encima acusa de mal estilo a la izquierda por sacar a los muertos de sus tumbas y recuperar la memoria histórica? Porque la memoria no es algo para sepultar o no, sino que está ahí siempre, te guste o no, te reconozcas en ella o no.

Y no se puede borrar la historia como se borró la República, como se borró a los que perdieron la guerra, como se borró a miles de maricas en la dictadura. Digo yo que alguien lo habrá hecho y que alguien será su heredero.

Nosotros somos herederos de las maricas franquistas. De todo pelo. Seguro que había mazo de curas, militares, políticos afectos al Movimiento maricones perdidos. Y maricas revolucionarias, clandestinas, comunistas, catalanas fundadoras de todo (del movimiento marica en plena dictadura, del Real Madrid, de la Feria de Sevilla: nos han dejado cosas buenas y no tan buenas, todo sea dicho, no se puede andar fundado cosas, sentando los cimientos de identidades, por fundar, porque luego se lo comen otros), apaleadas a derecha y izquierda. Yo me considero heredero de todo este legado marica revolucionario, oprimido, colaboracionista, franquista, clerical: es una herencia complicada, pero si te quedas con el cuadro del abuelo, vaya si te comes su colección de trofeos de caza, si quieres los tiras, pero los tiras tú. Las maricas tenemos en este país una herencia bastante mierdosa. No sé cómo andábamos en la República, seguro que fatal, para las maricas, en este espacio geográfico que habitamos nunca ha habido tiempos demasiado gloriosos.

Ahora estamos como nunca. Lo mismo estaremos mejor, pero... más vale no menear más el parral, no pedirle peras al olmo, no llevar tanto el cántaro a la fuente...: ¡justamente ésta es nuestra mierda de herencia! El puto miedo. Pedir lo justito, que nada tiene que ver con exigir lo justo. Hemos heredado el acojono de las maricas franquistas en tiempos bastante mejores que aquéllos. Y no es que no hubiera maricas franquistas que no se cortaran un pelo e incluso entonces exigían lo justo. Pero esto parece que no lo hemos heredado. Somos unas sumisas de mierda. Plegadas al poder heterosexista. Temerosas de exigir más de la cuenta y que se cierre violentamente el grifo, que se harten de nosotras, que nos suelten cuatro frescas a gritos, una bronca de padre y muy señor mío, tengamos que agachar la cabeza y encima haber despertado el recelo, la desconfianza y la ira del patrón. Ahora andamos ahí metidas: aquí ya no se le pide nada más al Gobierno, no hay nada más «razonable» que reivindicar, nos damos por satisfechas, ahora le toca a Europa.

Ya volveré sobre esto, y sobre los Pactos de la Moncloa, ahora sólo quería hacerme un poco cargo de nuestra herencia, en muchos casos desconocida, de las maricas del franquismo. Estas cosas imprimen carácter y las maricas españolas tenemos mucho de este carácter de no confrontación, de no estirar demasiado la cuerda. Y nuestros colectivos sufren de ello y por eso mismo necesitan cambiar radicalmente y hacer pedagogía desde arriba, movilizar de nuevo a la gente en vez de mandarla a salvar Europa. Puto país de evangelizadores y conquistadores. ¿Qué carajo nos habremos creído? Tócate los cojones, ahora a liberar Europa. ¡Qué Gran Patria! Y las maricas como gilipollas a contribuir a la grandeza de España. Esa es otra, lo españolistas y centralistas que son las putas maricas. En cuanto ha surgido algún colectivo lésbico o gay un poco más de izquierdas, se ha puesto a establecer lazos corriendo con vascas, navarras, gallegas, catalanas y gibraltareñas porque aquí es imposible respirar.

Esa es (parte de) nuestra herencia: habernos convertidos en el modelo ideal del españolito medio en tiempos de dictadura. Despolitizado, amante de su país, temeroso del poder, incapaz de rebeldía, presto a doblar el lomo cuando caen chuzos de punta, negociador folclórico que canta canción española para ganarse un espacio de supervivencia, incluso de pequeñas prebendas, agradecido cuando le levantan un poco el pie del cuello, entregado cuando le hacen un par de leyes. De esto partimos y lo llevamos grabado a fuego. Y los colectivos también. Hay otras herencias. Levantiscas, indómitas, de gente rebelde, brutal, intratable, casi heroica. Se la están reapropiando las instituciones gays y lesbianas. La están borrando. Se quieren quedar con todo. Hasta llegan a decir que todo lo que se ha conseguido se debe exclusivamente a sus cuadrados culos amigos de despachos

ministeriales, de secretarías de Estado y de partidos políticos. Las bolleras y maricas radicales digo yo que tendrán derecho a su cachito de herencia. Aunque sea la legítima. Pero los colectivos que han quedado parecen haber optado por el mayorazgo, sin ser encima ellos los primogénitos de nada, sino los últimos que llegaron. En fin, ésta es otra guerra intestina. Pero ahí queda. Todo apuntadito. Para eso estamos las viejas, para formar trifulca en las calles del pueblo: «¡Ese hijo de puta, su padre fusiló a medio barrio y ahora viene aquí a pedimos el voto!». Las viejas sabemos muchas cosas y quién es quién.

Otro asunto terrible es la responsabilidad enorme y funesta que tenemos todas por haber dejado perderse tantos y tantos testimonios de las maricas que vivieron la dictadura y la transición. Pero las tesis universitarias de gays, lesbis y trans se están haciendo desde hace muy poco. La gestión de los archivos de los colectivos también es desastrosa, falta de medios, incapacidad de acceso, secretismo: de nuevo, borrar cualquier rastro de lo que fuimos y seguimos siendo. Si ahora aparece el Bloque Alternativo a algunos les parecerá haber salido de la nada esa banda locas. ¡A los archivos! Y vaya si aparecerá corriendo una genealogía ocultada interesadamente durante estos últimos años. Pero las calenturas, los herpes y los granos en el culo son algo recurrente, te crees que se han ido pero están ahí, se quedan como residentes, y reaparecen cuando menos se lo piensa uno. Ni siquiera cuando te pega un bajón de defensas. ¡Qué va! En medio del Europride, a los colectivos henchidos de orgullo y satisfacción, a los colectivos de gays y lesbianas sin oposición, de pronto les sale una erupción: el Bloque Alternativo. Gente nueva y vieja pero que comparten una misma cosa: están igual de hartos y de poco convencidos con lo que hay. Ya veremos lo que dura esta estupenda gente. Yo estoy encantado. Y si acaban disolviéndose, yo no me preocupo. Como digo, los fenómenos de insatisfacción son recurrentes... hasta que se hacen sistémicos y los intervalos entre recaída y recaída se van acortando. Yo, de momento, en el Orgullo siempre tiro pa Barcelona.

Las maricas, bollos y trans, también somos eso, somos FELGT, COGAM, Triángulo, el coronel, COLEGA, el cura Mantero, el caso Army (¿qué hizo el PSOE entonces, alguien se acuerda, queda vivo alguien que pueda contárnoslo?, ¿aquel PSOE no era este PSOE?, ¿aquel PP no era este mismo PP?, ¡U siempre mantuvo una posición institucional algo más digna, sin que tampoco haya que tirar cohetes), la COFHLEE, LSD, la Radi, Escalera Karakola, el reciente Bloque, el FAGC, EHGAM, GTQ, maricas desmovilizadas, que van por libre, en fin, un montón de cosas extintas, supervivientes, recién nacidas, de derechas y de izquierdas, ricas y pobres, arrimadas y comprometidas, odiosas y encantadoras. Nadie es heredero, salvo la derecha, de un conglomerado ideológico, histórico y humano coherente ni unitario. No voy a ser yo quien se atreva a decir cuál es el denominador común de todo el movimiento translesbigay de cuarenta años para acá. ¿La sodomía, las tjeritas, la pluma, Chueca o Lavapiés, el Gayxample o el Raval? ¡Amos, venga ya! Lo que sí tengo más claro es que la burra de la «unidad de todos y todas» a mí no me la venden.

LA DESUNIÓN HACE LA FUERZA

Estoy hasta el coño de los discursos que acaban aterrizando siempre en la «unidad». Eso sí que es la parte del león de nuestra herencia. Lo de que si somos «uno» somos más grandes y libres, ¿es que ya no le dice nada a nadie? Y, sin embargo, es el único discurso pseudopolítico que se escucha entre las maricas colectivizadas, en el Parlamento, en los medios. La única política que se hace en este puto país es la de la unidad, supongo que para recordar tiempos mejores, los de la dictadura, cuando todo el mundo estaba muy unido y España era libre y grande. La unidad de las maricas, la unidad de los demócratas frente al terrorismo, la unidad de la izquierda, la unidad del voto útil, la unidad de su puta madre. La unidad de los cojones para mí es patrimonio exclusivo de la derecha y, de rondón, de cualquier grupo de poder que quiera consolidar, ampliar y monopolizar todo el poder a su alcance. Porque unidad significa siempre exclusión, soslayamiento, represión y silencio de los que no se quieren unir, de los desunidos. La derecha se une sola. Tiene esa virtud, no se fragmenta, al menos entre nosotros la derecha es monolítica y pasa entera, sin degradarse, perfectamente conservada en todas sus esencias de generación en generación. La izquierda, las más de las veces, ha tendido a la dispersión, a la pluralidad, al desparrame, a la micrología, a estallar en mil pedazos y facciones; y luego, como mucho, se pone el rótulo de «unida» y palante.

Todo esto es muy simplista y dicho a vuelapluma. Pero es que este libro es un panfleto y mis análisis políticos dan pa lo que dan. Sin embargo, creo que me doy a entender. ¿Por qué diantre tenemos las maricas que heredar esta basura ideológica de la unidad?, ¿por qué tenemos que estar unidas?, ¿unidas políticamente y unidas en matrimonio?, ¿es que en este país de risa sólo se puede sobrevivir y acceder a un mínimo de dignidad y derechos estando unidas?, ¿qué tiene que ver la democracia con la unidad?, ¿alguien puede explicármelo? Iba a preguntar ¿qué tiene que ver la democracia con las maribollos?, pero esto ya es pa nota. Otra burra, otra moto que tampoco me va a vender nadie es que las maricas como mejor estamos en democracia. Esto dicho desde aquí puede tener algún sentido, pero porque en el Estado español estemos dabuten, como mejor hayamos estado nunca, no se puede concluir que la democracia es la antítesis de la homofobia. Por varias razones, la primera, que lo que tenemos en España y lo que se entiende por democracia, en fin, lo dejo ahí. Pero sea lo que sea nuestro sistema político, hemos salido beneficiadas. La segunda, que basta darse un paseito por cualquier democracia vecina, occidental, asiática, africana, oceánica, para ver que la homofobia es un valor central en democracia elevado a rango de ley, costumbre, tradición e institución social. Así que menos cuento.

La unidad de las maricas, la unión hace la fuerza, la unión hace España, la unión hace la libertad, la unión hace la paz: todo esto es escoria ideológica. La unión siempre beneficia a los más poderosos entre los que se unen. Unos se unen, se engrandecen, se fortalecen llamando a la unidad, y otros son anexionados, absorbidos, fagocitados, borrados del mapa. Se puede llegar a la unidad de muchas formas: por la fuerza, por imposición, en plan populista a través de un discurso facilón en medio de un contexto socio-político desastroso y mucha carencia, para estar en contra de alguien o de algún grupo, unidos para siempre o coyunturalmente, unidos por interés o por convicción, unidos racionalmente o visceralmente, por afinidad o parentesco, por colores o por sabores. Yo no sé cuál es la unidad de las maricas ni mucho menos cuál debe ser. Y todavía menos si debe ser, si deben estar unidas: si ser marica es «estar unida». A mí, el estar-unidos-las-maricas me suena a estados-unidos-de-america, pero esto no deja de ser una estupidez. Sí veo que tal vez haya llegado un momento peculiar de las maritrans en nuestro estado en el que ya no haya razones aducibles para estar unidas, un momento en el que se ha producido un vacío ideológico fundamental, en el que los movimientos mayoritarios se han quedado sin discurso, porque nunca lo habían tenido y porque su único discurso no era político ni tenía contenido, simplemente era la exigencia del matrimonio y la ley de transexualidad. Nos han «dado» esas dos leyes, pues nos hemos quedado sin nada que decir, se nos ve el plumero más que nunca a los colectivos desideo-logizados e incapaces de lograr la unidad de las maricas como no sea mediante la desideologización misma y la renuncia a cualquier propuesta política: estoy hablando del orgullo, de la «gay parade» madrileña. Que a mí me parece un éxito brutal y que es lo que debe ser, lo que debió ser y lo que, al menos durante muchos años aún, seguirá debiendo ser. No voy a resumir ahora los discursos radicales sobre la «peseta rosa» y el «lobby gay» que en su contra ya hiciéramos unas cuantas antaño. Aquella batalla se perdió. Y reabrirla ahora no es cosa mía ni cosa interesante a mi juicio. La bestialidad que supone ver a un millón de bollos, maris, trans y gente rara tomando Madrid, aparte de muy impresionante, emocionante, que se te saltan las lágrimas, que algunas recuerdan cuando no eran más de quinientas en la Puerta del Sol y demás zarandajas, políticamente ha supuesto un giro decisivo en cuanto visibilidad y capacidad de presión. Yo ya estoy muy vieja para criticar las carrozas. Esto salió bien. Y es una herencia que tienen que comerse los de ahora. Mirad, vuestros ancestros montaron el barrio de Chueca, el Gayxample y el Orgullo gay, le robaron dos leyes al Gobierno y pusieron un millón de mariconas en las calles: tomadlo, dejadlo, cambiadlo, mejoradlo pero ése es el punto de partida.

Bien, por eso mismo no tiene ya sentido la unidad de las maricas. A no ser para una semana de fiestas al año inventada justamente para no comerse mucho la cabeza, sino para orgullear, molestar, asustar a las viejas, provocar, impresionar en número y así sentarse luego a negociar y poder presionar algo más. Este ha sido un itinerario entre otros posibles. Porque hay otros itinerarios. Y están a la vista. Yo creo, personalmente, que esta forma de hacer las cosas se ha agotado. Que la gente, alguna, unos poquitos, está necesitada ahora de discurso, de política gay, de menos proclamas y más igualdad o más diferencia, de acabar con la brecha entre la España oficial y la España real. Una actitud que sirvió para mucho ya no sirve para nada. Todo cansa, pero es que además el continuismo ya no nos lleva a ningún sitio una vez que está bien clarito que el grifo de las libertades otorgadas se ha cerrado para nosotras. Habrá que hacer otra cosa. Habrá que empezar a pensar ¿qué es ser marica?, ¿qué puede ser una política marica?, ¿hay una ética marica?, ¿qué nos une a las maricas?, ¿ser maricas acaso no será estar desunidas?

Seguramente me acusarán de ser un infiltrado del PP, o de la CIA, que me han comprado los sectores más homófobos de la sociedad para desunir al movimiento gay. Es cierto. He recibido mucho dinero y privilegios de parte de esta gente y de la Iglesia para desmovilizar a los gays, para criticar nuestros colectivos y su gestión, para apoyar a los sectores más radicales entre las lesbianas y las maricas y convertirme en germen de desestabilización. Lo confieso. Me han pagado. También he recibido dinero polaco por parar una ola de liberación gay española que ahora quiere romper sobre Europa. Me autoinculpo. Me he vendido. ¿Y qué? Me molan las pelotas. El Bloque también recibe pelotas de origen inconfesable. Del MOSAD. Ahora sigo con mi rollo. No voy a perder más tiempo con los capullos que dicen: «No critiques tanto al Gobierno que nos lo ha dado todo». Ya volveré sobre este asunto de criticar a quien *nos lo ha dado todo*. También me han comprado para eso.

¿Existe una identidad gay o no? ¿Tenemos algo en común? Yo ya estaba harto de esta mierda hace diez años, es fácil imaginarse cómo estaré ahora. Pero veo que, periódicamente, sería necesario organizar pequeños encuentros pedagógicos, seminarios, para que las lesbianas novecitas y las maricas sin estrenar reabran este debate y pasaran por algo que es necesario en sus vidas. Es como si se jugara al fútbol una vez y, como ya se ha hecho, no se hiciera nunca más. Una vez una marica se preguntó si existía una identidad gay y nunca más volverá a hacerse esa pregunta porque para qué. Esto debería estar en cualquier manual de educación de gays, transex y lesbianas. Unos capitulillos de preguntas sobre identidad, comunidad, intereses, historia, etc. Odio a los imbéciles que cuando ven surgir un colectivo nuevo, un movimiento nuevo, cuando oyen debatir a maricas y lesbianas jóvenes, lo único que se les ocurre es llamarlos pipiolos y decir que están reeditando cosas antiguas que ellas, maricas viejas históricas, ya conocen de sobra y bla, bla, bla. Supongo que soy profe y tengo grabado a fuego eso de tener que repetir lo mismo todos los años porque cada año la gente cambia pero no sus necesidades de aprender, leer, discutir, hacerse las mismas preguntas: ¿libertad o necesidad?, ¿lo uno o lo múltiple?, ¿por qué hay algo más bien que nada?, ¿quiénes somos, de dónde venimos? Esto es más viejo que el hilo negro y nuestras mariquitas y bollitos novecitos tienen que pasar por ahí, deben pasar por ahí y no echarse a las calles a follar sin estudiar, y repasar cosas que les conciernen, que les interesan, que los harán mejores, más hijos de puta, menos comprables, las maritrans intratables del mañana. Esto me ha quedado asquerosamente paternalista, pero, bueno, me excuso diciendo que es una pelea entre padres, entre viejos sentados en un banco del parque que ya sólo tienen fuerzas para ver pasar delante a la juventud y criticar o suspirar ante su rozagante y despreocupada lozanía. ¡Toma caspa!

Para empezar, pese a quienes se empeñan en que gays y lesbianas ya estamos repitiendo una historia muy corta, que una vía se haya transitado y no haya llevado a ningún sitio no quiere decir que tenga que ser una vía muerta: lo mismo no era el momento de abrirla en su día y sí lo es hoy. Lo mismo la gente nueva triunfa en lo que fracasamos los viejos. Y cada generación tiene derecho a volver a hacerse las mismas preguntas, a volver a cuestionar a los colectivos que dicen representarla, a poner en jaque al empresariado gay y exigirle un código ético, a preguntarse si las maricas nacen o se hacen, a repetir la historia o cambiarla: que hagan lo que les dé la gana, que inventen, que recorran caminos nuevos o trillados, que asuman o que escupan sobre lo que les hemos dejado como patrimonio, que ocupen Lavapiés y Vallecas para las maricas sabiendo o no que eran los cuarteles generales de las lesbianas y maricones izquierdosos de los noventa. ¿He dicho ya que estoy encantado e ilusionado porque percibo cierta inquietud y multitudes de buena gente LGTBQ con ganas de hacer cosas, de dejar que se le vaya la olla, con ganas de putear, molestar, perjudicar y joder, una renovada voluntad de estar en contra, de solidaridad organizada desde abajo, de desnormalizar los placeres y los cuerpos que hacía mucho tiempo no veía y pensé que se habían extinguido?

Los que nos ganamos el sustento con la filosofía (yo, además, con subvenciones contrarrevolucionarias) somos muy reacios a dar ningún debate ni ninguna cuestión por cerrada, superada o estéril, y seguimos rumiando una y otra vez las mismas cosas clase tras clase, siglo tras siglo. La preguntita del millón de ¿qué es ser marica?, ¿qué es una lesbiana?, ¿qué es una trans?, me da la sensación que van a seguir haciéndosela muchos y muchas y no es un asunto que se pueda dar por zanjado. Sobre todo, porque, en cada época, cada cual en su tiempo, la responderá como pueda, como le dejen o como le venga en gana. Me sospecho, y por eso también estoy contento, que las maricas de ahora ni por asomo (se) responden de la misma forma que las maricas de la Transición ni que las maricas de un poco después. Siempre ha habido y habrá gente que se limita a poner el culo, las tetas, el rabo o el coño y no hacerse ni hacer más preguntas. Ojalá que les vaya bonito. Antes eran mi bestia negra, ahora ya casi todo me parece bien. Mientras no sean homófobas, ni clasistas, ni racistas, ni misóginas. Lo que cuenta es la identidad gay, lesbica y trans que se está forjando ahora, que es moneda corriente, que está en perpetuo hacerse, modificarse, cuestionarse, revisarse, abandonarse y retomarse. Me da miedo asistir a cualquier reunión de un colectivo, como me quedaba perplejo en los cursos de teoría queer organizados aquí y allá, de lo antigua que me veía, de mi artrosis ideológica, de los acelerones, frenazos, adelantamientos peligrosos, goles en propia puerta, puenting conceptual, fidelidades, contradicciones ideológicas, propuestas sorprendentes, radicalismos y conservadurismos de nuevo cuño que decididamente me hacían muy feliz y también me hacían morderme la lengua. Si hoy escribo es porque estoy contento, esperanzado, porque las nuevas bollos, las trans y alguna marica suelta me han removido, aireado, regado y abonado las ganas de dar caña y porque creo que esto de joder bastante al enemigo interno y externo se va a poner de moda, va a tener mucha fuerza, se va a discutir mucho, se va a escribir mucho, se va a investigar mucho y van a aparecer nuevos discursos a los que estoy deseando apuntarme. Asustan también las lecturas que maneja la gente implicada políticamente, la soltura con que se mueven por Butler, Lauretis, Foucault, Wittig, Volcano, Sedgwick, Halberstam, la fuerza de sus argumentos. Todo esto es muy personal y autobiográfico. Lo siento. A nadie le importa que yo esté de subidón, pero da gusto poder anunciar esto sin que nadie me lo haya pedido, me corro por estar viendo una izquierda radical marica superpreparada, hipermotivada, imparable, que ya está llamando a las puertas de un movimiento homosexual en retirada, de capa caída, en fuga hacia Europa. Que se vayan. Allí hay cargos para ellos de europarlamentarios y lo estarán deseando. Yo ya veo el relevo. Y me gusta. La izquierda de los políticos está desarbolada. La derecha sigue como siempre. Pero las maricas han experimentado una revolución ideológica y los que se reían de la teoría queer, de las feministas lesbianas, y seguían haciendo ensayo gay de mierda disfrutando de unos instantes de protagonismo, van a ser barridas. Nadie las lee, nadie las escucha. No decían más que gilipolleces. Les publicaban de cagalástima o se autopublicaban desde el poder universitario. De tanto mirarse el ombligo y trabajar para su propio culo nadie se apoya en su discurso de autobombo, y encima les revientan sus apariciones en público.

La derecha intelectual homosexual y el pensamiento sodomita y bostoniano se han ido al carajo. Desde aquí certifico ya su defunción. No voy a dar nombres: para eso están las esquelas. No hay sitio para ellos en el estado español. Han sido expropiados políticamente y su espacio ocupado por LGTBQs estupendos. Todavía veremos alguna pataleta de esta gentuza y desde los colectivos subvencionados. Pero esto no será más que fruto del resentimiento nietzscheano y de saberse trasnochados por mucho chaparrón PPro que esté cayendo. Las maricas van por libre cuando se ponen a darle a la cabeza. Lo bueno del pensamiento sodomita es que nunca ha tenido nivel, ni cerebro, se movía por interés egoísta, arribismo, trepismo, promoción personal y eran todas unas tontas perdidas que iban a remolque. Tampoco estas páginas son oro molido ni yo me encuentro especialmente lista ni inspirada. Pero, en mis tiempos, con dos neuronas te bastaba para reírte y ridiculizar políticamente a las fachas estúpidas que se las daban de algo, de escritoras, de ideólogas, de historiadoras gays. Y encima, de las dos neuronas, te sobraba una para irte luego a follar. Ahora los LGTBQs saben el triple, han viajado horrores, están tomando la Academia y metiendo sus coños en los colectivos y en las instituciones. Ya veremos. Yo es que veo una golondrina y ya hago verano.

QUÉ ES SER MARICA Y EL VERDADERO ORIGEN DE LAS BOLLOS

¿Qué es ser marica? Sigo sin responder. Ni falta que hace. Algo que ha cuajado ya irremisiblemente es que no hay más identidad que la identidad política, que la identidad estratégica, y que ya nadie anda buscando esencias homosexuales en la medicina, la embriología, la genética, la biología, la paleontología, la etología, la psicología ni hostias. Me sonrió al decir todavía estas cosas, ¿dónde queda el Xq28, cuántos se acuerdan de lo que es? No hay más identidad que la que nos hace estar en contra de la homofobia y la transfobia. Pero esto también está trasnochado. La homofobia se ha ampliado solidariamente y ya no se puede estar en contra de ella siendo racista, misógino, católico o clasista. Esto parece de cajón, pero por nuestras latitudes es un hallazgo político muy nuevo que aún está calando y que nos hace seguir estando desunidas: las maricas clasistas burguesas y progres-fachas de toda la vida y el movimiento LGTBQ. Ahí está la lucha. De nuevo, otra vez, otra lucha, con diferente distribución de fuerzas, con diferente

oportunidad histórica, con otros portavoces, con otra bibliografía, hartos de otras cosas, con más precariedad laboral y de vivienda, con más inmigración desamparada, con una Europa desinflada, con el matrimonio pisoteado, con Navarra perdida para siempre, ¡Jajaja!

¿De dónde venimos las maricas? Yo de Sevilla ¿y tú? El origen de las lesbianas. Absurda cuestión. Ganas de hacernos perder el tiempo. Esas cosas, como mucho, dan para tirarse en tu cuarto mirando al techo, poner musiquita rollo chillaut, liarte un peta y echar una tarde de domingo centrifugando el desconocido origen de la homosexualidad y la identidad gay hasta que se te pase el bajón de pastis. Y a eso de las ocho o nueve quedar con los colegas, o salir solo de extranjs a ligar, que los domingos noche dan pa mucho, son un refugio de intimidad y salen tos los que no han pillao el finde. Esto es muy inmediato y, de nuevo, frívolo. Pero no se puede estar todo el día militando, en el local ni de reunión. Así me lo aprendí yo. Hay que hacer pausas y tomarse un respiro entre tanta ideología sesuda. Que tú eres marica y quieres ser feliz, y que poco te importa o te importó nunca saber por qué tu deseo era diferente, es una verdad de perogrullo. Y si alguna vez logró dicha cuestión sobre los orígenes captar tu interés e incluso obsesionarte, es que han conseguido comerte ya el coco. Sólo les interesa a ellos saber por qué les han crecido estos champiñones en su jardín. La búsqueda del origen siempre ha supuesto una aplicación útil, manipuladora, controladora, de dominio, de diferición. Hallar la receta de cómo hacer maricas o hacer heterosexuales sólo puede perjudicarnos. Amén de que es imposible, y de que el misterio de cómo surgen las maricas es una de las armas más brutales que tenemos contra ellos. Surgimos y ya está. De pronto, en el mundo, de todos los niños que nacen, el 10% son maritransbollos nadie sabe por qué. Vivimos en su seno y no somos extirpables. Bueno, sí, se nos puede gasear, exterminar, encarcelar, ahorcar. Pero volvemos a nacer. Las peores de nosotras han nacido de familias modélicas, higiénicamente heterosexuales y católicas. La marica, nada más nacer, borra todo rastro de su origen. Para empezar sale pitando de casa. Una marica, por definición, sólo tiene futuro. Y presente. Siempre hubo maricas, siempre habrá maricas. Nos repetimos más que el cocido. Y en cada eructo histórico somos diferentes. Ahora te viene el chorizo. Éste me ha sabido a garbanzos. ¡Aquí está el tociniillooooo! Repetición y diferencia. Iterabilidad. Performatividad. Esto es de Butler. El ejemplo del cocido es mío. A fuerza de repetirnos vamos cambiando, lo queramos o no. No hay más origen que repetir, repetir, maricas repetidas hasta el aburrimiento y que se transforman a fuerza de repetirse a sí mismas.

¿Somos diferentes? ¿Tenemos algo que nos haga especiales? No me interesa si alguna vez en nuestra vida hemos sido como el buen salvaje, incontaminado, la esencia pura de una marica nacida no socializada, en medio de una isla, criada por lobos a lo Mowgli, si es que ser marica es genético y no social. Paso. Lo que sí está claro es que desde pequeñitos jugamos en dos ligas y habitamos el mundo de modo perverso y escindido, más o menos esquizofrénico, creando estrategias de socialización, supervivencia, negociación, ocultamiento, disimulo, visibilidad, política muy peculiares y absolutamente innovadoras que cada cual se tiene que inventar individualmente en la soledad de la infancia, pero que somos capaces de reactivar y aprovechar colectivamente. Qué es ser marica, tal vez deba construirse para dejar fuera a mucha gentuza que habla como portavoces nuestros y que nos dan ganas de vomitar. Recuperar el concepto, la categoría, el término, la palabra «marica», impermeabilizarla y hacerla estanca para que los insolidarios sean cualquier cosa menos maricas, simples sodomitas de mierda prestos a venderse al mejor postor y a mirarse el capullo, que son.

¿El origen de las maricas? El origen de las maricas eres tú. ¿El origen de los bollos? El origen de los bollos eres tú. ¿El origen de los trans? El origen de los trans eres tú. Tú eres marica, tú eres trans, tú eres bollo. Luego tú eres el origen. Tú eres tu origen. Tú eres el punto de partida, el tuyo, el único del que dispones. Eso ya te permite ligar e insultar y formar escándalo en casa, en el trabajo, donde sea. No es preciso hacer mucha arqueología marica para empezar a tirar piedras y romper cosas. Aunque en el arrebato aplastemos el fémur de la primera australopiteca lesbiana y destruyamos los restos de la primera pareja gay neandertal que se conservaba en perfecto estado. Hay que ir más suelta por la excavación y preocuparse menos por los fósiles. No somos arqueólogas, somos hijasdeputa con prisa por cambiar nuestro entorno. No se puede ir hacia atrás. El origen está delante, es el futuro, nos está esperando. Si quieres, otro domingo, te puedes retrotraer como mucho hasta tus padres buscando el origen de ser lesbiana; máximo hasta tu abuela. Pero esto no explicará el origen de nada. Esto es dar con la causa necesaria, pero no suficiente. Las pobres madres, que lo quieren ser todo en nuestras vidas, siempre se creen que son la causa necesaria y la suficiente de ser como somos. Las pobres: entre la necesidad de culpase y sufrir y el orgullo de ser la causa primera de todo.

Dejad en paz a las maricas y lesbianas que se están estrenando políticamente, panda de viejas marisabidillas, desocupad vuestros espacios y a removerse de las poltronas; dejad de pensar que son frutos de vuestras siembras de cuarto oscuro; dejad de buscarles una causa, un origen, una explicación. Es lo que toca, lo que hay y punto. ¿Qué es ser marica? Ellas nos lo dirán. O no. Pero ya es asunto suyo. Y si quieren hacer historia y arqueología que la hagan. Pero una cosa es hacer historia y otra es ser historia. Como no tengo nada que decir, no dejo de anunciar defunciones, hacer llamamientos, pedir jubilaciones, proclamar buenas nuevas y mesías transexuales. Ahora exijo la retirada inmediata de todas estas movidas de quien haya pasado de los treinta. ¡A dejar sitio, coño! El movimiento gay, los colectivos, las que nos da por escribir, está lleno de Aznares a medio retirar y no paran de hacer cosas como ésta que estoy haciendo yo aquí, porque aún creen que no se os puede dejar solos, porque hay mucho espacio que cubrir, porque a los mayores nos queda un papel por desempeñar, panfletos por hacer, comunicados que escribir, tendencias que vigilar, generaciones por educar, memorias que custodiar, expedientes X que desvelar.

¡Acabad con nosotros! Estamos muertas. El Europride de 2007 habrá sido nuestro entierro. La Pirámide de las históricas de todo cuño, todas responsables por triunfar y por perder en su batalla particular. Ahora sólo hace falta que tengáis tierra para sepultarnos, para que no levantemos la tapa del ataúd y salgamos por patas a lo zombi. ¡Venid a por mí pero matadme y rematadme y dejadme bien muerto! Si no, volveré a sacar la cabeza. Paso de suicidarme. A mí que me desenchufen. Tanto criticar que los jóvenes nunca se van de casa y que se quedan con los padres hasta los cuarenta. ¿A nadie se le ha ocurrido que lo que tienen que hacer los padres es irse a un asilo por propia voluntad, quitarse de en medio y dejarles el piso a los hijos? Nosotras estamos igual. Es hora de una reclusión asilar voluntaria y de dejar locales, subvenciones, archivos, libros, espacios, manifestación, carrozas, banderas y toda la mierda y el patrimonio cultural e inmobiliario gay-lésbico-trans que se ha juntado para la gente nueva. Pero la palabra no se cede. La palabra se toma.

CAPÍTULO III. La marica como sujeto político

Muchas personas tienen un árbol plantado en la cabeza, pero en realidad el cerebro es más una hierba que un árbol.

Deleuze y Guattari

Todo eso de la identidad, de saber quiénes somos, de dónde venimos, de conocernos a nosotros mismos y demás monsergas, está muy bien. Pero no es necesario para pegar gritos, carteles, hostias ni existir políticamente. Está bien claro quién es el enemigo. No hace falta ser un sabio para reconocer quién quiere nuestro mal, quién quiere acabar con nosotros, a quién le provocamos arcadas, quién se muestra reticente, incómodo, arisco frente a nuestras reivindicaciones o ante nuestra mera existencia. Para localizar la homofobia no hay que ser un lince. De esto se da cuenta cualquiera, hasta la marica que no ha pisado una librería en su vida. No es preciso nada más para empezar a hacer política, para convertirnos de simples practicantes de unas cuantas conductas sexuales estereotipadas en verdaderos sujetos políticos.

La existencia política nace de una posición de sujeto que lucha. Una posición de sujeto que nace de una decisión voluntaria, estratégica, coyuntural a partir de una situación de opresión e injusticia dada. Y basta de alforjas. Injusticia estructural + gente que sufre esa injusticia + voluntad de lucha y de subvertir dicha situación injusta: no hace falta nada más para el surgimiento de un sujeto político capaz de llevar a cabo una pequeña, mediana o gran revolución. Lo crucial es la posición, la toma de posición, el posicionarse, el plantarse como sujetos, fundarse como sujetos maricas. Posición de sujetos maricas, de sujetos lesbianos, de sujetos trans. Posición de sujetos de clase. Posición de sujetos precarios. Posición de sujetos abyectos. Y en frente, el resto. A por ellos. Ya tenemos el conflicto social necesario. No hay que inventarse nada. Es la situación de partida. Una sociedad injusta y que quiere seguir siéndolo para unos cuantos. Sólo falta levantarse y tomar la palabra, robarla, apoderarse de ella. O como se dice ahora, lo único que necesita una marica para convertirse en sujeto político es «empoderarse». Horrible anglicismo. Hacerse poderoso, dejar que el poder discurra por tus venas, mineralizarse, tener iniciativa, todo eso deriva tan sólo de una decisión: la decisión política de convertirse, de ser ya un sujeto político LGTBQ. Esto ni lo regala nadie, ni lo concede nadie, ni necesita más ceremonia de reconocimiento, ni apuntarse a ningún sitio: depende de cada uno tomar la decisión de ser una marica, una lesbiana, una trans que se elevan a sí mismas a la categoría de conflicto y a la posición de lucha de sujetos políticos. Sujetos políticos por decisión. Voluntad de guerrear. Determinación de batallar contra el enemigo común. Es tan fácil como dar ese paso, en vez de permanecer en el limbo de la ociosidad de los derechos otorgados o que otros han peleado para nosotros.

Convertirse en un sujeto político, temible ya de entrada por el mero hecho de haber tomado esta decisión que supone un chute de moral, de fuerza, de inteligencia, de imaginación, de inventiva, de iniciativa, no requiere de más argumentación. Pasar de marica a marica en lucha es un absurdo, un abismo lógico, un salto en el vacío, algo irracional, injustificado, arbitrario: es un salto que se da o no se da. Un salto que se justifica a sí mismo después de haberlo dado. Como salir al extranjero, o irse de casa. ¿Para qué, con lo bien que se vive aquí? Tú sal, márchate. Cuando vuelvas, si vuelves, ya me lo cuentas. Cuando aún no se ha tomado la decisión de llegar a ejercer una existencia política marica no se cuenta con las razones, con los argumentos, con la legitimación que fuercen esa decisión. No se tiene un porqué, pero justamente esta ausencia de tener que hacer lo que aparece como necesario e inevitable es lo que permite saltar al vacío. Yo sólo puedo decir: ¡Salta! Desde el otro lado. Deja los razonamientos y la legitimación para más tarde. Todo lo que se presenta a sí mismo como razonable, legítimo y portador de una sanción social positiva es lo que te ha estado jodiendo, limitando, coartando y oprimiendo hasta ahora. No le pidas el mismo pasaporte a lo que te ha de salvar.

El fulgor de la conciencia política que de pronto estalla. La conjunción de los astros casi mágica que supone alcanzar la conciencia de clase. Y está ahí mismo, al alcance de la mano, crear, devenir, decidir ser este nuevo tipo de sujeto político LGTBQ. Ya lo somos. Ya los hay. Nunca hay un primero. Cuando se toman este tipo de decisiones ya hay gente esperándote. La soledad está antes de decidir tener una existencia política, no después. Convertirse en sujeto, acceder a una voz propia, a la capacidad de sostener un discurso en primera persona, supone de entrada un vaciamiento, un dejar al lado la existencia cómoda y pacífica que la sociedad ha puesto a disposición de las maricas y lesbianas para mantenerlas entretenidas, ocupadas, follisqueando, comprando, ligando, bebiendo, festejando y riendo. Engordándonos como a Hansel y Gretel.

Hasta los héroes de cuento son más revolucionarios que muchas de nosotras. Tras este vaciarse de lo que hay, de lo que se nos ha enseñado y transmitido como lo que debe ser una existencia marica tranquila y autosatisfecha, no hay ningún paraíso, ni ningún infierno. Tal vez no haya nada. Está todo por inventar y por llenarlo de contenido. Pero lo importante es que la decisión constitutiva y polémica de convertirnos en sujetos políticos maricas no precisa de mayor articulación teórica.

No hay que esperar a tener muy clarito y explicado cuál es nuestra identidad ni quiénes somos para ponerse a hacer cosas. Basta compartir una situación injusta de partida y la legitimación que acompaña siempre a los desfavorecidos, marginados y oprimidos. También los fachas se pueden levantar si les da la gana, pero carecerán de legitimación porque cuando se levantan siempre lo hacen para recuperar privilegios perdidos que usurpaban ilícitamente y que les fueron arrebatados con razón. Como los curas cuando salen a la calle a manifestarse porque han perdido el monopolio de la manipulación de las conciencias con la asignatura de religión. Y poco es lo que han perdido. El Estado es tan mojigato que no se atreve a prohibir la religión en los centros públicos. O los antichavistas tomando las calles porque les han reventado el cortijo imperialista que tenían montado. Y no es que piense que Hugo Chávez ama a las maricas. Que me da la risa. Adquirir el estatuto de sujeto político es gratis y está al alcance de casi cualquiera, aunque sigue habiendo excluidos totales que ni siquiera pueden plantearse esta decisión. Pero, de nuevo, basta con tener un poco de olfato, el olfato de un caniche vale, para darse cuenta de quién está legitimado por su posición de clase, de opción sexual, de raza, de género, y quién pretende únicamente mantener a toda costa una situación de subyugamiento patriarcal, heterosexista, clasista, xenófobo, católico y clasista.

No necesitamos sentar las bases de un discurso teórico previo muy sofisticado para emprender una lucha por la liberación sexual. La identidad del sujeto político se va constituyendo una vez que ha empezado a hacer cosas. Cada paso que da va cristalizando, cuajando, forjándose su propia identidad con lo que hace y con lo, y los, que va dejando al borde del camino. ¿Acaso alguien cree que los heteros homófobos siempre han sido así?, ¿o los curas?, ¿o los fachas? Nada de eso. Primero empezaron a robar, a joder a todo el mundo hasta hacerse con el poder. Y sólo después construyeron su edificio ideológico justificativo. Y sólo mucho después lograron fabricarse una identidad en la que instalarse, en la que educar a sus hijos, con la que identificarse para poder transmitirla a lo largo del tiempo, conquistando otros países, invadiendo culturas, territorios, continentes, arrasando con todo. Nuestro enemigo no nació así. Llegó a ser lo que es. Se inventó a sí mismo con el tiempo, carnicería tras carnicería, victoria tras victoria, saqueo tras saqueo, apartheid tras apartheid. Los sujetos políticos que ha engendrado, como sus defensores, guardianes y portavoces, la homofobia capitalista patriarcal y monoteísta, responden no a una identidad previa que se montó a caballo y en carabela y salió a hacerse un imperio (que también): estos hijosdeperra de ahora tienen la consistencia de una identidad que recoge todo en lo que se han convertido en siglos de historia y opresión. No nacieron sabiendo quiénes eran. Nacieron robando y matando. Y sólo tras mucho robar, mucho violar, mucho matar y mucho pisotear supieron quiénes eran y lo que era el sujeto conservador homófobo liberal social demócrata cristiano.

Se hace camino al andar. Hagamos nuestra historia de lucha LGTBQ y nos convertiremos en sujetos LGTBQ porque, si no hacemos nada, nunca llegaremos a ser sujetos de nada. Nunca llegaremos a tener una identidad ni a saber quiénes somos. No se es primero sujeto y luego se actúa. Al revés, haz cosas y serás algo, alguien, otros te reconocerán como perteneciente a la comunidad de los que actúan, de aquellos con los que se puede contar, de aquellos que acuden en auxilio y prestan ayuda, de aquellos que derriban prejuicios, injusticias, caciques, potentados, privilegiados de todas las clases.

Las maricas no somos amantes de la verdad, de los fundamentos racionales, de la solidez de una estirpe. Somos amantes de nuestro propio bienestar,

CAPÍTULO IV. Por una militancia a carapero

El texto es (debería ser) esa persona audaz que muestra su trasero al Padre Político.

Roland Barthes

UN BLOQUEO IDEOLÓGICO GENERAL

Madrid. 23 de junio de 2007. Barrio de Lavapiés. 19:06 Hora Zulú.

Nunca he sabido qué demonios era eso de «Hora Zulú» que sale en las series americanas con marines de por medio, pero me gusta cuando lo dicen y se van escribiendo los datos espacio-temporales en la pantalla, siempre en la esquinita de abajo, con un ruidito electrónico de ordenador cada vez que aparece un nuevo carácter. Es la mayor sensación de realidad e inmediatez que se puede conseguir en las series televisivas hiper-malas que yo consumo con fruición. Y supongo que también lo hacen para que el telespectador no se despiste mientras suceden cosas diferentes en sitios muy alejados y se entrecruzan argumentos paralelos. Me ha apetecido datar de forma tan irreal este momento extraño en el que me he obligado a poner por escrito algo lo más parecido posible a propuestas de acción y estrategias políticas en unos tiempos en que percibo sin engañarme cierta inquietud e insatisfacción en una parte del movimiento LGTBQ, la constatación de un agotamiento ideológico de nuestros colectivos, la desaparición de cualquier clase de proyecto o programa político concretable, verosímil, factible que no sea simplemente una fuga psicótica, una huida hacia adelante que a todo el mundo medianamente despierto deja insatisfecho: «Ahora Europa: la igualdad es posible».

Soy consciente de haberme puesto a escribir desde el desierto ideológico, desde una carencia de proyectos preocupante, desde un sinsabor molesto por verme inmerso en un bloqueo mental y militante que se me antoja insuperable, desde la necesidad y la urgencia de superar un entreguismo desengañado ante lo que se ha hecho y se está haciendo, desde la convicción de que muy pocas maricas, lesbianas y trans tienen claro lo que hay que hacer ahora, lo que queda por hacer, si es que queda algo por hacer, por dónde empezar, qué pedir ahora una vez que se ha conseguido todo, según nos dicen, desde la incertidumbre que me asalta sobre el futuro inmediato, a medio y largo plazo, del movimiento gay. No sé si soy un buen intérprete de la realidad, de las cosas que pasan, ni siquiera sé si me entiendo a mí mismo, ni si tengo la capacidad de encauzar todas las cosas que se me pasan por la cabeza, por el estómago, por el corazón en esta Hora Zulú de mierda en la que he decidido salir de la pereza, del hastio, del anquilosamiento, de la derrota, del silencio y me he prometido hacer cuanto esté en mi mano para poner sobre la mesa cosas que sirvan para romper una situación histórica, creo que lo es, de callejón sin salida, de depresión posparto, de abatimiento, desorientación, tristeza y alienación tras correrse en un polvo, del fracaso tras el triunfo, de no saber qué hacer cuando se te han cumplido todos tus sueños, de quedarse pasmado cuando acaba de suceder lo imposible.

Me llegó por correo electrónico hace unas semanas una mini-encuesta de la Revista Cultural de Berkana, firmada por Eva Orúe y Sara Gutiérrez que formulaba una sola pregunta: «En los últimos años el movimiento LGTB ha alcanzado muchas metas, cubierto muchos objetivos. La celebración en Madrid del EuroPride parece ser la guinda de un hermoso pastel... ¿Y ahora qué?», con el ánimo evidente de abrir nuevos horizontes de militancia y de pensamiento porque quienes la formulaban se habían dado cuenta también, como mucha más gente, de que algo había pasado, estaba pasando y de que se nos venían encima tiempos de ruina, vacío y desamparo ideológico por parte de nuestros colectivos. No pude responderla entonces, intenté hacerlo pero me enfrentaba al mismo abismo monumental al que me enfrento ahora, al que nos enfrentamos todos en esta Hora Zulú en la que nos encontramos todos los gays, lesbianas y transexuales. La salida inteligente que se ha encontrado yo no me la creo, porque me parece un mero encubrimiento, una maniobra de despiste que va a dar lugar a políticas continuistas sin nada que continuar, a mera gestión silente del día a día, a intervenciones puntuales en prensa y televisión cuando suceda alguna agresión homófoba o alguna violación de las leyes pensadas para protegernos o ampliar nuestros derechos.

Yo no veo mala voluntad en esta consigna. En absoluto. Me parece una consigna noble la de querer para Europa lo que se ha conseguido aquí. Hay países que están viviendo un infierno homofóbico religioso de ultraderecha que necesitan todo el apoyo y la ayuda que podamos ofrecerles. Y otros donde llueve menos fuerte, pero que también pueden avanzar en su legislación. Lo que no quiere decir que en la vida real de muchos países de Europa a los que queremos exportar nuestras dos leyes haya más homofobia que aquí. Tampoco se trata de que nos creamos que somos el país menos homofobo de Europa. La homofobia no se mide así. Se mide en las ciudades, en las calles, en los barrios, en los pueblos, en los bares, en las casas, en las iglesias, en los juzgados, en las comisarías, en los platos, en las playas, puerta por puerta. Que un par de leyes no vayan a servir de capa que todo lo tapa para la homofobia cotidiana, que no se cambia desde el Parlamento. Por otra parte, eso de cruzar los Pirineos los españolitos a enseñarles a ingleses, alemanes, holandeses, daneses, franceses, etc., cómo tratar a gays y lesbianas me da bastante reparo. Vamos a liberar a todas las maritrans de Europa y a enseñarles lo que es la libertad a todos nuestros vecinos europeos. Yo no digo que no, pero lo mismo nos encontramos con alguna cara rara cuando empeceamos esta evangelización homófila de la civilización occidental. Que no es malo esto de exportar a Europa nuestro júbilo, lo repito, no me parece fatal. Pero creo que hemos dejado a medio limpiar nuestro propio patio trasero, y el delantero, les hemos dao un lavado de cara y hemos apilado los trastos en un rincón, les hemos echado una manta por lo alto, y ya le estamos llamando guerra a la vecina por cómo tiene sus patios en vez de dejar el nuestro limpio como una patena y echarle más ganas, más paciencia y no hacer una limpieza chapucera de domingo.

Lo pretendan o no quienes se han inventado lo de desviar nuestras miradas hacia Europa, esta consigna puede tener efectos perversos. El peor es el de dejar de pensar. Dejar de mirar lo que sigue ocurriendo aquí. Bajar la guardia. Desmovilizarnos por completo y darlo ya todo por ganado. Ponernos una venda en los ojos y no ver ya que la homofobia no es que te llamen maricón y tengas que salir por patas o poner una denuncia, sino que la homofobia es que una marica no tenga piso, ni trabajo, ni pueda ocupar puestos de responsabilidad, que la adopción no le resulte tan fácil, que te sigan preguntando si «oyes voces» cuando acudes a hacerte una operación de cambio de sexo, que te sigan considerando una enferma de disforia y sea prescriptiva una vigilancia psiquiátrica porque tu salud mental sigue estando bajo sospecha por ley. A lo mejor es que desde los colectivos se había apuntado demasiado bajo y también se negoció a la baja y ahora estamos de bajón porque hemos conseguido lo que decíamos que queríamos, pero me temo que no es ni todo lo que queríamos, ni todo lo que hace falta y que en absoluto nos ha proporcionado la euforia y la satisfacción esperadas. Hasta parece estarse difundiendo un cierto descontento prematuro. Todavía nos quedaba un respiro en la celebración orgiástica del Europride de Madrid. Me sospecho que luego el bajón será todavía más acentuado y la resaca se dejará sentir durante mucho tiempo. ¡Yo ya estoy de bajón sin haber celebrado nada! Y además sé que tampoco tengo ningún proyecto específico ni concreto que ofrecer. Tan sólo ganas, un cambio de actitud, ideas generales para otro tipo de militancia, propuestas para subir el tono de las reivindicaciones y la convicción de que tenemos que transformarnos por completo, dejar de ser lo que somos, como somos, como se creen que somos y mostrarles otra cara. Tengo ganas y fe en una política LGTBQ a carapero. En contra de los tiempos. Absolutamente intempestiva.

Con esto que vivimos y hemos llegado a ser hay que acabar. Los heteros se están empezando a creer que somos así. Hasta nosotras nos estamos empezando a creer que somos así. ¡Yo ni muerta! Tal vez tengamos unas cuantas demasiada prisa por volver a salir a la calle y volver a reivindicar un montón de cosas a lo bestia. No hay que culpar a nadie por haberse consumido en el cumplimiento de una tarea que se antojaba imposible e impensable hace unos años. Enhorabuena y mis más sinceras felicitaciones. Tampoco hay que exigirles que nos digan ahora lo que tenemos que hacer. Ésta es una tarea que no se puede delegar en los colectivos. No pueden con tanto. Pero si desde abajo no les transmitimos lo que queremos, lo que nos hace falta, si no les hacemos ningún encargo se van a convertir en meros gestores, se van a quedar sin ideas, se volcarán en la labor asistencial de la que también son responsables y van a adquirir una dinámica de perfil bajo durante los próximos años. La responsabilidad no es sólo suya, sino nuestra. Yo me niego a que los colectivos sean quienes nos digan lo que tenemos que hacer y adonde ir. Lo de Europa lo han improvisado

sobre la marcha. Sea. Ahora hay que bombardearlos con reivindicaciones y nuevas peticiones, motivarlos y obligarlos a que no se apaguen y lleven una existencia mortecina. También me niego a compartir la idea, asquerosa pero que se va abriendo paso paulatinamente, de que tenemos que darles un respiro a los políticos, al Gobierno, a los heteros progres que están en el poder porque acaban de hacer un gran esfuerzo por nosotros y lo correcto, lo elegante, lo de bien nacidos agradecidos es callarse un poco y no dar más la lata durante un tiempo razonable. Pues va a ser que no.

MARICAS PERRAS: POLÍTICAS CÍNICAS

Yo no soy un bien nacido. Ninguna marica lo es. No conozco a ninguna lesbiana bien nacida. Somos todas unas perras malnacidas: nacidas varón o hembra, chico o chica, nacidas heterosexuales, obligadas al binarismo hetero, cuando lo que somos es una banda de bollos, maricas y trans que no se puede decir que hayamos nacido bien precisamente. Somos unas perras y mi propuesta política es llevar a cabo una política perra. Las más cultas preferirán llamarla una política cínica, recurriendo a la etimología griega de perro, que hace todo más elegante. Una política perra es una política de supervivencia. Lo que hemos hecho toda la vida. De niños y de mayores. Sacarnos las castañas del fuego y seguir palante sorteando todo tipo de situaciones. Como putos perros. Nuestra política de supervivencia nunca ha hecho iusnaturalismo, metafísica, moral ni teología. No teníamos tiempo para tanta fundamentación y tanta historia. La urgencia nos ha llevado siempre a lo concreto, al día a día, a enfrentarnos a la homofobia desde que abríamos un ojo legañoso hasta que lo cerrábamos por la noche: un día más que he salido indemne, que he vuelto a mi camita, con alguna cicatriz de guerra pero nada del otro jueves, el ánimo algo machacado, un chichoncillo de nada, unos decilitros de saliva que no debería haberme tragado pero no me apetecía montar otro pollo en el curro, un tacón roto por apretar el paso y mirar de frente en vez de volverme por la calle porque creí oír unas risas, una provocación en un corrillo de adolescentes. ¡Bah! Nada, que estoy contenta, soy una luchadora y voy a dormirme: «Cuatro angelitos tiene mi cama... ZZZ... ZZZ».

Política perra. Deambulando de acá para allá. Dando muchas vueltas antes de echarnos un ratito comprobando la seguridad del entorno. Siempre con las orejas levantadas por lo que pueda pasar de bueno o de malo. Política perra, nada de política cínica. La política cínica es la del poder. Cínicos son los poderosos, los homófobos que te apalean con una sonrisa, los que siempre tumban parlamentariamente todo aquello que pueda beneficiarnos. Cínico es el recelo, la reticencia, la desconfianza, la falsa igualdad, el asco disimulado, la repugnancia encubierta, el odio camuflado, la homofobia con piel de cordero. Nosotras no somos cínicas. Somos transparentes como perros. Vamos a lo que vamos. No tenemos nada que perder. Perros como Diógenes delante del emperador, más pobre que las ratas, en pelota picada, viviendo en un tonel: ¿por qué habría de darle un respiro a ese pedazo de cabrón imperial, por qué habría de sonreírle, por qué habría de estarle agradecido, por qué tendría que hablar con él, qué coño iban a negociar, por qué tendría que confiar en él, por qué iba a pensar en la buena voluntad imperial, por qué habría de bajar la guardia frente al talante dialogante del poder, por qué satisfacer la curiosidad real? No me quites el sol, hijolagranputa.

Política perra. Política para reducir el sufrimiento y el maltrato, la discriminación, los insultos que nunca van a juicio. Política para lograr un cierto bienestar de gays, lesbianas y trans sin tener que apelar a conceptos vacíos, a categorías científicas, médicas, biológicas, a derechos interesados, a la naturaleza humana, a la naturaleza de la democracia, a la igualdad, a la paridad, a esencialismos y constructos ideológicos, que todos vienen a encubrir un sentimentalismo ético escalofriante huero de la más mínima convicción ni determinación por solventar la homofobia más allá de la pulcritud de los escaños, donde también sigue presente, apoltronada.

Política perra descreída. No creemos en nada. Y menos en las proclamas esencialistas, iusnaturalistas. Todos los esencialismos se han acabado tornando en nuestra contra porque la marica, la bollo, la trans, es lo que queda siempre fuera de toda esencia, de todo derecho. Haz una ley. La que quieras. Construye un concepto. El que quieras. Hazlo lo más detallado, lo más amplio, lo más comprensivo que puedas. ¿Ya has terminado? Pues mira, otra vez se te han quedado fuera las maritrans. No es por voluntad de salimos del redil. Eso es el cinismo del poderoso: «No se quieren amoldar al estupendo marco legal que les hemos dispuesto». La verdadera voluntad es la de seguir excluyendo, la de perpetuar la homofobia con mejores maneras, más sutiles, más encubiertas. Homofobia travestida, cínica. El poder se traviste para ponernos buena cara. Se convierte en lo que más odia, pero ningún recurso le parece malo, todo vale para perpetuar la homofobia. Vienes con una sonrisa agachándote para acariciarme el lomo. Te olisqueo la pernera del pantalón. Doy cuatro pasos atrás. No me fio. Algo he olido que no me convence. No quiero que me acaricies. Me persigues para acariciarme. Perrito bonito. Perrito bonito: ¡Ven aquí perro! ¡Qué maleducado está este perro! Gritando. Señalándome con el dedo en actitud amenazante y autoritaria. Ya lo decía yo. Este tipo no es de fiar. Piensa que todos los perros somos iguales. El mejor amigo del hombre. Ni todos somos los mejores amigos. Ni de todos los hombres. Ni siquiera amigos. Ni siquiera entendemos lo mismo por «perro».

Política perra. Para que nos vengal con zarandajas de igualdad, de humanidad, de personas humanas, de ciudadanos idénticos en derechos, de un mismo derecho y un sistema legal para todos, de un DNI a la carta, psiquiatras gratis para todas siguiendo por una vía que ya sabemos que es una vía muerta y que por ese lado se han conseguido cosas pero ya no muchas más, preferimos un talante desontologizado, una justicia sentimental provisoria, una simpatía que durará lo que dure, pero que no nos haga comulgar con ruedas de molino. Los discursos fundamentadores, respaldados por cualquier tipo de saber científico, ético o político, nos hacen salir por patas. De entrada ya generan desconfianza. No te pronuncies sobre mi naturaleza. Ni siquiera te pronuncies sobre la tuya, sobre la naturaleza de los demócratas y de la sociedad democrática.

Todas esas afirmaciones se desmoronan al ser contrastadas mínimamente con la realidad y con la historia. No me convenzas de nada. No intentes convencerme de que eres buena gente. Obras son amores y no buenas razones. Prefiero arrancarte un consenso histórico concreto, contingente, coyuntural, en forma de ley y de compromiso de no agresión que nos beneficie hasta que decidáis romperlo, aplicarlo malamente, dejarlo en el olvido, derogarlo.

Política del perro: me siento en el suelo, al lado de la mesa, mientras comes. Me zampo todo lo que se te cae, las migas, las cosas que me tiras, los huesos, las pieles, cachos de pan a escondidas, si se te cae algo más grande de la cuenta e intentas recuperarlo del suelo llegarás tarde, ya me lo habré comido, es mi terreno. También muevo el rabo, gimo, pongo cara de gato de Shreck, te doy lástima, ladro flojito, pongo mi cabeza en tus piernas y te miro fijamente a los ojos: ¡Ya está!, ya le he dado pena al imbécil y me ha dado algo. Te encanta tirarme lo que te sobra mientras comes y que yo me lance como un rayo a por ello, que lama tu suelo, que lama tus platos, que esté siempre a tu lado, alerta a ver si cae algo, absolutamente pendiente de ti, de cada gesto, de cada palabra. Te gusta mi sometimiento, mi entrega, mi hacerte carantoñas, mis chantajes afectivos, mi desamparo hasta darte pena, mi dependencia omnimoda, verme babear, lo bueno que soy y lo bien que me porto. Y montas en cólera, gritas como un descosido, no comprendes por qué, cuando te descuidas un solo momento, salto sobre tu plato, meto la cabeza, te robo el chuletón de un mordisco y salgo por patas. Esto nunca te ha gustado. No entra en tu cabeza humana. No sabes ya cómo educarme. Sabes que sé que cada vez que te robo la comida del plato, en vez de suplicarla degradándome como a ti te gusta y te parece propio de un buen perro, me va a caer una somanta palos, gritos, encierros y castigos. Sabes que sé que lo seguiré haciendo siempre. Sabes que nunca vas a comprenderme y acabarás diciendo: por muy buenos que sean y por mucho que los quieras, en el fondo son animales.

Política perra. Gemir, dar lástima, pedir, ladrar, dar volteretas, agradar, gustar, hacer compañía, dejarse acariciar, soportar dolor, que te tiren del rabo y de las orejas, robar, estar al descuido, saquear, destrozar el sofá, arañar, volverte y soltar una dentellada, atacar a una visita, agredir a otros perros por el parque, comemos el brazo de su hijo, desfigurarles la cara. No lo comprendo. No sé qué ha podido pasar. Qué desgracia. Siempre fue un buen perro. Hemos tenido que sacrificarlo. Se había convertido en un asesino. Era un peligro público. Imprevisible en sus reacciones. Amo cínico frente a su perro.

Política perra. Todo lo que hacemos es para conseguir comida, para tener más espacio, más libertad, más derechos, mejor vida. Da igual la estrategia. Todo vale. La iniciativa es nuestra. Que nadie intente comprendernos ni domesticar nuestras tácticas más o menos acertadas. Que a nadie se le ocurra decir lo que es una marica buena y una marica mala, una lesbiana agradable y respetable o una bollera potencialmente peligrosa que necesita de una licencia especial, registrarse, ir atada y con bozal. Del chantaje al mordisco, del ladrido a la seducción, a la persuasión lastimera. Subyaciendo siempre

el parasitismo, el robo, el sacar lo más posible de nuestros amos en una dinámica de hurto, de pillar por sorpresa, de lucha entre especies, una lucha del mayor parásito de la sociedad heterosexista, un alien mariquita que pasa por ser el mejor amigo del hombre. Si ellos piensan que los queremos y si se enamoran de su perro: ¡De eso se trata!, de recibir el menor número de patadas y el máximo de recompensa. Puede que haya más estrategias de reivindicación y militancia. Pero ésta también es válida, lleva mucho tiempo sin ponerse en práctica y me parece una actitud irrenunciable que recoge las aspiraciones, el modo de ser, la desesperación, la desconfianza, y el espíritu batallador de una buena parte del movimiento gay, ésa que siempre se ha calificado de «alternativa»; pero tan alternativa es una política de negociación como una política perra. Pues que se vayan alternando.

Política perra. Parásitos como los perros. No les tenemos cariño. O sí. Según nos dé la gana. Política de niños chanta-jeadores, inasequibles para cualquier supermann que acabará fracasando, niños dados en custodia a las instituciones, niños raros, salvajemente indomables, no socializables. Con lo que los quieren su madre y su padre. Casos especiales. Cuando están mostrando lo que es la regla general, develando la verdadera naturaleza del asunto. Perros, bebés inteligentes, niños astutos: ojo avizor ante cualquier señal de debilidad en el adulto para lograr nuestros propósitos. Completamente fuera de una lógica de retribución, cariño, afecto, confianza, fidelidad. Conseguir lo máximo sea como sea. La revolución no es una cena entre amigos. Ni la negociación política tampoco. Sobre todo en una situación de subordinación, dominación, discriminación y opresión, históricas, seculares y perfectamente actuales, cotidianas. La homofobia política está muy bien retratada en *Mars attacks*. Y la estupidez de las maricas en la explanada soltando palomas que acaban fritas por los rayos marcianos. Me parto el pecho cada vez que veo a los embajadores marcianos de muy buenas maneras, hablando de paz y buen rollo para inmediatamente, acto seguido, sin que haya mediado nada, liarse a tiros con todo el mundo. Ésa es la política. No monsergas iusnaturalistas, ni reglas de juego, ni valores intocables ni hostias. Tal vez este panfleto tenga algo en común con la desesperada llamada del presidente de EE.UU. al presidente francés en esa misma película, para advertirle que saliera por patas de la habitación en la que acababa de firmar un tratado de amistad con los marcianos. Tarde, escucha por teléfono cómo se lo cargan y vuela por los aires el Elíseo. Las cosas no son así tampoco. A veces me pongo muy tremendista. La analogía es muy imperfecta. Ni los políticos homófobos son marcianos. Ni las maricas somos seres humanos. La comparación no es posible.

Política perra. Algunos intelectuales llaman a esto «pragmática sucia». Esto es, agarrarse a lo que sea. No respetar ninguna regla. Pero yo no estoy abogando por ninguna pragmática sucia. Sucio es el poder. Sucia es su pragmática. Sucia es su negociación. Sucia es su concesión de derechos inalienables (entonces, ¿por qué no los tenemos?) con cuentagotas. Sucia es su esperanza de que nosotros nos comportemos como señoritas y caballeros en el juego de la política. La política perra no es sucia. Es perra. La política perra no es cínica. Sucios y cínicos ellos, que tienen el poder, que se han inventado el juego de la negociación política. ¿A alguien se le ha ocurrido pensar por qué lesbianas y gays nos pasamos el día negociando, reivindicando? ¿Acaso es que nos encanta jugar a reunirnos con los políticos? Jugamos a un juego que ellos se han inventado y que nos han obligado a jugar. La negociación no forma parte de ninguna esencia transléscica. Las maricas y bollos negociadores son un producto de la homofobia institucional que determina, arbitraria y unilateralmente, que todos los derechos y favores que se nos concedan estén precedidos de movilizaciones, negociaciones, y sean culminados con fotos, agradecimientos y el cese de cualquier reivindicación hasta que el poder vuelva a declarar abierta otra negociación para otorgarnos graciosamente lo que sea. Yo me niego a bailarles el agua. No, rotundamente. Se le acarician los oídos un poquito, se mueve el rabo un minutillo. Y luego, a intentar robarles el chuletón del plato. A dentelladas con su hijito que nos tira de las orejas y se nos monta encima. No pasa nada por segregrar algún jugo dulce de vez en cuando para tenerlos contentos y que no acaben con nosotros, como los pulgones que cultivan las hormigas, limpian, protegen, defienden y dejan proliferar sólo por las azucaradas gotitas que sueltan para evitar que se desencadene el desastre. Yo soy poco dado a segregrar estos néctares apaciguadores de bestias prestas a devorarme. Pero lo que sí me ocurre es que se me ponen todos los pelos de punta cuando pienso que entre la homofobia institucional negociadora y nuestra supervivencia sólo media un terrón de azúcar.

Política perra. Entre el puro parasitismo y la simbiosis. Que cada cual elija. O las podemos ir alternando. Ahora toca simbiosis, ahora puro parasitismo. Sabrán los perros lo que toca cada vez, los bebés cuándo tienen que llorar, los niños cuándo coger una rabieta interminable y dejar de llorar nada más conseguir lo que pretendían. Es fácil. Y nosotros estamos ahí, en idéntica actitud de parasitaje sistémico del heterosexismo o en simbiosis, según corra el aire, soltando gotitas de néctar azucarado o no dando nada a cambio. ¿A cambio de qué? Cuando el poder nos pide o espera de nuestra parte un silencio reivindicativo, una lluvia de votos, un apoyo electoral, una simpatía ideológica... ¿o qué?, ¿qué nos van a hacer?, ¿cerrarán el grifo para siempre?, ¿cuál es la segunda parte de este contrato-amenaza encubierto? Me da en la nariz que lo que esperan ahora de nosotras es que permanezcamos fieles a su lado, les levantemos las presas, les rastreemos caza, unidos frente a otros enemigos levantiscos. Me sospecho que confían en que, cuando mueran, vayamos en el cortejo fúnebre y nos acostemos sobre sus tumbas dejándonos morir de inanición del cariño, el agradecimiento y el sinvivir que supone vivir sin ellos, esperando que resuciten, ¿adonde se ha ido mi amo? Alguna marica perra se tumbará en silencio sobre su amo muerto hasta perecer hecha un saco de pellejo y huesos: nefasto porvenir del movimiento gay y de los colectivos. Insolidaridad canina. Soy un perro, pero parece que voy a hablar de un momento a otro. Soy más humano que perro. Estoy más del lado de mi dueño que de los otros perros. Alienación marxista. Opio del perro.

Nos han tirado dos leyes al suelo desde el banquete del poder político y ahora andamos todavía relamiéndonos, mordisqueando sus leguleyos huesos, nos las estamos terminando y ya tenemos los ojos puestos en qué mas habrá encima de la mesa porque ellos no paran de comer, a ver qué más cae. Estábamos formando demasiado escándalo y no los dejábamos comer a gusto. Ahora estamos callados porque tenemos algo que entretiene nuestras mandíbulas. Pero ya se está acabando y a mí me están entrando unas ganas enormes de ponerme a ladrar de nuevo. Esta vez mucho más fuerte. Si moviendo el rabo, sacando la lengua, girando la cabeza a un lado, dando la patita nos han dado dos leyes..., lo mismo estallándoles los tímpanos, enseñando los dientes, portándonos como perros, haciendo lo que también hacen los perros, sin renunciar a lo que somos, logramos conseguir algo más de ellos: ¿el qué? Misterio. Hay que ponerlo en práctica. Lo mismo conseguimos resucitar su homofobia. Borrar de su cara su estúpida y fingida sonrisa condescendiente. Conseguimos que se vayan de nuestras manifestaciones. Nos echan de sus partidos porque les resultamos incómodos. Nos dan la bolilla. Nos abandonan en una gasolinera camino de Europa.

CAPÍTULO V. Actuar sin pensar

La privatización del ano, se diría siguiendo al Antie-dípo, es un paso esencial para instaurar el poder de la cabeza (logo-ego-céntrico) sobre el cuerpo: «sólo el espíritu es capaz de cagar».

Néstor Perlongher

LA ESTRATEGIA DEL AGUJERO NEGRO

Mi amigo José María Ripalda, mientras yo le comentaba mi ocurrencia de una política marica a caraperro, me dijo que él tenía otra desde hacía mucho tiempo pa gestionar sus cosas: comportarse como un agujero negro, absorberlo todo y no dejar salir nada al exterior. Me pareció un hallazgo genial para lo que debe ser una política marica alternativa. Es igual que la del perro, pero más radical, sin que quepa siquiera la eventualidad de una retribución, de un intercambio de afectos, de dar nada nosotros en compensación, que no se pueda esperar nada de nuestra parte. Y tiene la ventaja de ser una política absolutamente fría —aunque no sé si hace mucho frío en un agujero negro—, se libera de las analogías caninas, humanas y biologicistas. Así no quedamos de parásitas ni de simbioses ni de perras, con toda la carga moral que llevan asociadas estas palabras cuando se transportan al plano de las relaciones sociales.

Mientras escribo estas cosas no dejo de pensar en el asco que le darán a más de uno, en lo despreciable que considerarán esta actitud, en cómo puede alguien, una marica, haber llegado a estos extremos de deshumanización, en la incompreensión que pueden suscitar estas propuestas, en la condena que van a recibir por parte de los de siempre: es un exaltao, un criminal, un antisistema, un terrorista, un provocador, un acabao. Todo eso es cierto. Tú vete a lamerle el culo a tu puto amo. Eso también es cierto. Me fascina pensar en un movimiento LGTBQ que pusiera en práctica una política de agujero negro: absorber todo, apoderarse de todo, chuparlo todo sin dar nada a cambio. Sobre todo, no dar nada de nosotras mismas, no dejar que se escape hacia afuera ni siquiera una parte mínima de nuestros efluvios esenciales. No darle nada al sistema y robarle todo lo que caiga en las proximidades de nuestro negro ojete. No engordar a la bestia jamás, me decía Ripi. Menudo zumbao. Hay heteros que están pa encerrarlos, con los que da gusto hablar, la de cosas que se comparten y la circulación de ideas, estrategias, tácticas y políticas que se produce espontáneamente.

Luego, dándole vueltas al agujero negro, me vino a la mente la necesidad de personalizar esta política, hacerla nuestra, darle unas señas indiscutibles de identidad. Y del agujero negro pasé al ojo del culo. De nuevo el culo se me ofrecía a la reflexión como portador de valores insondables, inexplorados, la mayoría aún por descubrir, estando como están ahí delante, o detrás, absolutamente expuestos y accesibles. El sempiterno error de pensar con el cerebro y no pensar con el culo. De hacer políticas cerebrales y no políticas anales. Otra vez la Analética se cruzaba en mi camino. Hacer del culo nuestro instrumento político, la consigna fundamental de otra militancia LGTBQ, diseñar una política anal muy básica: todo para dentro, recibir todo, dejar que todo penetre y hacia afuera sólo soltar mierda y pedos, ésta es nuestra contribución escatológica al sistema. Habrá quien vea en esto la típica política de una pasiva fun-damentalista. No me parece mal. Pero oponer esta política anal a la política falócrata de toda la vida no creo que sea mala cosa. El esfínter es perfectamente capaz de convertirse en sujeto político, cerrarse y abrirse, dilatarse o contraerse, como dicen los heteros inconscientemente necesitados de una penetración, que no quepa ni el bigote de una gamba. El culo siempre ha sido objeto de violación, de vejación, de estigmatización. De deseo. Una pasividad más pasiva que toda pasividad. Mero receptor. Órgano penetrable, trasero, vulnerable, poco vigilado, cuya única actividad política, su única iniciativa propia reconocible era el arrimarse a la pared como estrategia defensiva. Siempre ha habido una política anal. No me la estoy inventando yo ahora. Yo lo que me estoy inventando es otra política anal diferente. Que no vaya a la defensiva, que no sea meramente receptiva, que no sea vergonzante: méteme todo lo que yo quiero que entre por mi culo y luego recoge mis cagadas y huele mis pedos. Sinceramente, yo no veo otra manera de relacionarme con el sistema. Y me he dado cuenta de que llevo mucho tiempo haciéndolo sin ser consciente de ello. Y de que hay mucha gente que anda en las cercanías.

¡Qué poca altura tiene todo esto! ¡Qué cosa más impresentable! ¡Qué coraje da leer este libro! ¡Qué impublicable, qué impúdico, qué poco nivelito! ¡Qué forma de tirarse piedras a su propio tejado, de enterrarse para siempre, de perder cualquier credibilidad que pudiera haber tenido! ¡Parece mentira! Pues mi proyecto inicial era escribir una Etica Marica para que sirviera de manual en las aulas de la ESO. Pero me ha ido saliendo esto. Me temo que la he cagado pero bien.

No obstante, ¡la de propuestas que he hecho ya para construir un futuro militante! Una política a caraperro, una política de agujeros negros, una política anal... No me estoy riendo de nadie. Bueno, sí, me estoy carcajeando en la cara de muchos gilipollas y cagándome en ellos. Bien merecido se lo tienen. Pero no me estoy riendo de nadie. Ni me estoy riendo de mí mismo. Esto no es un golpe de teatro. Todo lo que escribo aquí me lo creo y mola publicarlo porque me parece necesario hacerlo circular. Y mejor que lo haga yo a que lo haga otro o que no lo haga nadie, porque no se le puede exigir a la gente que ponga el culo como yo lo estoy poniendo, que se esponga de este modo y no le importe ser puesto en la picota. Más allá de cualquier instinto sacrificial, fuera de todo victimismo. Pensar es divertido. Escribir es divertido. Ser marica es divertido. Militar es divertido. Todo esto o se hace por placer, porque gusta, o no se hace.

Lo que no me gusta es el siguiente pequeño catálogo hecho a vuelapluma, robado de una despreocupada conversación de bar entre Manuel Andreu y Sergio Pérez. Un catálogo de cosas que me dan por culo, a mí y a muchos más. No exhaustivo, es el resumen inventado de una conversación improvisada que yo estaba espiando. Me da por culo que no haya una carroza de El Corte Inglés en el Orgullo. Me da por culo que el Orgullo no pueda hacer gala de la garantía de El Corte Inglés. ¿Dónde compran las maricas de Chueca? En su supermercado. Porque casi no hay otro. Tanto es así que están a punto de inaugurar otro supermercado de esta estupenda cadena en pleno corazón de Chueca, que el próximo año va a estar abastecida casi en exclusividad por El Corte Inglés. Si quieren envenenarnos a todas, pueden hacerlo. Dependemos de un monopolio para abastecernos. Un monopolio un tanto homófobo pero que da gusto ir, lo bien que lo ponen todo, muy caro, pero nos lo podemos permitir. Por eso necesito ya la carroza de El Corte Inglés en la manifestación del Orgullo. Y quiero que esta empresa entre urgentemente a formar parte de la Asociación de Empresarios de Chueca. No quiero más máscaras. Que se quiten la máscara. Yo quiero ir detrás de la carroza de El Corte Inglés y que la monten igualito que Cortylandia en Navidad, con muñequitos y canciones que yo cantaría más a gusto que consignas políticas de mierda sin rima ni nada. ¿Acaso no nos lo merecemos, no les compramos lo bastante? Yo creo que tienen derecho, tendrán una buena acogida en el Orgullo y no deben tener miedo, yo no me voy a sentir ofendido porque un empresario de Chueca colabore con su dinero y vistosidad, con toda su lujuria, en la manifestación. ¿Per qué no? Como diría la Trasobares. Súper a favor ya de la carroza de El Corte Inglés abriendo la mani del Orgullo. ¡Que Dios nos cogam confesaos!

Me da por culo ver salir en revistas supuestamente gays a políticos que sólo buscan votos, aceptación pública, mostrar su rostro amable a cambio de otorgar con su mera presencia beneficios empresariales y buenas relaciones institucionales del Gobierno de turno con la gente de dinero. Totalmente legítimo. Tienen derecho. Y yo a irme. No es ilegal. Faltaría más. A estas alturas no me voy a meter con la peseta rosa. Me da por culo porque la homofobia no está en los gruñidos, en las malas caras, en esperar a que se pronuncie el Constitucional para ver si nos odian o no, si nuestros derechos son legítimos o no. La homofobia está en no cerrar desde el ayuntamiento todos los locales con cuarto oscuro porque no cumplen las condiciones mínimas de salubridad exigibles. Follamos entre cucarachas, ladillas, meaos, ácaros, bichos, mierda. Tiramos los condones al suelo, ni siquiera las cabinas tienen dispensadores de clines, ni papeleras. Nuestros pulmones están hartos de respirar ambientadores con olores indescriptibles, olor a zotal, a lejía. Homofobia municipal es no cerrar estos cuartos oscuros hasta que los empresarios los adecten y mandarles inspecciones a cada poco. Ojalá esto pase. Y me reiré de los empresarios intentando movilizarnos contra la homofobia y el acoso de las autoridades. Homofobia la de los empresarios, que ni se preocupan por que sus locales no sean escombreras ni criaderos de infecciones.

Me da por culo la homofobia de los empresarios por llevar una política laboral de explotación. Empresarios gays o empresarios heteros que regentan locales que no firman contratos a sus empleados, que les pagan sueldos ridículos, que les dan el resto en dinero negro, que les dan vacaciones cuando les parece, que hacen trabajar horas extraordinarias impagadas, que echan a los empleados sin motivo, que los acusan de robar y así se ahorran el finiquito, que ponen a los empleados unos contra otros y los utilizan de testigos comprados en las denuncias que pueda haber contra la empresa. La homofobia no se arregla sacando una carroza ni dando dinero al comité organizador de la manifestación, la homofobia se arregla poniendo en práctica una política laboral digna que no explote a los empleados ni se aproveche de las maricas muertas de hambre.

Homofobia es el puto derecho de admisión y el *dress code*. Homofobia es que las tías no puedan entrar en los bares gays. Homofobia es que los emigrantes entren a veces sí, a veces no. Homofobia es que echen a los vendedores ambulantes de los locales. Que se establezcan mafias empresariales en el Orgullo, Eurullo o Europride, contratando seguridad privada para impedir que haya venta de bebidas no autorizada que les suponga un perjuicio para sus bolsillos. Homofobia, misoginia y racismo. De los empresarios y de la comunidad gay que prefiere divertirse y seguir haciendo la vista gorda.

Homofobia es haber convertido el gueto de Chueca como espacio liberado en un gueto empresarial que ya les pertenece y está en sus manos. No todos los empresarios ni empresarias son iguales, no todos llevan a cabo estas políticas. Que se me entienda. Chueca es un gueto empresarial e interesa que lo siga siendo porque concentra el consumo en un espacio reducido, es el paraíso para cualquier experto en mercado. El problema es que hace ya mucho tiempo que se rige por las puras leyes del mercado, de la hostelería, de la especulación inmobiliaria, de la seguridad privada. Falta poco para que cobren entrada por acceder al barrio. A alguien se le habrá ocurrido ya, seguro. Todo esto me da por culo y lo fui apuntando en un flyer mientras se desarrollaba aquella conversación, que también ponía por las nubes a la Comisión de Educación de COGAM, la labor que hacía en colegios e institutos, etc. A cada uno lo suyo.

Yo creo que esto no son minucias, sino que empiezan a ser males estructurales que afectan al colectivo gay. Y que si queremos acabar con este tipo de homofobia, llamémosla «interna», lo mismo nos llevamos la sorpresa de que nos gruñan nuestros amigos de toda la vida, de que nos gruñan desde los bares, las empresas, los colectivos incluso. ¿Con quién hemos pactado, a quiénes les hemos hecho un sitio en el movimiento? ¿Se puede desandar lo andado para ver las patadas que les hemos ido dando a nuestros propios principios? Yo creo que sí. Y que será bueno hacerlo. Y aplicar un inflexible código de Ética Marica a este tipo de políticas. Me han soplado que el Bloque Alternativo ya ha propuesto en las altas instancias mari-bollos un código ético para los empresarios de Chueca. Y que lo mismo cuele. Previo pago de robarles la idea y colgarse las medallas en pecho ajeno. No importa. Algunos no estamos en esto buscando medallitas sino que las cosas mejoren y cambien. Hasta que este grupo se consolide y tenga un poco de fuerza, la suficiente para no ser pisoteado y saqueado, lo más probable es que vean cómo todas sus iniciativas acaban siendo adoptadas, cómo todas sus propuestas van siendo admitidas, más o menos descafeinadas, sin decir de dónde proceden, cómo sus protestas encuentran eco y se intenta a cada paso integrarlas en el movimiento gay oficial que procurará por todos los medios hacerles sitio para que no haya una ruptura y se las tengan que ver con una oposición dura nacida, una vez más, desde su propio seno. El movimiento gay oficial está despolitizado, desideologizado y falto de ideas: hará suyo todo lo que se nos ocurra a la gente de fuera. Están en plan agujero negro. La coyuntura es buena. La gestión del asunto, los celos, rencillas intentos de secuestro y demás ya es cosa de los colectivos alternativos.

DARWIN, DE NUESTRO LADO

Hay algo que detesto profundamente no sólo en la política, sino casi en cualquier faceta de la vida: el puto posibilismo, hacer sólo lo que sea posible, lo que sea pensable, lo que sea racional, lo que sea previsible. Esta funesta inercia de limitarse a lo posible a las maricas nos viene de pedrada ya que, de entrada, una marica es lo imposible mismo, las maricas somos imposibles, lo imposible para mucha gente, lo que no debe existir, aquello cuya existencia no se comprende, cuya emergencia en la naturaleza es aberrante, una desviación, un absurdo, un extravío de la evolución. Aunque quienes piensan así no crean en la evolución, sino en un fijismo de las especies salidas ya en estado de perfección de las manos del creador, o como mucho, intenten digerir el evolucionismo ateleológico darwinista mediante desfiguraciones ilícitas de la anarquía evolucionista con finales premeditados de la historia donde todo comienza y acaba en el Padre. Lo dado, lo ya existente, lo que hay, para cualquier criatura aberrante, diferente, distinta, supone una amenaza de normalización, de ser reconducida al redil de lo posible, de lo que no tiene más que remedio que ser, y ser como es, y no ser de otro modo. La presión natural e ideológica por reconducir lo que se sale de la norma a lo que la sigue fielmente y de modo mayoritario no necesita de mayor explicación: llevamos su recuerdo impreso en nuestras carnes y en nuestras psiques.

Sin embargo, somos una puta mutación dentro de la pauta heterosexual. La marica es algo nuevo que no había y se tiene que partir la cara por acaba demostrando que los dinosaurios serán muy impresionantes, serán muchos y que eso de tener la piel recubierta de escamas es la bomba, es lo último en el Jurásico pero que andar por ahí forraditas de vistosas plumas de colores está fatalmente visto por la mayoría spielbergiana. No obstante, vaya si las plumitas acabaron triunfando y demostraron tener todo el futuro del mundo. Serían absurdas, incomprensibles, irreales, escamas imperfectas, ridículas, risibles, perfectamente inútiles y superfluas cuando aparecieron en un mundo escamado al verlas aparecer y proliferar. Pero salieron volando, igual que volaban las escamas, empezaron a dar calorcito, cosa que las escamas nunca dieron, eran suavitas, ligeras, ideales para conquistar los cielos. Toda esta fantasía darwiniana, sin el menor parecido con la realidad, a las maricas debe enseñarnos en plan Esope estas sabrosas moralejas: «Las plumas no sirven para hacer el dinosaurio», «Que no te den escama por pluma», «Aprovecha lo que tienes y no seas lagarto» y muchas más que se me ocurren, pero la enseñanza básica del maravilloso patrón de las maricas, de las trans, de las lesbianas y de todos los seres mutantes y desviados de la Tierra es y sigue siendo: «El órgano crea la función». Esto es, tenemos pluma, plumas, plumerío en tiempos escamosos. Hasta la fecha lo único que viene con manual de instrucciones son las escamas, vivir escamados en tierra, mar y aire, las escamas sirven para todo. Pero, mira tú por dónde que empieza a haber peña con plumas, gran novedad, órganos nuevos que han salido de no se sabe dónde y que tampoco la tradición reptil conoce su uso ni se encuentra en sus anales coriáceos.

Pues bien, ¿y qué, si los lagartos no saben qué hacer con las plumas?, ¿y qué, si los lagartos no me reconocen como puto lagarto porque soy suave, vistosillo, y tengo mi cuerpo calentito? Será porque no soy una arrastrada, sino un pollo asado de calor en el Jurásico porque mis padres me enseñaron que al mediodía la gente normal se subía encima de un peñasco recalentado y se quedaba allí inmóvil hasta la caída de la tarde para calentarse su sangre de horchata. Y yo estoy harto de dos cosas: de pasarme el día como un gilipollas encaramado a una aburrida piedra pelada dando saltitos para no quemarme mis patas de pollo, y de acabar con las plumas chorreando, todas sudadas, con un sofocón de narices, con la sangre a más de sesenta grados abrasándome las venas, con el pico abierto al máximo, asfixiada perdía, la vida perdía, la identidad perdía, la dignidad perdía, los huevos fritos sobre la roca. Muchos pollos perecieron mientras querían ser lagartos, como les decían algunas sibilantes serpientes emplumadas, pero otros muchos se cagaron en los lagartos levantando el vuelo sobre los odiosos peñascales donde nunca pasaba nada y acabaron siendo buenos pollos, pollos de cuidado, pimpollos, pinkpollos, repollos.

Éstos son los cuentos que me molaría haber escuchado a mí de pequeñito, cuentos antinormalización, antiintegración: haz lo que sepas, utiliza tus armas, lo que tienes, sácale el mayor provecho y rendimiento, no escondas tus plumas, inventa cosas que hacer con ellas que no sea arrastrarlas por el

largo y chamusclarla a la piedra. Si te vendan la moto de tener que ser como las que son, con un esfuerzo, voluntad y resignación, serás como la mayoría, como todo el mundo: eres un puto pollo tomatero, una puta gallina y nunca podrás ser una lagartija, ni un tricerátopo. Tampoco te dejes encerrar en una granja y quedarte enjaulada, quietecita, picoteando el pienso que te dan y disparando huevos a saco pa que se los coman los lagartos. Ni dejes que te suelten en un corral pa sentirte más libre, porque al final te acaban robando tus huevos igual cuando vuelves del paseo. ¡Que no te toquen los huevos, tía, que eres una gallina! Que ningún hetero te toque los huevos. Que ningún hetero gestione tus plumas porque lo hará en su propio beneficio. Abajo las maricas que comercializan sus huevos y los de todas nosotras, que se avergüenzan de su pelo culo de pollo. El heterosexismo regulador, normalizador y legislador es a una marica lo que Huevos Coren a una gallina. Cacerolas llenas de huevos robados. Cacerolas llenas de huevos cascados. Políticacerola. ¿Quién se queda con toda la plusvalía (moral, económica, ideológica, política, identitaria) enajenada en los pactos con el heterosexismo? ¿Quién se queda con la plusvalía de los pollos?

Nuestras necesidades, derechos, la gestión y uso de nuestras plumas sólo puede nacer de nosotras, emanar de nosotras, y no cabe enajenación alguna. Ni siquiera cabe la mediación representativa porque no hay un tercero digno, apto, responsable, petarda como para hacerse representante nuestro, nuestro portavoz, porque las maricas somos todas diferentes, ninguna igual, no existe la igualdad entre nosotras, las bolleras son desiguales todas distintas, cada coño, cada culo es un mundo. A mí que no me represente nadie: ya me hundo yo sola sin tener que echarle la culpa a nadie de haberme dejado desplumar en mi nombre con agua escaldada y haberme puesto al fuego en una cacerola. Este pollo denuncia la triple negación de este Pedro que quiere fundar una Iglesia. Este pollo se caga en el campanario de su iglesia. Este pollo no se va a dejar convertir en veleta. Ése es el funesto destino de la ley de pollos y mariconas, convertirnos en veletas, dejarnos tiesas y sin vida, meternos un palo por el culo y a dar vueltas encima de sus iglesias. No, Pedro, ni tú fundarás iglesias ni yo haré de veleta. Tú dedícate a lo tuyo, negar tres veces, traicionar tres veces. Y yo a lo mío, cantar y contar: contar hasta tres y cantar. Si no me oyes tú y caes en la cuenta, alguien me oirá desgañarme. Y si nadie me oye, ¿qué más da? Yo no canto por deporte, ni saco nada con ello: simplemente es mi naturaleza. Dios habla a través de los pollos. Pero yo no voy de paloma de la paz, ni en plan espíritu santo, jodiendo a escondidas. Sencillamente, si te llamas Pedro y haces lo que no debes, una, dos, tres veces...

JIRAFAS, COLIBRÍES Y OTRAS ABERRACIONES

Colega, ¿qué haces agachao pastando con las vacas con ese pedazo de cuello? Tronco, ¿qué haces comiendo alpiste con ese pico de medio metro? Hermana, ¿estás pallá corriendo detrás de los bichos sin usar esa lengua de regaliz enrollao? Evidentemente ni las jirafas, ni los colibríes ni las camaleonas hacen el imbécil en grado tan extremo. Usan lo que tienen para competir en otros ámbitos, justo en aquellos para los que están más adaptados, mejor preparados, donde se llevan de calle a las vacas, a los canarios, y a las salamanquesas. Sólo la marica hispánica intenta competir con los heteros en su terreno, no usar su cuello, ni la longitud de su pico, ni de su lengua, ni de sus plumas, ni de su nada. Y claro, sale perdiendo. Es una inadaptada, termina cansada, le cunde poco, come menos y pone en riesgo su vida por seguir pastando toa abierta de patas entre vacas con su cuello de jirafa mientras se le baja toa la sangre a la cabeza. Así veo yo a las maricas que pierden el culo, el culo, siempre el culo, toda la política se hace con el puto culo, para bien y para mal, por ser como los heteros, por vivir como ellos, por copiarles sus instituciones, sus leyes, sus costumbres, sus valores, por abrirse de patas de jirafa. Si eres una marica horrorosa, una butch tremenda, una trans descomunal, apréndete esto: no estás adaptada para vivir como los heteros ni para intentar ser, convertirte, hacerte pasar por uno de ellos. Tu futuro está en adaptarte al medio heterosexista con los órganos que Darwin te ha dado y si eres el primer bicho de la Tierra con unos apéndices planos y anchos y no sabes qué hacer con ellos porque avanzas fatal por el campo y te caes de las ramas de los árboles, tírate al agua a ver qué pasa tía... ¿Ves, cretina de mierda?, ¿a que ahora sí mola y vas follada cuando agitas en el agua los órganos esos que te traían a mal traer? Pos se llaman aletas, cacho taruga, y lo que estás haciendo por primera vez en la historia, que te lo has inventao tú solita sin que te lo haya dicho nadie, se llama nadar, que eres una merluza del coño. O del pincho.

Basta de fábulas, cuentos, moralejas, pollos, peces y movidas. Lo que le hace falta a una ética LGTBQ, a una militancia darwinista es la urgencia de la invención y de la creación, la irrupción de lo nuevo, de lo radicalmente otro en política, en modos de vida, en el uso de nuestros cuerpos, en la forma de habitar, de ocupar las instituciones, de montarnos relaciones, de reclamar derechos, escupir sobre otros, hacer dejación de algunos que tengamos, cambiarlos por otros que no existan todavía pero que nos saquemos de la manga porque no somos como el resto del mundo. Por ejemplo, el derecho a cambiar de sexo es algo que sólo se le puede ocurrir a una peña que no se parece en nada a la gente de derechas. El derecho a que cuando te apetezca te la metan por el culo a saco sin ser encarcelado, discriminado, perseguido o condenado a muerte sólo se le puede haber ocurrido a alguien que hace un uso de su cuerpo un poquito innovador respecto de la mayoría, aunque tampoco es que se haya partido la cabeza innovando. El derecho a ser ministra, rubia, teta y comerte los coños que quieras sin que ello sea siquiera noticia ni comidilla de pasillos ministeriales tuvo que ocurrírsele a alguien que usara su cuerpo para otra cosa que follarse a palomas por el coño. Las pibas que se meten palomas por el coño consiguieron hacer mazo tiempo derechos especiales acerca de la concepción y ciertas prerrogativas sobre el espacio aéreo terrestre. Lo que es crucial en todo esto es darse cuenta de que gente distinta crea derechos distintos, exigencias distintas. Y hasta ahora, el movimiento gay no ha creado nada distinto de lo que ya hay, de lo que se han inventado los heteros pa sí mismos. Nuestros colectivos se han limitado a la triste política, política hecha con el culo, qué raro, del culo veo culo quiero. Quiero matrimonio, quiero hijos, quiero adoptar, quiero ser hetera, tía. Somos maricas no heteros. Una marica que quiera ser hetero siempre estará en desventaja: carece de las aptitudes y de la capacidad necesaria para ganarle a un hetero a ver quién lo es más. Tonta perdida.

La adaptación siempre ha sido innovadora, nunca ha repetido o asumido lo que ya existía previamente y ya hacían otros. Adaptarse es inventar. Evolucionar es cambiar, mutar, crear, desviarse, torcerse, apartarse de la senda de lo ya dado, de lo posible. Cuando alguien con poder me habla de lo que es posible para mí, yo enseguida me pongo en guardia. Los políticos sólo nos hablan de lo posible para las maricas, de lo que es posible para nosotras, de cuándo es posible, de para cuántas es posible, de si nos interesa que sea posible, de que es posible pero nos resultaría perjudicial: éste es el discurso heterosexista opresor. A este discurso no se le puede oponer una estrategia que lo continúe, prolongue y le baile el agua como han hecho los colectivos: dime qué es posible y te lo pediré. Dime qué es posible, o sea, qué te conviene, y te lo pediré. Dime qué es posible, o sea, cómo mantener una estructura de control social y lo convertiré en una reivindicación del movimiento gay. La única política de confrontación real y verdaderamente destructiva a nivel sistémico, puesto que los colectivos forman ya parte del sistema, los representantes de las maricas pertenecen a partidos políticos y su acción sólo puede ir estructuralmente encaminada a reproducir las estructuras de poder heterosexistas a las que pertenecen, es una política no posibilista del esto es posible, ahora es posible, mañana será posible, nunca será posible (lo posible necesita ser enunciado, decretado por una instancia que es la que crea, determina, juzga, instituye el orden de lo posible, que nunca es fáctico, natural, ontológico, de cajón, sino que lo posible es una categoría política de opresión, al ser el poder siempre el que determina el ámbito de lo posible: entrar en el juego político de la negociación de lo posible es un suicidio del movimiento LGTBQ si lo plantea como su única estrategia de lucha).

Lo absurdo es quererse comer las hojas que crecen a cinco metros del suelo y no las de la pradera o los árboles más bajitos. ¡Pues se puede, tron! Nunca se había podido, era imposible, a nadie se le había ocurrido, pero hay una pava que nació con el cuello deforme y se pone púa zampándose to lo que crece por encima de nuestras cabezas de vacas heteras. Una tribu de ruminantes pigmeos no se pone a discutir sobre quién tiene derecho a alimentarse de las copas de los árboles. No llegan. No es ni siquiera cuestión de debate político ni ético. Lo mismo que una reunión parlamentaria acerca de qué debemos hacer con las alas blancas que tenemos a la espalda: no tiene sentido porque no somos ángeles ni tenemos alas. Pero sí hay algunas que hacemos con nuestros cuerpos y mentes movidas que no hace el resto, que a lo mejor no hace ningún parlamentario, o no lo dice: y es ahí donde hay que ser darwinista, inventar, crear, mutar. Otra estrategia política al lado de la del perro, de la del culo: rompe con lo establecido. Otra política es posible. Otros colectivos. Otros dirigentes. Otra manifestación. Otro Orgullo. Aunque ahora parezcan impensables. Nada es para siempre. Yo creo como marica en la irrupción de lo nuevo e inesperado, en que pase algo que nadie se había pensado antes, en que nazcan nuevas propuestas éticas, políticas, teóricas, filosóficas, militantes, lo que sea con tal de que rompan con el paradigma monolítico de la negociación y el posibilismo como única forma de relacionarse con el poder entregándose a él, ya que es él quien dicta lo que para la comunidad LGTBQ es posible y cuándo, hablando en

plata, cómo le puede resultar al poder inoocuo, útil, oportuno y rentable la gestión del horizonte de posibilidades, cerrado, limitado y regulado por ley, de la comunidad gay. Yo confío en Darwin, en Feyerabend, en cualquiera que piense que a fuerza de repetir y repetir acaban pasando cosas nuevas, surgiendo lo imposible. Yo creo en esta consigna: ¡Crea, crea, crea! ¡Muta, muta, muta maricón!

La mutación en política, el cambio de terreno brusco, la imprevisibilidad absoluta, las iniciativas creadoras e innovadoras, las vías alternativas: ¿Tú nadas? Pues yo vuelo. ¿Tú corres? Pues yo hiberno. ¿Tú pones huevos? Pos yo me hago pajas. ¿Que te van las esporas? A mí la lefa. Nadie nos ha mandado, ni nos ha dicho, ni nos ha convencido, porque no tienen cerebro, de que la estrategia política que se ha seguido hasta ahora haya que llevarla hasta el final de los tiempos. ¡Y una mierda! Lo que quieren llevar hasta el final de los tiempos son sus cargos y su medra personal. Poco podemos esperar de quienes ya se han instalado en la política a nuestra costa y han hecho carrera en nuestro nombre, expropiándonos de nuestra voz, permitiéndose el lujo de desacreditar todas las luchas, las estrategias y las reivindicaciones que no fueran las suyas, oficializadas, negociadas, pactadas, impuestas desde arriba. Política mutante, que crea órganos para los que todavía no hay función, que tiene que inventar a cada paso, que a lo mejor se queda sin saber qué hacer pero no deja de actuar, de llevar a cabo acciones sin sentido, confiada en que ya tendrán sentido, ya habrá un horizonte político en el que tengan sentido, en el que sean compartidas por muchos.

Una política que huye de reivindicar lo dado, lo existente, lo que se nos ofrece, consciente de que sólo desde nosotros surgen nuestros derechos, de que nos tenemos que inventar jurídicamente y socialmente, sacar provecho de lo que somos en vez de hipotecarlo intentando ser como no somos, como son los demás, viviendo como la mayoría, renunciando a la diferencia porque apresuradamente se nos antoja poco adaptativa cuando es nuestra única ventaja, nuestro modo más propio de lucha por la libertad. Una política que apuesta por discursos nuevos, irreductibles al comercio negociador y a la palabrería demagógica y de control social, tácticas de lucha y estrategias irruptivas que hacen estallar, reventar, saltar por los aires una situación de statu quo que se nos vende como definitiva e inamovible, ni mejorable ni empeorable, con la que hemos de contentarnos a la fuerza porque no hay nada más que darnos, nada más que hacer, nada por inventar. Puro conservadurismo político que impregna hasta nuestros colectivos, hasta nuestras mentes de maricas cada vez más desmovilizadas, más conformistas, más orgullosos y menos reivindicativas.

Se ha logrado la paz social con las maricas, lesbianas y trans: ésta es mi bestia negra y ahí se concentran todos mis miedos, la castración política del movimiento gay, la cancelación de nuestra lucha con el conjuro paralizador de que lo que ya hay es suficientemente bueno, de que cualquier cambio futuro será peor y que no conviene llevar tanto el cántaro de la reivindicación a la fuente de los derechos políticos porque puede acabar rompiéndose, nueva versión velada del fantasma del involucionismo y el retorno de la homofobia si nos ponemos pesaditas. Pero mi ira santa se dirige menos tal vez contra los zapheteros que nos han dado un par de leyes y que han cambiado el tono general de su discurso respecto de nosotras —algo que me fascina, me deja perplejo, me llena de incertidumbre, reconocimiento, parálisis facial, simpatía ante unos seres que nunca comprenderé por qué se esfuerzan en hacer cosas buenas por nosotros y querernos de buen corazón, imbuidos de solidaridad y espíritu ciudadano—, que contra los que, desde nuestro lado, hacen de politicuchos de medio pelo intentando contener a las masas, que no se soliviantan las maricas, démosles a cambio tranquilidad callejera, manifestaciones coloristas, beneficios económicos, bonanza marica, la casa de la pradera marica., *Matrix* marica. ¿Lo peor? Que sospecho que los zapheteros ni esperan esto de nosotros, ni nos lo han pedido ni se lo han exigido a los colectivos, y que el desarbolamiento ideológico que sufrimos procede más de una inhibición nuestra que de la represión o la amenaza ajenas. Excepción hecha de la homofobia secular y genética de la derecha católica española de toda la vida. Yo a esos les sigo temiendo, aunque no me dan ningún miedo.

De entre un millón de mutaciones, apenas un par de ellas salen para adelante, son realmente adaptativas. La creación, la mutación de lo dado, el surgimiento de nuevas diferencias, sutilísimas, imperceptibles casi, no es exitosa a corto plazo, no da satisfacciones inmediatas, pero es el secreto de no quedarse estancadas. Un pollo que nace con un pico dos milímetros más largo que el de sus padres y resulta que no le va mal, se alimenta correctamente, engendra pollos con picos dos milímetros más largos. Y al cabo de un millón de años uno de estos pollos pone un huevo del que saldrá un pinzón con un pico otros dos milímetros más largo... ¿tenemos tanta paciencia las maricas? Yo desde luego no. Afortunadamente, esta metáfora, que nada tiene que ver con el darwinismo social, no habla de plazos, sino de la necesidad y la urgencia de inventar cosas, de cambiar lo dado, de sacrificar mucho, de poner la cara en vergüenza como lo estoy haciendo yo, de equivocarse mucho, de arriesgar con las estrategias, de partimos la cara y levantarnos, de no tener miedo a la que nos pueda caer encima en nuestro intento de encontrar vías novedosas para la militancia y el desbloqueo del movimiento LGTBQ. Crea biodegra-dabilidades, déjate sorprender y sorprende, asómbrate por la demanda y el deseo de la gente, por su hastío de lo indiferente. El conservadurismo nunca dio nada nuevo, nunca inventó nada, nunca apostó por nada. El espíritu conservador no está hecho para nosotras. Ni siquiera porque tengamos un poquito de cobertura legal debemos volvernos conservadoras, meros custodios de un respiration histórico en una tierra de maricas masacradas y violentadas. Hay que inventar, crear, desarrollar y poner en práctica todos los mundos posibles mejores que éste para las maricas.

Otra consigna: ¡Si se te ha ocurrido, ponlo en práctica! Bate las alas antes de saber qué narices te ha crecido en la espalda, antes de saber qué es volar y si hay una relación directa entre tener alas y volar. Descubre nuevos usos de tu mente, de tu cuerpo, de tu ser marica, trans, bollo. Una leve turbulencia acaba convirtiéndose en un torbellino, un leve temblor se expande hasta provocar un terremoto, una grieta minúscula echa abajo un edificio de prejuicios, una suave inclinación genera una catástrofe ideológica, la más inocua heterodoxia arruina un dogma, una pancarta hecha con prisa a rotulador, pegada a un palo con cinta de embalar, acaba siendo vista por miles de personas, genera simpatías, solidaridades. Yo soy optimista y confío enormemente en el poder de lo pequeño, de las micropolíticas, de los efectos imprevisibles de cada cosa que hago, de cada línea que escribo. Sé que un noventa por ciento de todos mis esfuerzos acaban en la basura, se vuelven contra mí, no ofenden a nadie, no le sientan mal a nadie, no le aportan nada a nadie, no generan ni un ápice de las ilusiones que yo había puesto en ellos, nunca responden a mis expectativas. Pero, a veces, cuando hay suerte, un parrafito hecho al azar, descuidadamente, un parrafito de transición, nada importante,

de relleno, dibuja una sonrisa en quien lo lee, despierta una idea estupenda en alguien, cobra vida propia y, supongo yo, termina por tener algún efecto que no cambiará el mundo, pero al menos, unos segundos, habrá conseguido una sonrisa, habrá suscitado indignación, habrá generado complicidad o captado solidaridades.

Mi revolución es muy pequeña. Mi riachuelo es apenas un hilillo. Pero sin hilillos de agua no hay inundación posible. Y cuando venga la riada cogerá desprevenidos a todos los que se reían de las tímidas escorrentías que bajaban del monte, apenas capaces de arrastrar unas hojas y cuatro palitos. Pues de momento te has quedado sin casa, sin pueblo, sin puente y sin cosecha. Yo veo un graffiti en la pared, una pancarta cutre, una pegatina incendiaria, un panfleto con más motivación que diseño o cabeza, cuatro que deciden hacer algo juntos, una acción organizada una buena tarde, una okupación efímera, y se me ponen los pelos de punta, creo en el futuro, se me sube la moral, confío en la gente de pronto y me entran ganas de ponerme yo. también a hacer cosas. Hay que estar atento a la inercia de las masas. Y las maricas en este país nos hemos convertido en masa inerte desmovilizada. Yo estoy alerta a lo que hacen dos maricas entre veinte, tres transex entre cuarenta, cien personas en medio de un millón, porque me parece ver ahí una verdadera fuerza de cambio ideológico, una actitud militante comprometida, la garantía de que no todo está consumado.

CAPÍTULO VI. Como pollos sin cabeza

El placer del texto es ese momento en que mi cuerpo comienza a seguir sus propias ideas —pues mi cuerpo no tiene las mismas ideas que yo—.

Roland Barthes

DESAFIANDO A LA GRAVEDAD

La fuerza de la gravedad es una cosa tremenda. Está ahí todo el tiempo, tirando de nosotros para abajo, haciendo que nos cansemos, convirtiendo en un horror subir las escaleras, mudando en un infierno de kilos de más el placer de la comida, destrozándonos el móvil nuevo contra el suelo, siempre pendiente de un mal tropezón para obligarnos a caer de boca en medio de un espantoso ridículo. En fin, que la fuerza de gravedad es una puta mierda pa las maricas y coarta mucho nuestra libertad. Yo estoy en contra y lucho para vencerla. Todo esto es una solemne tontería. Pero siempre intento sacar alguna enseñanza de lo obvio y de las cosas más absurdas. Porque para fuerza de gravedad el heterosexismo, la transfobia y la homofobia. Están actuando siempre, con la misma fuerza e intensidad, limitando nuestros movimientos, haciéndonos caer, dificultando que nos levantemos y nos pongamos de pie, provocando que nos peguemos un batacazo, obligándonos a arrastrarnos.

La gravedad homofóbica es una fuerza silenciosa omnipresente. Hay otro tipo de fuerzas que ocasionalmente pueden vencerla y mandar un cohete a la luna entre aplausos y celebraciones, pero la dicha se acaba pronto, el esfuerzo ha sido enorme, breve, intensísimo. Y la gravedad sigue ahí; derrotada durante unos segundos, vuelve a la carga inmediatamente. Es un horror esto de la homofobia. Nadie se levanta pensando en que las próximas veinticuatro horas va a estar sometido a la implacable ley de la gravedad y que no puede hacer nada para remediarlo, que se resistirá como pueda a ella, que empleará estrategias para utilizarla en su favor, cogerá el ascensor, dejará de pedalear en cuesta abajo y disfrutará de avanzar sin esfuerzo con todo el fresquito dándole en la cara, se tirará por el tobogán, saltará de cabeza a la piscina desde el trampolín, gritará en el peso de la farmacia si ha perdido medio kilito, presumirá de plataformones que la desafían impudicamente. La gravedad tiene su punto a veces. Pero es muy cansina y muy jartible. Y nunca es noticia. Salvo en contadas ocasiones. El cohete que se estrella, el avión que se la pega, el obrero subcontratado que se precipita en un nuevo accidente laboral y poco más. No obstante, siempre está ahí, tirando para abajo, silenciosa, discreta, sin bajar la guardia, sin perder ni una pizca de su enorme poder sobre toda la superficie terrestre, influyendo sobre nuestros cuerpos, sobre nuestras tetas cada vez más caídas. Esto no es noticia. Es así y punto.

Hay que joderse con la gravedad. Y con la homofobia. Desde que nos levantamos, cada hora, cada minuto, cada segundo la homofobia está ahí. El heterosexismo no deja de ejercer su poder. La transfobia nos aplasta contra el centro de la tierra. Y tampoco es noticia. Salvo en contadas ocasiones. Una trans muerta, una marica apedreada, unas bolleras acosadas en su pueblo. Desafiar a la gravedad homofóbica siempre es un circo y requiere una inversión en tiempo y esfuerzos desproporcionada. Las maricas sólo de cuando en cuando consiguen poner un cohete en órbita. Y esto no afecta para nada a la gravedad de la homofobia. Simplemente hace mucho ruido. Y pocas nueces. La gravedad homofóbica no sale en la portada de los periódicos: «Hoy la homofobia continúa actuando en nuestro país con la misma fuerza e intensidad cotidiana que en los últimos quinientos años», o bien «Hoy la fuerza de la gravedad continuará actuando en España con la misma fuerza e intensidad que en los últimos quinientos millones de años». No tengo ni puta idea de cuándo se formó la Península Ibérica. Pero digo yo que se me entiende. El heterosexismo y la homofobia no son noticia, como tampoco la fuerza de gravedad. Sólo cuando matan. Pero esto no quiere decir que no existan, que se hayan terminado, que hayan perdido su fuerza.

¿Habrà gravedad en este momento? Haz una prueba. Da un saltito y si, en vez de elevarte y elevarte hasta acabar en Marte, a los pocos segundos vuelves a estar con los pies en la Tierra es que la gravedad estaba ahí aunque tú no te acordaras de ella. ¿Habrà homofobia en este momento? Haz una prueba antigravitatoria... Para mí, los avances legislativos que han tenido lugar bajo la bienhechora figura de Zapahetero, que, repito, no dejan de sorprenderme gratamente, se me antojan igual que esos vuelos divertidos que logran una gravedad cero durante unos segundos. Suben muy alto y luego se dejan caer en picado a toda hostia y los tripulantes tienen la sensación de ingravidez. Si siguieran cayendo tendrían la sensación de hostión de gravedad. Afortunadamente el avión remonta a fuerza de meter motores y todo acaba en una experiencia divertida y lo mismo científicamente interesante. En este país estamos viviendo esta sensación de ingravidez y andamos como locas jugueteando, abriendo un refresco para que las gotitas floten, flipando con volar un poco y hacer el astronauta, pero ya falta poco para volver a la normalidad y aterrizar grávidamente en la homofobia del día a día. Sin leyes.

Cada vez que intentamos resistirnos a la gravedad homofóbica, cada vez que luchamos contra ella, la vencemos o no, nos acusan de montar un escándalo. Como quien manda un cohete al espacio. Somos unas escandalosas las maribollos. Sí, pero es que la discreción y el silencio son virtudes de la gravedad homofóbica, no de quienes luchan contra ella. ¿Por qué no somos discretas, nos integramos, dejamos de enseñar nuestros cuerpos, de travestirnos, de hacer ruido, de escandalizar? Porque toda lucha antigravitatoria necesita un despliegue de medios descomunal y siempre llama la atención. La gravedad homofóbica está de su parte y en nuestra contra. Y hace el mismo ruido que levantarse por la mañana, ponerse las pantuflas, meterse en el baño, mear y que el chorro no salga para arriba sino que caiga en la taza: eso es la homofobia. Tan corriente, tan habitual, tan imperceptible, tan acostumbrado, tan jodido, tan que parece que no se puede vivir de otro modo. Que no nos acusen de montar escándalo cuando la gravedad está de su parte. Sales a la calle, una vieja te mira torcido, la llamas perra y ya te acusan de estar haciendo algo mal. Te pones tus mejores galas, tus plataformas más divinas, entras en una iglesia que parece bonita y la que te arman porque supuestamente te estás saltando alguna historia. Desafiendo la gravedad. ¿Habrà gravedad en este momento? ¿Habrà homofobia? Haré otra vez la prueba. Nada, que no salgo volando. Nada, que el cura me ha vuelto a negar la comunión. La última vez pensé que era por el tanga y las mallas de rejilla, pero hoy vengo de traje de flamenca. Yo he visto por la tele en el Rocío comulgar a las que van de flamenca, miles de ellas, como yo. No sé. Me afeitaré la barba y el bigote el próximo día y esconderé la pelambreira que me asoma por el escote de lunares. Ya no sabe una qué hacer para reconciliarse con la ley de la gravedad.

Supongo que el secreto, más que en acabar con la gravedad homofóbica, cosa impensable, será utilizarla en nuestro favor con algo de inteligencia. Lo mismo que los heterosexuales han construido toboganes superentretenidos en los parques acuáticos que sin gravedad no tendrían aliciente alguno, las maricas tenemos que aprender a utilizar la gravedad y el rozamiento para movernos y avanzar en una Tierra heterosexista gravitatoria. Pero si nos da por resistir a lo bestia, construir cohetes cada vez más potentes y formar una escandalera de la hostia, no creo que sea censurable tampoco. La gravedad es buena. Te metes algo en el bolsillo y se queda allí dentro. Para las llaves es muy práctico. No las pierdes. Abres el bolso y siguen ahí. No las extravías porque hayan salido flotando. Das un salto y no acabas en la Luna. Tiene sus cosas la gravedad, nos hemos criado en ella y moriremos con ella. Algo bueno tendrán el heterosexismo y la homofobia cuando son igual de eternos. La cosa es pillarles es truco. Pues no. Aquí se acaba la comparación. No hay que pillarles el truco a los homofobos. Hay que acabar con ellos, prohibirlos, acorralarlos, no dejarlos vivir, estar en contra de la gravedad homofóbica. Porque la homofobia no es la ley de la gravedad, no son igualmente necesarias, no es cuestión de naturaleza, no hay que ser un Newton para ser una marica militante.

A ver, examen de resistencia LGTBQ. Planteamiento. Un problema de física social. Si una manzana cae y te da en la cabeza es por gravedad. Y si te la ha tirado un heteroespañolitohijodeputadederechasquecreeendios es homofobia. Primera pregunta: ¿Revisten estos dos hechos la misma necesidad? Segunda pregunta: ¿Cómo evitar que caiga la manzana? Tercera pregunta: ¿Cómo reaccionar cuando un homófobo te tira una manzana? Cuarta pregunta: ¿Son equiparables la gravedad y la homofobia? Quinta pregunta, opción múltiple: Si tiras por un acantilado a un heteroespañolitohijodeperradederechasquecreeendios y cae despachurrado contra las rocas a) ¿Es homofobia?, b) ¿Es pasarse siete pueblos?, c) ¿Es la mera ley de la gravedad?, d) ¿Es la ley de acción-reacción? o e) No lo haría, pero da gusto pensarlo para mis adentros.

Actúa sin pensar es un poco el lema que impregna una política LGBTQ provisional. Descartes, que a todo el mundo le suena y por hablar algo de filosofía, mientras se inventaba el discurso del método y llegaba a construirlo perfectamente, a edificar unas pautas de comportamiento racional inexpugnables que garantizaran siempre llegar a buen puerto, se vio metido en un lío respecto de la ética del que salió proponiendo una «moral provisional». Esto es, por mucho que me coma la cabeza inventando un método infalible para la acción y para lograr la verdad sin errores, entre tanto habrá que seguir viviendo, llevando para adelante el día a día, no me puedo quedar sentado en la silla pensando. Pues bien, para desbloquear la mente y poder vivir mientras se comía el tarro, tuvo que echar mano de su «moral provisional», sabiendo que no era definitiva, que no era verdadera, que no era la solución última, pero que permitía tirar para delante y continuar con la vida de todos los días siguiendo unas pautas mínimas de buen sentido. Lo mismo al final habría que abandonarla, pero de momento habrá prestado sus servicios y nos habrá liberado de un *impasse* ético y político que amenazaba con dejarnos inmovilizados. Yo pretendo en cierto modo lo mismo con esta ética LGBTQ, salir del atolladero, puentear el coche para que arranque mientras lo llevo al taller para que le arreglen el encendido electrónico. Todo muy provisional, hasta chapucero, pero no podemos quedarnos parados.

Sigo con referencias filosóficas. Esta vez de un cura. San Agustín. Me quedo con una consigna suya tremenda que asusta hasta a los propios curas: «Ama y haz lo que quieras», en latín «Ama et quod vis fac», en catalán «Estima i fes el que vulguis». Hago el chorra de ponerlo en catalán porque las maricas del FAGC sacaron una consigna estupenda que a mí me recordaba al adagio agustiniano: «Estima com vulguis», en castellano «Ama como quieras». La explicación de una frase tan bárbara en boca de un padre de la iglesia siempre fue que si amas, entendiendo por amar lo que entendía San Agustín, lo que entienden los curas, puedes hacer lo que quieras porque habrá nacido del amor (de Dios) y estará bien hecho. Ama y mata moros, ama y masacra el nuevo continente, ama y mata rojos, ama y mata republicanos, ama y quema herejes, ama y extermina maricas: si nace del amor (de Dios), habrá estado bien y San Agustín lo bendecirá. Esto es muy práctico para adaptarlo a las maritrans, por muy descabellado que parezca. Quedaría más o menos así: «Sé marica y haz lo que quieras», «Sé bollera y haz lo que quieras» (¡a las bollos encima les rima!), «Sé trans y haz lo que quieras». Yo confío en la bondad de lo que las maricas hacen con sus cuerpos. Siempre que no se mezcle con motivaciones espurias y con el propio interés y con el propio culo. Entonces la consigna no vale, porque obedecerá a intereses de clase, raza, corporativos, etc. Es una exigencia ética tremenda esto de ser marica y hacer lo que te dé la gana porque estará bien hecho. La trampa está en cómo entendemos lo que es ser trans, bollo o marica. Buenas y malas. No sé si esto lleva muy lejos o conduce a la discriminación. Hay muchas sodomitas neocons que hacen lo que quieren y me estropean la consigna porque me dan vómito. Será que no son maricas. Política de exclusión ad hoc. No sé.

Lo que me interesa de esta frasecilla es que es portadora de optimismo y de confianza en lo que somos. Y que en vez de bloquear nuestra acción, nuestra intervención en la realidad, la fomenta, la exige. ¡Sé marica y actúa! Punto. No te comas más la cabeza. Estará bien hecho. No te quedes meditando y pensando, perdiendo el tiempo sin hacer nada cavilando si estará bien o mal hecho. Esto les pondrá a las maricas de partido, politizadas, concejalas y diputadas negociadoras los pelos de punta, pero no hablo para ellas, hablo para otra gente, para la peña de a pie, para los que quieren hacer cosas, movilizarse, actuar, romper el silencio, redefinir, retomar y rellenar de sentido la palabra «resistencia», una palabra tan «libertaria», consignas que la inhibición de un lado y el chaparrón derechizante de otro han querido convertir en antiguallas, en obuses de la guerra civil enterrados, humedecidos, con la espoleta jodida, desactivados. Pues toquetéalos más de la cuenta a ver si te van a reventar en la cara de tonto que tienes.

Digo lo que se me va ocurriendo. Pongo en práctica la consigna de actuar sin pensar, escribir sin pensar, soy marica y escribo lo que me da la gana, amo como quiero y hago lo que quiero, lo que se me ocurre. Estará bien. Supongo. Pero mejor eso que no hacer nada y ponerme la mordaza por miedo, por no saber si voy a meter la pata, por terror a equivocarme, a cagarla. Que sea lo que Dios quiera. Recuerdo ahora una lección de psicología barata que me dieron en la universidad donde escuché algo que me marcó para siempre. Hablaban de un término de psicología americana que me parece que era algo así como: «Legwork», «trabajo de piernas», muy recomendable para salir de movidones de bloqueo mental, depresiones, quedarse tumbado en el sofá, dormitando todo el día y echando la vida a perder. Los yanquis son muy simples pa sus cosas pero tremendamente eficaces cuando se ponen. La recomendación terapéutica es tan básica y tan tonta como «si estás mal, deprimido, sin ganas de hacer nada, sin iniciativa, sin ilusiones, si lo ves todo negro, si no le ves sentido a hacer nada, da igual, haz cosas, actúa, reacciona, deja que te guíen tus piernas, no tu cabeza, ella es la que te bloquea y te tiene sumido en la inactividad, así que, si tu cabeza te impide andar, deja que anden tus piernas, que saben andar solas, sal de paseo, da una vuelta, levántate de la butaca, un pasito y luego otro, el andar sin pensar, sin rumbo, sin saber adonde ir, es beneficioso de por sí, producirá encuentros con gente, te sacará de la rutina de la pereza, te alegrarás de haber salido a la calle y, de camino, haciendo camino, descubrirás tal vez algún sentido al hecho de que tus piernas te estén llevando a algún sitio sin que tú les hayas dado ninguna orden». Si estás chungo, levántate y camina. Aunque no haya horizonte, ni meta ni motivación para hacerlo. Es sorprendente el poder que tiene el hacer cosas, actividades, aunque no se tengan ganas, aunque no se sepa para qué se hacen, obligarse a actuar sin pensar, porque en ocasiones el pensamiento refrena la acción en vez de orientarla y servirle de acicate. Tú inténtalo, hazlo y los resultados vendrán solos.

Me da vergüenza y terror haber hecho este libro sin pensar, me ha salido, estaba hasta los cojones de comer mierda, escuchar gilipolleces, tragar basura conservadora, he reventado y lo he escrito en dos patadas, lo he vomitado. Puede que no lo lea ni el gato. Puede que sea mi propia tumba. Puede que ni siquiera una sola marica, ni una sola trans, ni un bollo se sientan interpelados por lo que digo aquí, que ni un solo colectivo, ni un grupúsculo radical LGBTQ se vea reflejado en mis palabras. Es lo más seguro. Pero también puede suceder que, contra todo pronóstico, mis chorradas circulen entre unos pocos, o unos pocos imbéciles se sientan maltratados y ofendidos, heridos, insultados. No sé, que pase algo, que se muevan las cosas un poquito, que se menee el parral y caigan algunos racimos de uvas maduras, secas o podridas. Reconozco que un cacho de este libro, muchas de las ideas y ocurrencias que aparecen por aquí las he rescatado de una época mía un tanto convulsa, de un proyecto de escritura anterior incluso a *Homografías*, de unos archivos fechados entre el 97 y el 98 que contenían un primitivo esbozo de una «Ética Marica» que no llegué a escribir y que se quedaron en agua de borrajas, pero que nunca borré.

Nunca se sabe a ciencia cierta el destino de lo que uno hace, aunque lo deje aparcado. Diez años después encuentra su sitio y su momento. Si desde hace tanto tiempo está escrito, guardado y archivado es por algo. Aquellas tripas se rompieron y siguen rotas. Pero entonces yo no actuaba sin pensar, no escribía sin pensar. Era más comedido y celoso de mi reputación de marica. Ahora ya actúo sin pensar y me da todo un poco igual. De joven becaria es una más vulnerable, ya vieja e instalada te la suda bastante más: conseguidas unas seguridades básicas que te hacen intocable, sientes tu culo resguardado. Tu vida es más sólida pero tu culo está más flácido: por eso hay que exponerlo más. Antes, tu culo ligaba detrás de los vaqueros; ahora hay que enseñarlo mucho, menearlo mucho, poner tu culo al aire para comerte una rosca revenía. La alternativa es ocultar mi culo caído para no exponerme al ridículo. Y no ligar una mierda. O embutir sus cueros acartonados en el cuero nuevo de una cara poltrona blandita, envolvente, bienpagá, académica, política y darle lustre, medrar, salir en la tele. Ni de coña. Mi culovieja tiene tirón, tiene su público. Y mucha más paciencia. Y mucha más desvergüenza. No será por intentarlo. Soy una marica vieja, intocable, cada vez más intocable: claro, estoy más fea, menos deseable, menos tersa, más que intocable intacta, culito intacto y caído por haber sufrido muchos años la implacable gravedad. ¿Y qué?

REVENTAR LA CENSURA RACIONAL HOMOFÓBICA

Política marica provisional, para tiempos de escasa imaginación: mientras no se sabe qué hacer hay que hacer algo, equivocarse, andar de frente, cagarla. Eso ya es bastante. Correr como pollo descabezado. Bastante inquietante al menos. Tal vez no lleva a ningún sitio, pero atemoriza, y transmite un no haber renunciado pese a tener la cabeza cortada, un tener fuerzas, ganas, salir adelante hasta el final, energía, vida. Yo no sé cuál podrá ser la eficacia política de un batallón de cien pollos sin cabeza corriendo como locos poniéndolo todo perdido de sangre, chocándose con la gente, pero mentalmente me resulta impresionante, impactante, demoledor. Actúo porque todo es absurdo. Creo porque es absurdo. No me pidas cuentas. ¿Te

jode? Pues ya he conseguido lo que pretendía, no me pidas más justificaciones. Justifícate tú por joderme a mí. ¿O lo das por hecho? ¿Por qué las homófobas tienen tanta desvergüenza en jodernos y nosotros vamos a tener que montar todo un discurso ideológico político ético social identitario para repartir hostias a diestro y siniestro?

Cuando las circunstancias aprietan, cuando tu cuerpo necesita soltarse, decir algo, levantar la represión, recurre a los lapsus, al *acting out*, mete la pata en medio de una conversación, se equivoca, dice justo lo que no tenía que decir en ese momento delante de esa persona, se pone rojo de rubor, le da un ataque de risa nerviosa, una polución nocturna: todos los esfuerzos de contención, de guardar la compostura, fracasan y nuestro cuerpo nos acaba venciendo, reventando el bloqueo con astucias que no sabemos controlar racionalmente. Hay que aprender de nuestro cuerpo para hacer política, de sus subterfugios, de cómo nos engaña, de cómo nos lleva adonde quiere sin que nos demos cuenta, de cómo trampea nuestra voluntad, nuestra determinación, de cómo nuestro inconsciente se burla de nosotros. Esto es política. Esto es reírse del sistema, de nuestro sistema de control represivo. Haz lo que se te ocurra, lo que necesites, lo que te pida el cuerpo, asocia libremente y llévalo a la práctica, como mucho consulta antes con un par de amigas la inconveniencia de tu despropósito, enrédalas o escúchalas y luego sal a la calle, pinta, retrata, escribe, chilla, monta una mani, haz una pancarta, una performance, un collage, pero ¡haz algo!

La estrategia del actuar sin pensar es la única vía a veces, y la más inteligente paradójicamente, de romper la censura racional homofóbica. La razón y la prudencia heterosexistas que hemos interiorizado desde pequeñitos dicen: no es digno, va a ser mal visto, no es lógico, no tiene el suficiente nivel, no lo haré, hay gente más preparada, que otros tomen la iniciativa, esto que se me ha ocurrido es una estupidez, se van a reír de mí, nos van a aplastar, nos vamos a diluir entre tanta gente, nos van a tachar de antiguas, de rojas caducas, de anarquistas pasadas de fecha.

Me da igual. Este libro no tiene nivelito ninguno, está lleno de cosas obvias, que mucha gente piensa, descontentos comunes, rabias solidarias, ascos y vómitos compartidos, pero yo me decido a sacarlo sin pensar, porque no he encontrado otra forma de romper mi bloqueo mental, mi inactividad, mi apatía, mi pensar que todo para qué, que nada merece la pena. Predico con el ejemplo. Antes he preguntado y lo he dado a leer a dos o tres personas que me han animado y que yo sé que no quieren mi mal ni van a ofrecerme un precipicio para tirarme yo sola y que me despeñe. Todo vale para romper el bloqueo racional de lo decible, pensable, de lo digno de ser puesto en circulación, de lo posible políticamente: eso es censura racional patriarcal, heterosexista, transfóbica y homofóbica de lo respetable, de lo ponible, de lo recibibile, de lo escribible, de lo publicable. Pensada justamente para evitar el asalto de lo irrecibible, de lo ilegible, de lo impublicable, de lo impensable, de lo indigno, de lo incontrolable, de lo irracional.

Lo mismo que la razón es patriarcal, también es heterosexual, heterosexista, homofóbica y nos amordaza cuando queremos usarla porque fue inventada para acallarnos y masacrarnos. ¡Ojo con la razón! Hay que cortocircuitarla, si algo es demasiado sesudo y racional, probablemente sea heterosexista y homofóbico. Si algo está muy bien argumentado, pensado, articulado, dicho con tono convincente, seguramente irá en perjuicio de los y las transexuales. Yo no me fío de la razón ni de su potencial liberador. La razón ha supuesto siempre nuestro genocidio. Todo cuanto se nos ha hecho, se nos hace y se nos hará será siempre en nombre de la razón, de lo racional y de lo razonable. Nunca se nos ha exterminado ni perseguido gratuitamente, por deporte, siempre hubo detrás razones, creencias, religiones, motivos muy decentes y biempensantes. La razón nos perjudica, es un instrumento del poder. Yo soy racional hasta que me siento oprimido y me entra la prisa por sacudirme el pie que me pisa el cuello. Los pies homofobos están ahí, dejándonos su suela impresa en la piel por alguna razón. Las maricas, trans y bollos siempre hemos estado jodi-das por alguna razón, por La Razón. Nunca faltan razones para apedrear a una trans. ¿Cómo carajo vamos a confiar en la razón? Hay que cortocircuitarla cuando no nos sirve, cuando no nos deja expresarnos ni pensar, hay que ser más brutos, un pensamiento y una acción más inmediatos, mínimamente reflexivos pero a lo mejor tremendamente eficaces, brillantes, sorprendentes. Siempre habrá quien luego las interprete y las ponga en un bonito y presentable marco teórico. Una política LGTBQ con lo justo de razón, de razón lo justo para que no estorbe la revolución, la emancipación, la liberación. No hay una razón justa, sólo lo justo de razón. La razón llevada al límite conduce a la opresión y al exterminio. Una cosa es lo justo y otra la razón, y otra lo justo de razón. Y con lo justito de razón se pueden hacer muchas cosas y romper el bloqueo racional al que nos somete el poder.

Lo fundamental es que alguien haga algo. Que burle a la razón con su hacer, como pollo descabezado. El pollo echa a correr tarde, cuando ya le han cortado la cabeza. ¿De qué le servía tener cabeza si se dejó atrapar y ahora cuando lo han decapitado corre que se las pela? Si tu cabeza te hace perder la cabeza, córtatela y sal por patas antes de que te atrapen. Si el poder utiliza la razón como mecanismo de control, si te van a decapitar en nombre de la razón, si la homofobia te va a decapitar para que no pierdas la cabeza, córtatela tú y arremete contra ellos. Y si quieres durar más como militante, no te la cortes, simplemente úsala lo justo: pa chupar pollas, coños, pero no para pensar, que acabarás sumido en la inactividad, terminarás por desmovilizarte. Actúa sin pensar: la academia tiene a legiones de Judiths Butlers para poner nombre y dar forma teórica a las acciones revolucionarias que salieron de la calle sin pensar, por necesidad, por urgencia de sobrevivir, por diversión, para entretenerse, para luchar. Yo mismo, si alguien lo quiere, me presto a fabricarle una matriz teórica a lo que él haga si merece la pena y moviliza a la peña. Pero antes tiene que hacer algo. La acción revolucionaria no nace de Judith Butler. Nace de las trans. A mí no se me ocurre nada que hacer. Pero si a alguien se le ocurre y le apetece que aquello tenga un nombre bonito y rimbombante, se lo bautizo, se lo sistematizo y lo convierto en una estrategia. Seguro que alguien lo acabará enseñando en la universidad y cobrará dinero y ganará prestigio a cambio. Pero eso no me importa. Que cada cual se gane las lentejas como pueda, incluso enseñando la revolución desde una posición de clase de pija privilegiada. Yo caigo en todo eso también. Soy un desastre pero intento ser honrada, mejorar poquito a poco y nunca oculto lo absurdo de mi situación, de mis contradicciones, de mi trayectoria inconfesable. Todo menos quedarme quieto.

El pensamiento y la razón llegan siempre muy tarde, cuando las cosas ya han pasado, cuando las maricas ya se han organizado, cuando las trans ya han atacado a la policía, cuando la razón no estaba allí para defenderlas sino para agredirlas. La policía es racional y siempre se atiene a razones: razones homofóbicas, transfóbicas, racistas, heterosexistas, misóginas, xenófobas. Lo más urgente es hacer cosas, provocar cambios, dar golpes de timón impensados; luego viene la teoría, los interpreta, los historiza, los clasifica, los neutraliza y explica por qué ocurrieron. Pero lo más importante es que ocurrieron. Y que ni siquiera quien los hizo sabe por qué ni para qué los hizo. ¡Esto es lo importante! Yo veo en la actualidad mucho miedo a cagarla, a dejar de hacer cosas por temor, por inhibición, como si nos hiciera falta un proyecto enorme para actuar. Cuando lo mejor para actuar, lo que nos salva, lo que permite que siempre haya habido revoluciones y militancias, es que no hace falta converse tanto la cabeza, sino detectar una injusticia, localizar al agresor y actuar sin pensar. Ya verás la de cosas que pasan: interfiere, cortocircuita, interviene, en lo pequeño, en lo grande, en todos los ámbitos a tu alcance y ¡vaya si pasan cosas! Cortocircuitar el funcionamiento inercial de un órgano, el cerebro, la razón, que nos hace pensar viciadamente y nos inhibe: nos han metido a las maritrans por la vía de la racionalidad y la democracia y eso nos perjudica enormemente, nos bloquea, ¿alguien piensa lo contrario?

En Dinamarca les acaban de arrasar un barrio entero a los okupas después de años de buen rollo sin desalojos. Se les acabó la tregua trampa de la democracia. A los antiglobalizadores les meten unos balazos, unas palizas, detenciones preventivas, juicios sumarios que ni te cuento. Se acabó la tregua trampa de la democracia. La democracia no está para tonterías ni es refugio de nada, y menos de maricas. ¿En cuántas democracias se puede vivir a gusto y tranquilo como marica, disfrutando de plenitud de derechos con una homofobia y transfobia erradicadas? En ninguna, ni en España, paraíso democrático de la risa. Sobre todo no hay que confundir la democracia con nuestra panacea. La democracia es por definición, tradición y futuro heterosexista, homofóbica y transfóbica. A mí que nadie me venga con tonterías ni con esencialismos democráticos. Hasta se me ocurre pensar en un totalitarismo que hubiera abolido la homofobia, una dictadura no transfóbica. ¿Suena imposible? No veo por qué. Tal vez porque ningún régimen de esta clase históricamente ha hecho nada en este sentido y más bien nos han masacrado. Como la democracia. Hasta hace dos días. Y no todas. Y no completamente. Y no en todos los ámbitos.

Me da a mí que la democracia no funciona sin un cierto nivel consentido y legalizado de heterosexismo, homofobia y trans-fobia. O a lo mejor no es la

democracia, ni las dictaduras, sino el género humano. Vete tú a saber. Paso de seguir por aquí que me deprimó.

Aparte de actuar sin pensar, yo veo las cosas también de otro modo. Las maricas tenemos una inteligencia peculiar cultivada desde pequeñitos para sobrevivir, que nos permite actuar guiados por otros parámetros, que se salta las reglas del pensamiento heterosexista, las trampea, admitimos la incongruencia, la contradicción, la esquizofrenia, la mentira, de todo lo que haga falta para mantenernos a flote. Hay que echar mano de estos recursos de niñez, de adolescencia, que nos permitieron a algunas seguir vivas, estupendas, sonrientes hasta la edad adulta. La honradez, la coherencia, la racionalidad, la virtud son cosas que nos enseñaban cuando nos criaban y educaban como si fuésemos uno de los suyos, heteros. Y nosotros ni caso. Además veíamos cómo también nos enseñaban a pasar de todos estos valores cuando convenía, cuando la ocasión lo requería, cuando había que oprimir a alguien. Pues pasemos también nosotros de sus valores de control. No hay que ser coherentes, ni honrados, ni racionales, hay que ser fuertes, eficaces: esto nos lo enseñan los políticos cada día y nosotros nos empeñamos en ser más honrados y decentes que ellos. No nos hacen falta reglas ni programas, ni ideologías, ni líderes, ni colectivos para inventar nada, para actuar ni para crear. Cuando eras marica y estabas sola en el mundo, ¿no te inventaste tu propia vida y tu modo de salir adelante? ¡Pues recuerda! ¡Haz memoria! ¿Por qué ahora delegar en otros que nos hagan de caudillos?

Las maricas sabemos perfectamente inventar, innovar, crear nuestra propia vida de la nada, sin referentes, sin orientación, sin guía, a tientas, dando palos de ciego, pollos descabezados desde la infancia abriéndose camino. Hemos perdido una habilidad que teníamos de chiquititos de buscarnos la vida incluso en medio de situaciones terribles como la primera comunión de una trans, un partido de fútbol siendo maricas perdidas, una bollobutch con una Barbie en Reyes, y resulta que ahora nos sentimos desamparados y desorientados teniendo paradójicamente muchos más recursos, sabiendo que todo vale, que el fin de liberar a las maritrans de la opresión heterosexista justifica cualquier medio, que existe una ética maquiavélica para maricas desesperadas. Mejor cualquier cosa que nada. Al cabo, contra nosotras ha valido siempre todo, todo se nos ha hecho. Esto no es venganza, ellos son muchos más que nosotros como para vengarnos, es copiarles cosas que lo mismo nos sirven, aprender de lo que ellos también hacen, sistemáticamente: jugar sucio. Sólo que los que sufren injusticia nunca juegan sucio, ni siquiera juegan, se las apañan para no perecer en el intento. El juego sucio, la política sucia, la retórica sucia, la negociación sucia, el maquiavelismo son calificativos únicamente aplicables a la conducta del poderoso. Los demás salvamos el culo como podemos, proliferamos, repetimos, negociamos, creamos, militamos, escribimos, nos manifestamos, pintamos paredes, damos patadas, desempolvamos la anarquía, echamos mano de cualquier estrategia que pueda servirnos, hacemos bricolaje político, reciclamos tácticas y teorías, injertamos, transplan-tamos, okupamos, cosemos y descosemos consignas, identidades, valores, rebuscamos en la basura, nos llevamos a casa lo que pillemos, tablas, un chulo, sillas, muebles usados, una bollo de paseo.

CAPÍTULO VII Se acabó el buen rollo

Yo no pongo la otra mejilla. Pongo el culo, compañero.

Pedro Lemebel

NUESTROS PACTOS DE LA MONCLOA

Cuando hablaba de lo que significa ser marica, de lo que tenemos que tener en cuenta como maricas para convertirnos en sujetos políticos, de la herencia del franquismo y la Transición, de sus inercias, de sus formas de proceder y entender la lucha, ya apunté un poco la idea de fondo que no cesa de rondarme. No sé si nuestros colectivos, si las maricas que se han arrogado el derecho de representarnos ante los partidos, Gobierno e instituciones, que se han erigido en portavoces de la comunidad gay y trans, han llegado a firmar algún pacto secreto con la clase política, un Pacto Rosa de la Moncloa en el que a cambio de algunas concesiones de parte del heterosexismo se comprometen a desmovilizar a todo el movimiento gay, a cesar en las reivindicaciones, a dejar de dar por culo, a liquidar todo atisbo de movimientos levantiscos dentro de nuestra comunidad, a dejarnos sin ideas, a vaciamos ideológicamente, a difundir una actitud de sumisión agradecida a nuestros gobernantes, a cambiar la lucha por la propaganda de apoyo a la progresía de izquierdas que tan bien nos trata, a dejar de negociar para vendernos directamente. Probablemente no haya habido ningún Pacto de la Moncloa en el que nuestros colectivos y voces cantantes hayan adoptado tal compromiso, pero me sospecho que tácitamente, silenciadamente, esto ha acabado siendo así aunque jamás se confiese en público. El resultado del éxito de la negociación ha sido el autobombo de sus hacedores y el desprecio y la exclusión de quienes no nos conformábamos sólo con eso. Aunque bienvenido sea todo. Y es de reconocer y agradecer tanto trabajo. Que no ha quedado impagado.

«¡Libertad, libertad! ¡Sin ira libertad!» es una mierda de estribillo de canción que se hizo muy popular en la Transición. Digo una mierda porque incitaba a una bajada de pantalones generalizada, a un abandono de las actitudes más levantiscas y comprometedoras para el gobierno de entonces, a una estrategia de enfundársela y dar marcha atrás, de no presionar, de no asfixiar, de no tirar demasiado de la cuerda no fuera a romperse. Esta misma actitud y esta misma cancioncilla cobarde es lo que veo implantarse ahora en el movimiento gay: libertad sin ira. Me parece muy bien y muy saludable que los que quieran comerse su ira se la coman. Pero no me parece tan bien que a los que no nos da la gana de tragarnos nuestra ira se nos obligue a hacerlo o se nos tache de exaltados. La ira y la libertad siempre han hecho muy buenas migas. Incluso se podría decir que la libertad que no se ha conquistado con ira es una libertad otorgada que ni es libertad ni es nada, un simple tapabocas, un caramelo para mantener a la gente descontenta rechupeteando entretenida, pan para hoy y hambre para mañana. Me da miedo que se acabe enquistando este ánimo entre las maritransbollos y que terminemos por quedarnos sin ira, sin sangre, sin voz, sin nada que decir ni por lo que luchar. Cuando renuncias a tu ira, tu libertad empieza a verse afectada. Cuando llegas a no indignarte por nada, se consigue una ficticia paz social a fuerza de alienación, de pan y de circo. Y de circo las maricas vamos más que sobradas.

Carrillo, héroe de la Transición y patatín y patatán, hizo muchas barbaridades, liquidó a la izquierda real, desmanteló la infraestructura del Partido Comunista, desnaturalizó y desvirtuó su ideario, se sacudió el republicanismo, la bandera tricolor y desactivó a una izquierda que había sobrevivido con plena vitalidad y llena de ira en la clandestinidad durante años hasta estrellarse en las elecciones, perder todo apoyo, fragmentar lo que era un sólido bloque y ahora ya no vota a IU ni el gato. Supongo que su labor sería estupenda y decisiva para la Transición, para Suárez, para Victoria Prego, y que logró que los militares no salieran a la calle para terminar de una vez con todas con unos incipientes gestos democráticos. Sea. Supongamos que me lo creo. Pero también me creo que el Partido Comunista se fue a la mierda con tanto descafeinarse, con tanto Pacto de la Moncloa, con tanto aceptar los sindicatos no meter bulla ni salir a la calle a formar escándalo. Y el destino del Partido Comunista que se está comiendo IU hoy en día es el mismo que el de los sindicatos, que no valen para otra cosa que para recibir premios y homenajes conjuntos, otorgados ex aequo a ellos y a la patronal de empresarios. Yo veo un riesgo aquí y no sería mala cosa aprender de la historia porque el movimiento gay lleva el mismo camino de un tiempo a esta parte: nos estamos autodesmantelando, desmontando, aceptando subvenciones, dejando que visiten nuestras sedes las personas más homófobas del planeta y las más fascistas, visitando nuestros dirigentes a su vez las sedes de instituciones homofóbicas tan a gusto, codeándose con personajes políticos de calaña nada dudosa, sino certeramente genocida, incitándonos al buen rollo generalizado, a la pacificación de los colectivos, a la unidad de la España rosa. Que tengan cuidado nuestros colectivos, que de tanto ceder a la patronal hetero-sexista terminarán por no tener nada que ofrecer, ni discurso ideológico ni nada.

Ya he dicho que si hay algo que me pone enfermo es cuando el gilipollas descerebrado de turno me viene con la sublime idea que se le acaba de ocurrir a él solito de que: «No critiques tanto a quien nos ha dado todo», refiriéndose al Gobierno, a los políticos que en un momento dado de la democracia nos han regalado un par de leyes desfiguradas que no han dejado contento más que a cuatro y a las trans casi que las han dejado en peor situación que antes. Esta actitud empalma directamente con el acojono de la Transición y el entreguismo sin reservas frente a una situación de urgencia. Pero ya no estamos en plena Transición, los militares parece que ya no tienen ganas de dar golpes de Estado, ni hay que sentir miedo por cosa alguna que vaya a desestabilizar al país, a nuestro sistema político ni nada por el estilo. La estrategia del miedo ya no funciona. Ni la de sentirnos agradecidos. Sentirse agradecido lo puede estar uno con su padre, no con un partido político ni con el Gobierno o el presidente de una nación. Eso es patriarcalismo puro y duro. Zapaheteronismo. Y además, agradecido a mi padre lo estaré si me sale del higo, si no ha hecho más que responsabilizarse de haberme traído al mundo y no haberme dejado tirada en un contenedor de basura. Agradecimiento parental el justo. No está la cosa para Edipos.

Agradecidos deben estar los padres por tener hijas bolleras tan estupendas. A un padre no hay que agradecerle que te alimente, escolarice y compre ropita: es su obligación de patriarca. A los padres se los quiere o no, que las maricas aquí tenemos mucho que contar de nuestras experiencias en el seno de la familia tradicional, la única que hay, lo demás no es familia, ni debe serlo. Es como el matrimonio, siempre es el tradicional, patrimonialista, burgués, portador de los valores del matrimonio de toda la vida, contribuye a la estabilidad sistémica de las sociedades occidentales. Los que piensan que las maricas casadas están inventando nuevas formas de convivencia son unos gilipollas, reproducen el sistema y punto. Una aspiración que es muy legítima por otra parte, ansiar formar parte del sistema en vez de cambiarlo siempre es una posibilidad, la posibilidad sacralizada y sancionada, reforzada con premio y palmadita en la espalda. A los padres se los puede querer o no, o sentir agradecimiento por cómo nos han criado y las cosas que nos han pagado. Pero al Gobierno no. Por favor. La política no tiene nada que ver con el agradecimiento ni con el cariño, ni con la familia, ni con el paternalismo sino con la reparación de injusticias seculares, la restitución de derechos y la protección de los colectivos marginados. Y cuando esto se lleva a cabo, se vota o no se vota, pero no se trafica con el silencio, con la desmovilización, con el desmontaje de nuestras infraestructuras de lucha y reivindicación.

No me canso de repetir que sospecho que nuestros colectivos y representantes llevan el mismo caminito que los sindicatos desactivados tras los Pactos de la Moncloa y pintan ya tan poco como ellos. Y menos que van a pintar todavía. Es un vaticinio, pero no es mi profesión la de adivino. Así que espero equivocarme. En este país no hay ya movimiento obrero, capacidad reivindicativa, no hay nada. Los sindicalistas se llevan de puta madre con la patronal, como nuestros colectivos, subvencionados, visitados por los hijos e hijas de puta más grandes de la historia de la homofobia en España. Que alguien me cuente y me razone el papel de los sindicatos en este país y yo le diré que lo mismo sucede con los colectivos oficiales de gays y lesbianas. Hemos hecho nuestros particulares Pactos de la Moncloa: matrimonio de mierda y ley de tran-sexuales de mierda a cambio de desactivarnos políticamente para siempre y desviar la atención hacia Europa, porque aquí ya no hay nada más que repartir. Está pactado. O sobreentendido. Y si nos dan algo más de lo que nos han dado ello creará malestar social, envidias, celos, se volverá a hablar de *lobbys* gays, rosas e historias. Nos

acabaremos convirtiéndonos en judíos privilegiados, ricos, influyentes y eso ya se sabe que históricamente no es bueno en España. «¡Qué bien, qué bien, hoy comemos con Isabel!», no es una vieja canción sefardí. Bajemos el nivel de reivindicación e influencia o acabaremos siendo maricas con gas. ¡Menudo discursito que se nos quiere colar de rondón!

Hace tiempo que me pregunto dónde está el pensamiento de los colectivos, dónde se piensa en los colectivos, quién piensa en los colectivos. Si hasta se han quedado algunos sin revistas, sin órganos de pensamiento, sin fanzines, o los han convertido en folletos publicitarios. Antes se pensaba en ellos, se debatía, se inventaban cosas, estrategias, luchas, ahora son bufetes negociadores, entidades asistenciales que llevan adelante una labor encomiable cogiendo el teléfono, yendo a colegios e institutos, pero no van más allá. Pasa lo de siempre. Los únicos que sí tienen revistas y publicaciones con algo de contenido son los colectivos conservadores, los más listos, para generar pensamiento y acción contrarrevolucionarios. Pero también los fachas tienen la FAES. Esto no me vale. Me preocupa que del otro lado no haya nada, no te puedes comprar nada, no puedes publicar en ningún sitio rodeado de gente afín. *Diagonal* es lo único decente que se me ocurre. *Zero* no era ninguna maravilla pero publicaba cosillas a veces hasta que decidió dejarse de coqueteos con la izquierda y mostrar su rostro más derechizado y adulador del poder. ¿Alguien pensaba que al dueño de esta revista le importaba otra cosa que no fuera ganar pelas y prestigio rosa de medio pelo? Como política empresarial estará dabuten, como política marica es un desastre y otra claudicación más.

Vacío absoluto de pensamiento y de ideas. Se acabó al parecer la época en la que pululaban folletos, fanzines, revistillas, panfletos incendiarios de todas clases. Ya nadie hace fanzines o, por ser menos antigua, blogs, foros, sitios web donde publicar cabreos, cosas interesantes, convocatorias, movidas, un lugar de referencia en la web donde entrar y calmarse un poco leyendo algo de contrainformación marica. ¿De qué nos quejamos? No hay apenas iniciativa, ganas, casi nadie hacemos nada. Bueno, sí se hace algo, pero no colectivamente, todas las iniciativas son aisladas, privadas, de microasociaciones y el colectivo maritrans de izquierdas se limita a saludarse por la calle, felicitarse puntualmente, pero se nos acabó el fuelle. Afortunadamente yo veo un relevo que poco a poco se va configurando y va adquiriendo entidad y consistencia. Un relevo lastrado tal vez en exceso por el pasado y por gente del pasado, que no termina de dar el salto, pero lleno también de gente nueva, de inconformismo, de alianzas con otros grupos y de ideas refrescantes, espero. Paciencia. Yo estoy contento y esperanzado.

Quizás haya algún día, que espero no ver, un 23-F de los heteros homófobos, pero no podemos vivir para evitarlo, haciendo todo lo posible por nuestra parte para que eso no suceda. La Bestia es imprevisible y se despierta cuando quiere, aquí y allá, en Polonia, en Italia, en Australia, en Latinoamérica, aquí también da zarpazos y continúan las agresiones homofóbicas por parte de heteros de a pie y de las fuerzas de seguridad del Estado, continúan campando a sus anchas la homofobia y la transfobia disfrazadas de objeción de conciencia, de libertad de expresión, de credos religiosos. La Bestia Homófoba dormita. Aprovechemos el sueñecito. No hay lugar para sentir ahora el miedo de la Transición y la amenaza velada de una represión generalizada. La Transición acaba de cumplir treinta años. Es hora de abandonar la herencia funesta del temor transicional a sacar demasiado los pies del plato. Hay que vivir y hacer política como nos salga del coño sin miedo a despertar a la Bicha. *Draco dormiens nunquam titillandus*, aparte de ser el lema de Hogwarts, es la política que se ha instalado en España desde la Transición, la que hemos heredado con todas sus consecuencias y la que puede llevarnos a la parálisis. La dictadura, los militares, los curas, los franquistas, toda la vieja guardia del antiguo régimen a la que se temía tanto, ahora, para nosotros, son los heteros transhomófobos que no han cambiado un ápice, ni pretenden hacerlo, sus destructivos prejuicios contra nosotros. La transhomofobia parece ser un derecho más inalienable que los tímidos derechos que se nos reconocen, y no necesita de leyes para gozar de una estuenda salud y de la mayor protección imaginable.

Nadie les tiene ya miedo a los militares ni a los franquistas como factor de desestabilización democrática. Pues nosotros no vamos a tenerles miedo a los heteros odiamaricas y ape-dreabollos. Así no hay quien viva. Si, por ponernos absurdos, dan un golpe de Estado homófobo contra las maricas y reinstituyen el terror, a las madrigueras o a las barricadas, ya se verá, pero este ratito hay que disfrutarlo al máximo y desparramar lo máximo. Nada de ser buenas personas y gente adorable con la que da gusto hablar. Yo soy un bicho, una marica hijaputa, un indeseable y a mí no me entras malamente porque te la cargas y te vas a arrepentir. Por otro lado, mi mala leche aparte, soy muy vulnerable y destruíble sistemáticamente. Pero paso de ser buena persona para que un homófobo de mierda no dé un puñetazo en la mesa. El puñetazo en la mesa lo doy yo. Y si el que va de buena persona es el heterosexista de turno, me asustaré y lucharé contra él y contra todas las buenas personas que se declaren como tales y me vengan con una sonrisa de la que no me fío. De las buenas personas me libre Dios que de las malas me libro yo, me enseñó mi madre. Ojito con los heteros wena gente mosquitas muertas. Ellos no tienen la culpa de ser escorpiones o de ser dragones, o durmiendo o echando fuego. Yo no los culpo. Tampoco si somos unas perras tenemos culpa de nada, ni se nos puede reprochar ser parásitos si nunca nos han incluido en su sociedad civil más que como carne de marginación y opresión. O escupes fuego o te echas una siesta, pero nada de charlar conmigo. No tenemos nada de que hablar ni que decirnos. Yo tengo vistas muchas pelis de dragones que me encantan y sé perfectamente que el dragón bueno, dócil, colaborador, amigo de las maricas no es más que un mito encubridor de su verdadera naturaleza homofóbica.

De todas formas, no hace falta temer a dragones, a bichas ni a bestias. Basta con un par de gemelos polacos para cagarse de miedo. Digo yo que ésa también es la verdadera cara de la democracia y la demostración de que la democracia no tiene nada que ver con el tratar bien a maricas y trans. La democracia es compatible con todo, incluso, y especialmente, con la transhomofobia. Yo creo que con el diálogo y el buen rollo no se arreglan situaciones de agresión generalizada, de insultos institucionales y de ofensivas antimaricas del calibre de lo que está sucediendo en Polonia. Pero no me gusta la demonización de democracias ajenas desde una supuesta libertad conquistada aquí. Polonia no es el farolillo rojo del gran teatro de la democracia europea: es la democracia occidental desde dentro, no contemplada desde el patio de butacas, sino entre bastidores, donde se ven los decorados por detrás, sin pintar, las tramoyas, el armazón, los actores a medio vestir, sin maquillar, las trampillas en el escenario, el foso lleno de humedad y de ratas. Cada día hay que desayunarse con proclamas igualmente destructivas para nuestros intereses y nuestra dignidad en boca de españolitos de muy diverso pelaje. La desvergüenza de los fachas y los curas para insultarnos es de una irreverencia blasfema. ¿Por qué vamos a tener que cultivar el buen rollo y ser unas maricas simpáticas, unas bollos agradables, unas trans educadas? Ni con ellos ni con nadie. Desde ahora, aquí, en este momento, yo doy por terminado el buen rollo, se acabó el buen rollo, a armarla, a ser antipáticas, odiosas, desenfundadas, irrecibibles, inaguantables, escandalosas, inasequibles, radicales, poseídas... y, con todo y con eso, igualmente merecedoras de respeto, de derechos, de igualdad, de todo lo que merecemos y exigimos por el simple hecho de ser ciudadanos, no por ser buenas personas ni por ser agradables. No hay nada que darles a cambio, no hay contrapartidas por nuestra parte. Si quieren algo a cambio, que se queden con nuestra historia de machaque indiscriminado. Yo paso de lamerles la oreja.

ENERGÚMENOS

Convertimos en energúmenos. Algunos lo tenemos más fácil porque lo hemos sido siempre por estrategia, de nacimiento, por necesidad, por deporte o por lo que sea. Pero creo que es un salto político imprescindible el de empezar a ser gentuza indigna, desvergonzada, nada respetable, que no apetezca una mierda tener una charlita con nosotros. No tenemos nada que perder. La clave es no tener ambición sistémica alguna ni estar presas de trepismo institucional. Que no puedan comprarnos. Si no tenemos nada por lo que vendernos, si no tienen burra que vendernos, seremos autónomos, independientes y podremos hacer lo que nos dé la gana. Autodeterminación mari-trans sin concesiones. Que las maricas pactistas no se lleven las manos a la cabeza, que continúen con su labor, está muy bien conseguir de las instituciones todo lo que haga falta, pero es que era ya nuestro y se nos debía, que se nos restituya todo lo que hemos ido perdiendo, lo que nunca hemos tenido, lo mismo que los archivos de la guerra civil y las propiedades a los sindicatos. ¡Que no nos han regalado nada, joder! Que ésa no es la estrategia. Que entre reclamar y exigir, y pactar y agradecer, el caramelo ya no es el mismo, se ha revenido y encima nos han desactivado políticamente. Todos los que se apuntan el triunfo pactista y los logros conseguidos como si en este país no hubiera habido movimientos maricas radicales a los que les partieron la cara, que me digan si no están desactivados políticamente, neutralizados, comiendo la sopa boba del poder, paniaguados, arrimados y encima nos miran a los demás con aires de superioridad y como si les

debiéramos algo. Nos gusten o no, sirven para mucho o para poco, las iniciativas legislativas que se han conseguido, las han conseguido todas las maricas, bollos y trans de nuestra historia, cada grupo, cada colectivo, cada panfleto, cada cartel, cada graffiti, cada acción, cada performance, cada línea escrita: no es un triunfo de uno, ni de dos, ni de tres en un despacho, es el fruto de una multitud de bollos, maris y trans que llevan luchando toda la vida desde hace medio siglo como poco. Por eso, se acabó el buen rollo, se acabó la dinámica de la Transición, de los Pactos de la Moncloa. El puto síndrome de este país de que para conseguir cualquier cosa hay que pasar por una Transición particular, esto es, agachar la cabeza, apretarse el cinturón, prometer hacerse inocuo políticamente, renunciar a lo más para conseguir lo menos y encima estar agradecidos. Esto es mentalidad dictatorial de esclavos. Una herencia inasumible.

Energúmenos. La estrategia del bebé cabrón: llorar y llorar, por nada, que no sepan por qué lloramos, por qué berreamos, que no haya supernanny para nosotras, que se les destruya la vida, que no sepan qué hacer con nosotros. Llorar y berrear todo el día para joder, porque no estamos a gusto, porque nada nos convence ni nos satisface, reacciones imprevisibles, a destiempo, sembrar el desconcierto, que nos den la teta, el bibe, el sonajero, la polla, y lo rechazemos todo. ¿Pero qué quiere este niño? ¡Nada! ¡Todo! Ése es el secreto, no queremos nada porque no tienen nada que nosotros podamos querer. Y aún así lo queremos. Y no. La cosa es berrear y meter bronca. No hay mejor político que un bebé rabioso. Consigue todo lo que quiere, todo lo que le hace falta y mucho más de lo que necesita. Y lo más importante, se hace el rey de la casa a fuerza de no dejar nunca claro por qué llora. Nosotros sí que tenemos claro por qué berreamos. Lo impresionante es que los homófobos sigan preguntándose por qué nos sentimos orgullosos de ser bolleras y maricas. Yo soy hetero y no estoy orgulloso de serlo porque nací así gracias a Dios. Berrear de orgullo, berrear para exigir, berrear para despistar, berrear para no caer simpáticos, berrear por estrategia, berrear porque apetece, berrear para hacernos incomprensibles, berrear para aburrir, berrear hasta cansar, berrear para quitarles el sueño, berrear para cabrearlos al máximo, berrear para que se sientan impotentes, berrear hasta que consideren justificado asfixiar al bebé con la almohada... ¿o es que no tienen ganas?, ¿o es que no se les ha pasado nunca por la cabeza?, ¿o es que acaso nunca han asfixiado antes a un bebé marica?

¿Qué creo que nos queda por delante? Todo por hacer. Un montón de cosas que mejorar. Un millón de historias que se me ocurren, pendientes desde siempre y otro millón de cosas que ni se me ocurren, impensables aún, pero que acabarán llegando, sorprendiéndonos. Las maricas no se han hipotecado para toda la vida por dos leyes de mierda que se daban por sentadas, que han llegado mal y tarde y nos dan como un regalo y un esfuerzo de generosidad impresionante venido del mundo hetero. No necesitamos ningún hetero para que venga a regalarnos la estatua de la libertad. ¡Menuda basura! Cultura de mierda donde la libertad se regala siempre por un tercero en forma de estatua en vez de conquistarla uno y hacerse uno la estatua que mejor le convenga y más le guste, a medida.

Maricones energúmenos, bolleras poseídas. Sé de lo que hablo, me he criado entre sonrisas jesuítas, opusinas, de fachas, de señoritos, de poderosos, de escoria burguesa. Te acarician con sus palabras mientras te patean con sus actos y te hacen la vida imposible y te perjudican. Cinismo, hipocresía. En la confrontación directa evitan el mal rollo, las broncas, que les saquen los colores, todo es suavidad de trato mientras hacen el mal a escondidas, fuera de nuestro alcance, se ahorran el sofocón de tener que vérselas con una bollera descontrolada, con una trans a la que no saben ni mirarle a los ojos porque los pone nerviosos. Pues el sofocón que no se lo ahorren. El buen rollo es una ventaja para ellos. Desde siempre la educación y las formas han sido un invento para que los poderosos no se sientan tan mal, tan a disgusto, cuando no teman más remedio que hablar con el pueblo. Es más agradable conversar con un obrero aseadito, arregladito, sujetando su gorra entre las manos, en actitud sumisa. Casi no cuesta trabajo tratar con un maricón de buenas maneras, bien vestido, perfumado, culto, de honrado linaje, parece uno de nosotros. Hay que terminar con esto. Esto no es política. Política es montarles un pollo, no una cenita entrañable. Una política marica es robarles el reloj a lo Bush en Albania. Se nos ríen en la cara, nos dan abrazitos, se muestran condescendientes, todo cuando les conviene y a su majestad le parece bien: estupendo, ¡pues se quedan sin reloj! Así de cutre tal vez tenga que ser nuestra lucha, pero me parece básico empezar por ahí. Entrevistarte con un político bienpensante, con una progre que te viene a robar una foto y que se vaya con el bolso abierto, sin gemelos, sin reloj, con un chicle pegao en la falda. ¡Qué se habrán creído! Estamos pa robar, no pa regalos, pa robar y regalos, no pa sonrisas y paseos de cara a la galería, no pa una política negociadora de mínimos.

Y cuando digo que se acabó el buen rollo, se acabó no sólo frente al poder, sino frente a las maricas fascistas, de derechas, peperas, católicas, sospechosas, convenidas, arimadas. Que nos odien. Que nos llamen de todo, que se les vea el plumero. Que invoquen la libertad de expresión, la libertad de prensa, la democracia, los valores heterosexistas, que se sientan acorraladas ideológicamente, que no puedan apoltronarse cómodamente en una posición supuestamente aceptable y respetable. Democracia es confrontación, democracia es mal rollo, democracia es crispación. Esto nos lo han enseñado ellos a base de mentiras, calumnias, engaños a la población. Los fachas están usurpando nombres, espacios, teorías, estrategias, las calles, las manis, las pintadas, el pancarteo, la vida pública, los medios, la historia, hay revisionismo por todos lados, y los peores las maricas fascistas, las que van por detrás de insidias manteniendo un rostro público de decencia y buen talante: ¿cómo vamos a estar de buen rollo? Yo estoy negro. Hay que reventar estos intentos ilícitos de revisionismo y usurpación, formar escándalo cada vez que intenten colarnos una mentira, una estafa, un libro lleno de mierda y falsedades, de ideas perjudiciales, un comunicado en plan buena gente que lo que pretende es desactivar un colectivo molesto, denunciar sus tácticas de exclusión haciéndose portavoces ilícitos de una mayoría gay y lesbiana que nunca les ha dado su apoyo explícito, que no los ha votado. Me río yo de la representatividad de los dirigentes de los colectivos mayoritarios. ¿Qué respaldo social y real tienen? ¿Cuántos votos y de quiénes los hacen hablar en nuestro nombre? ¿Por qué oscuros caminos han llegado a ser las únicas voces maricas con las que han decidido hablar los políticos?

Odio. Sí, ¿qué pasa? Activar las diferencias, los desacuerdos, la imposibilidad de hablar sobre nada, el mal rollo, las malas contestaciones, la inflexibilidad, dar miedo, negar el saludo, cara de asco, que nadie nos venga con monsergas en el curro ni en ningún sitio porque ya nos conoce, sabe de nuestra fama y sabe que le armamos una que se acuerda. Yo conozco muchas maricas así. Temibles. Terribles. Sin que cueste tanto. Y no son antipáticas, son un cielo, gente elegante y educada, pero como les entres malamente tu vida se acabó ahí, se convierte en un infierno. Intratables. Odio puro contra los homófobos y los fachas y la Iglesia y los curas y las pijas y todo lo que apeste a discriminación, a reticencia, a medias palabras, a no pronunciarse claramente. Odio a los colaboracionistas, a los champiñones fascistas que nos salen en nuestro jardín, kapos, pieles de cordero, quintacolumnistas, tolerantes de pacotilla, maridemócratas.

Y si hace falta, darles motivos para sacar el nazi que llevan dentro. No está tan escondido. Apretarles las tuercas hasta arrancarles el «¡Maricón de mierda!» que les quema en la garganta pero que se han acostumbrado a controlar para no decirlo. Inténtalo, si no aflora a sus labios, les rondará la mente y la próxima vez les habremos estropeado la autodisciplina de morderse la lengua y a la tercera saldrá a relucir toda su homofobia, como *Men in B/ack*, a todos los fachas y gentuza les acaba saliendo el marciano, el nazi, el homófobo replicante que llevan dentro y que no pueden controlar, sólo reprimir malamente. No darles excusas para que sigan disimulando, reprimiéndose, al contrario, convertimos, encarnar, ser todo lo que detestan, parecerles vomitivos, odiamos su buen rollo y sus sonrisitas, sus declaraciones compasivas que nos dan miedo, terror. Desenmascarar al enemigo hasta que cante. Provocación, esperpento: esto lleva mucho tiempo inventado. Llevarlos al límite. No somos sistema, ni ciudadanos de primera, ni demócratas, ni hemos pactado nada que nos obligue a ser como ellos, no molestarlos, o dejarlos de joder. ¿Pero de verdad nos han acallado para siempre? ¿Ni hay nadie que tenga ganas de formar a cada poco un pifostio enorme como el de Ana Botella toda confiada visitando su cortijo del COGAM y saliendo a huevazos, o la que le liarón una banda de queers a una sodomita fascistoide metida a escritorillo en la presentación de un libro infamante? No estoy inventando la pólvora. Simplemente veo otro tipo de gente que actúa de otra manera, que se indigna, que no se contiene, que no guarda las formas, que desde siempre han estado dando el callo, des-gañitándose, no dejando ni una sola agresión sin respuesta, cortándole el paso a los que piensan que todo el monte es orégano. Mi deseo es ver esta actitud generalizada, que se note más allá de hechos puntuales, que impregne nuestro día a día. Ética cabreada. Politización del día a día.

El mal rollo está al cabo de la calle. Basta hacerlo explícito y se ponen los fachas como basiliscos. Dimitieron de Zero en 2007 unos cuantos colaboradores, a raíz de ver en su portada a un líder de la derecha que nunca ha movido un dedo por nosotros, junto con una entrevista melosa,

adulador y trepa a su interior, dimitiéndole por que les dio la gana, no tenían por qué dar explicaciones y las sueltan un rollo sobre libertad de prensa, antidemocracia, dictaduras cubanas y cosas que se han aprendido en sus colegios de curas y en los mítines del PP, y se quedan tan frescos porque ellos son los verdaderos demócratas y defensores de la libertad. Ni que defender la libertad fuera adular a un facha en un revista marica. Eso no es libertad. Es colaboracionismo. Rollito Vichy, no el catalán, el francés. Por no hablar de las intoxicaciones a nivel privado, secreto, escondiendo la mano, que se sucedieron luego. Esto de que unas maricas y bollos decidan irse de la empresa con la que han colaborado puntualmente supongo que les habrá parecido insultante a unos cuantos. Todo menos ponerse de parte del trabajador. Yo me voy de donde quiero y me meto donde me da la gana y tú no eres quién para opinar de ello. Y si te da por opinar, yo soy muy libre de cagarme en ti y en todo lo que piensas y haces. Están los fachas envalentonados y nosotros acojonados. Esto es lo que hay que cambiar. Parece que como ganaron la guerra civil se creen que no les vamos a escupir a la cara de nuevo. A mí me la suda perder otra vez, no la guerra civil, sino Madrid, las elecciones y el cantón de Cartagena: no me voy a quedar con las ganas de escupirles. La derecha nos está chuleando a las maricas, haciendo proselitismo entre nuestras filas, reclutando maricas imbéciles que se venden por nada, mientras a los demás se nos exige y se nos supone una actitud de tranquila contemplación viendo cómo hacen y deshacen a su gusto. Los más débiles de espíritu y mente corren a apuntarse al caballo ganador, pero tomamos nota y también iremos a por ellos. Esto tal vez no sea ni ética ni política, esto es desahogo y no estar dispuesto a aguantar más. Esto es estar harto y hasta aquí hemos llegado. Voluntad de estar en contra, por decisión propia.

NADA DE QUÉ HABLAR

En algún lugar dije hace tiempo que me sentía gobernado por otra especie y que la democracia es heterosexual. Nuestros mundos, opciones sexuales, convivencia, modos de vida son incompatibles de raíz y no hay diálogo ni acuerdo posible y si por asomo hay algo parecido hay que cargárselo ipso facto. En algo nos habremos equivocado las maricas si acabamos estando de acuerdo con el heterosexismo. Esto hay que darlo por seguro. Si firmamos lo que sea con ellos, los que nos habremos equivocado somos nosotros, no ellos. A ellos siempre les conviene estar a bien con nosotros mientras se quieran seguir llamando demócratas y tolerantes. Cuando se aburran ya sacarán las fascas para degollarnos y dejarse de monsergas. ¿Realmente son tan monstruosos y tan hijos de puta los heteros? Sí. No todos, pero sí, muchos son así. ¡Qué barbaridad! ¡Qué injusticia decir estas cosas con la de heteros que nos apoyan, que nunca han sido homófobos ni lo serán! El buen rollo hace de estas afirmaciones más pura exaltación, cosas increíbles, estupideces que me hacen quedar como un puto gilipollas, un cenizo, un heterófono, pero que levante la mano quien no conozca por lo menos a diez fachas hijos de puta sin pudor en mostrarse homófobos a cara descubierta y actuar contra nosotros sin despeinarse. En el Parlamento, en la Conferencia Episcopal, por la tele, por la radio. ¿A que los hay? Pues no estaré desvariando tanto. Digo yo. No habrá tan buen rollo como parece.

¿Acaso podemos pasearnos por España haciendo lo que nos dé la puta gana sin temor, sin que nos insulten o sin correr riesgos? ¿No, verdad? Pues eso, que este puto país está lleno de fascistas y de homófobos y que de buen rollo nada. Y menos si te alejas de las grandes ciudades. Y cuidado con los nazis matamaricas de estas grandes ciudades que algunos dicen que la policía se empeña en tener manga ancha con ellos porque son hijos suyos y blablabla. El buen rollo. ¿Qué coño es el buen rollo? El buen rollo siempre significa callarnos y agachar la cabeza y pasar desapercibidos y desocupar la escena social, y entonces nos habremos ganado el que hagan con nosotros la vista gorda y no nos puteen más de la cuenta. Tregua trampa no es la de ETA sino la de estos mierdas. Si yo en el fondo soy igual que el PP. Me niego a negociar. Con estos hijos de perra no hay quien negocie, siempre tienen armas, zulos, siguen con la kale borroka, una palcica por aquí, una agresión por allá, una transex puteada o asesinada, quieren acabar con la España marica como sea y la tregua ésta se la va a crear su puta madre. Yo no negocio. Antes negocio con ETA que con los fachas homófobos. Porque quieren de nosotros concesiones políticas, renunciadas territoriales y de soberanía, ¿a cambio de qué? De cuatro caramelos. Terrorismo de Estado, Terrorismo Homofóbico Global y tregua trampa es lo que nos ofrecen los fachas homófobos. Y los putos curas. Paso de caer en su tregua trampa. A mí no me engañan. Que soy de derechas de toda la vida. En mi nombre no. A mí no hay quien me haga dejar de pensar, cuando hablo con un puto facha que me sonríe en plan obispo, que si pudiera me exterminaría, y de hecho hace todo lo posible cada día para joderme lo máximo. Pero cuando hablamos cara a cara se quiere ahorrar la bronca, el disgusto y la subidita de tensión. ¡Pues que reviente! El y su buena voluntad de poder. Yo a lo mío: pillaje, chantaje, oportunismo, ni diálogo, ni acuerdo, ni consenso, ni reglas de juego. La democracia no sólo es compatible sino que hasta necesita de los McCarthy, Bush, Reagan, Aznar, Berlusconi, Sarkozy, los gemelos polacos de turno.

Estoy ya muy vieja como para creerme que el que no nos masacren no pertenece necesariamente al orden natural de las cosas. No creemos en el orden natural de nada, ni del ser humano, ni de la sociedad, ni de la democracia. Por experiencia el orden natural o el histórico, el orden de lo acontecido es la masacre. Como en democracia. Algunos heteros, en países democráticos ricos, nos consideran de los «suyos». Las maricas son de los «nuestros». Pues no somos de los suyos. Ni somos personas, ni somos de los suyos. Ni somos españoles. Ni somos ciudadanos. Aceptamos sus regalos, su supuesta lealtad ampliada: no somos gilipollas, somos perros, bebés chantajistas, parásitos. Pero no se me ocurre ningún motivo para dialogar con ellos y convencerlos de que no deben aplastar maricas o ahorcar galgos. Tanto da. Nadie puede fundar un discurso así, que los convenza de la inconveniencia de la homofobia para sus vidas. Sólo un sentimentalismo muy poco de fiar. Lo único que hay sobre la mesa es el deseo incomprensible de no masacrarnos de algunos heteros, de los zapheteros: benditos sean. Aprovechar la coyuntura, darles la patita y mover el rabo. Hay mejores dueños de galgos que otros que nos ahorcan o nos dejan en una gasolinera. Hay muchos alemanes que adoptan galgos maltratados. Hay padres fácilmente chantajeables por sus bebés y otros que te aplastan el cráneo o te queman cigarros cuando tienes 3 meses. Curtir la piel. Están locos estos heteros. Casi mejor me creo que el deseo de no putearnos a las maricas sea infundado. Hay miles de discursos muy bien fundados y iusnaturalistas que justifican masacrarnos: no apelar nunca a nada trascendente, a ningún fundamento incontrovertible para que no nos pisen el careto. Ésta es su estrategia, no la nuestra. Las maricas no somos humanas, si acaso caninas. Mejor que toda apelación se haga en el vacío ideológico, que no recurra a nada supuestamente sólido e inmovible, verdadero, verdad de la buena. No somos gilipollas, sabemos que estamos nadando en el puro vacío.

Mientras entre ellos esté mal visto —ellos sabrán por qué— masacrarnos y perseguirnos masivamente, habrá que aprovecharse y darlo por «verdadero». Si ellos mantienen conductas pensando que lo hacen en nombre de la verdad, hala, hala, no vamos a desengañarlos, pero no vamos a caer en sus trampas metafísicas. Nosotras vemos *Matrix*, vivimos en *Matrix* o en el mundo real, qué mas da si no hay forma de distinguirlos y nos da igual que nos masacren en *Matrix* que en el mundo real. Cuando Morfeo nos ofrece las dos pastillas, azul y roja, nos zampamos las dos en plan perro tonto: ¡Comidaaa, gominolaas! ¡Fias! ¡Fias! ¡Slurrrr! Y le dejamos la mano toa babeada. Ya veremos qué digestión hay. Y cómo le sienta al cerebro zamparse las dos pastillas. Yo es lo primero que pensé al ver la peli, en zamparme las dos. Pero lógica de la verdad y de la autenticidad, ninguna. Lógica de absorber, engullir, padentro, padentro. Y al oráculo que le vayan dando. Y a todos los salvapatriamaricas. Yo soy mu burro. Como el burro de Buridano. También llamado Asno. La tontería escolástica era la misma que la de *Matrix*. Pones a un burro a la misma distancia de dos montones de paja. Y como no sabe por cuál decidirse ni para qué montón tirar, se muere de hambre. Mentira, primero se zampa uno y luego se zampa el otro. Que no nos pongan a las maricas en situaciones difíciles.

Por ejemplo, en la tesitura de sacar rendimientos políticos del hecho de ser marica, lesbiana o trans, y dar lastimita a cambio de cosas. No somos víctimas del terrorismo. Somos víctimas de la homofobia. Y para nosotros ni hay dinero, ni se nos paga nada, ni se nos ponen medallitas, ni nos invitan a ninguna parte. Ni vienen los ministros a los funerales de las maribollos y de las trans muertas. Ni se considera que una marica muerta es un asunto de Estado. Yo quiero ser declarada víctima del terrorismo homofóbico y vender mis servicios a los partidos políticos a cambio de pensiones, dinero, influencia y minutos en televisión. También nosotros tenemos nuestros muertos. ¡Muchos más que los de todas las asociaciones de víctimas del terrorismo juntas! Pero en fin, parece que ser gay, marica o bollo víctima de la homofobia no es moneda de cambio válida en democracia, ni nos aporta nada, ni nos hace más listos, ni más despreciables, ni más tontos. Habrá que renunciar a fundar una sucursal de la AVT, la AVTH, Asociación de Víctimas del Terrorismo Homofóbico. Da pena, porque es una oportunidad política desperdiciada. La homofobia tiene más adeptos, más organización,

más instituciones, más financiación, más cobertura global, más «entorno» y más víctimas conseguidas que cualquier organización terrorista, es mucho más antigua que todas ellas y cuenta con miembros destacables de la comunidad nacional e internacional en sus filas. La democracia y la tolerancia pa los fachas y pa sus víctimas. Están en ella súper a gusto. Nosotros y nuestras víctimas a jugar a la calle. Pasando de compartir patio. En este duelo no vamos a dejar que elijan otros las armas ni el campo de juego. Esto es una puta democracia de leones que quieren convencernos a las gacelas de ser demócratas y votar, pactar y estar de acuerdo con sus leyes leoninas. La democracia felina pa ellos, nosotras necesitamos en la sabana otra cosa para sentirnos más seguras y más a gusto que un partido de leones demócratas que velen por nuestros frágiles cuerpos mientras pastamos.

Nada de que hablar. Ni buen rollo. Pero, ¿qué reglas del juego vamos a compartir ni que ocho cuartos? ¿Quién juega? ¿De quién es el Scatergories? ¿Quién se lleva la baraja y el tablero si se cabrea? Ellos. ¿Y nosotros qué hacemos jugando juntos con el niño rico que cuando se rebota se marcha y se lleva sus juguetes? Que le den a él y a sus juguetes. Y a su padre. No acepto el escorpión como animal de compañía. Siempre te acaban clavando el aguji3n aunque les estés cruzando un río. Y respecto al niño rico, cuando crezca ya no se hablará con los niños pobres y entrará en su círculo social adecuado. La única regla para jugar juntos a un juego es no me pises que soy marica y yo haré lo que me salga del coño y te joderé mientras viva y tú sin tocarme ni un pelo del moño. ¿A que no quieren jugar a eso? Pues eso para mí se llama democracia.

CAPÍTULO VIII. Solidaridad LGTBQ

¡Oh mis amigos, no hay ningún amigo!

Aristóteles

LA USURPACIÓN DE UN TÉRMINO

Me imagino que, a estas alturas, más de una y de uno estarán pensando que en vez de un manualillo de Ética Marica accesible para cualquiera, sin muchas pretensiones y de cierta utilidad, lo que se han leído resulta más bien el recetario utópico, insólito e inalcanzable de cómo llegar a ser una Supermaribollo Heroica, una Supertrans Ultrarrevolucionaria, una Wonder-queer Megasolidaria. No se trata de eso, ni mucho menos. Lo último que se me ocurre como exigencia ética es tener que llevar a nuestras espaldas el peso de una solidaridad forzada, humanista, caritativa, generosa, nacida de un corazón puro, del universalismo moral que implica ser un gay o una lesbiana que conocen el sufrimiento y la opresión y por ello abren su corazón a todos los parias de la Tierra, trabajando para ellos. Esta escoria ideológica se llama cristianismo y representa una posición de poder. El movimiento LGTBQ no es ninguna oenegé nacida del seno capitalista que abre sus brazos a los miserables del planeta para, desde un estatus privilegiado consolidar una situación injusta de hecho y reforzar el sistema con una militancia de aires revolucionarios y solidarios pero absolutamente servil en sus planteamientos de fondo. Por no cuestionarse realmente qué solidaridad quiere poner en juego y si el valor mismo de Solidaridad no es una trampa ideológica que conduce directamente de los sindicatos obreros de Gdansk al Papa, pasando por Lech Walesa y los gemelos fascistas, una asimilación devoradora por parte de la derecha de todos los valores revolucionarios para neutralizarlos y reconducirlos a su redil.

Frente a la sodomita neocon, que sólo piensa en su puto culo, la solución no está en abrir nuestros corazones y sensibilizarnos con el sufrimiento ajeno para ser mejor que ella. No somos monjas, aunque muchas somos lesbianas. Es un error el intento de abanderar un talante solidario de pacotilla, de oenegé imbuida de valores sociales, de encarnar esa izquierda maravillosa que tiende su mano a los desfavorecidos. Que nunca ha existido, que mejor no llegue a existir y que nadie desea. Así no se rompen las jerarquías, no se logra desestabilizar una distribución injusta de derechos y obligaciones, un sistema de explotación y discriminación: así sencillamente lo que hace la izquierda es confundir la justicia con su propia buena conciencia, aferrarse a la caridad política como sustento ideológico, utilizar el sistema legal para lavarse la cara, dejarlo todo intacto para poder continuar mintiéndose y contándose la película de que la izquierda es la única que pone el desarrollo económico al servicio de una política social solidaria. Lo malo de esto es que sigue exigiendo por parte de los beneficiarios un input de gratitud y reconocimiento, unos ladriditos de satisfacción, una movida de rabo y unos lametones en la mano que tira el hueso: todo esto es muy antiguo y apesta a iglesia. Y exige también, sistémicamente, el mantenimiento de situaciones de opresión objetivas que posibiliten políticas sociales que garanticen una masa social agradecida a la generosidad de su Gobierno. Pues los va a votar su puta madre. Ni a derechas ni a izquierdas. Una marica no debería votar nunca para que no se confundiera su voto con el referendo a política institucional alguna, siempre decidida a otorgar libertades cicateramente y con cuentagotas para seguir disponiendo de un voto cautivado por el hilillo refrescante de derechos que mana en contadas ocasiones de la fuente de la izquierda y que nunca logra apagar nuestra sed. Bebemos millones de maricas y trans de una minúscula grieta por la que se cuelan filtraciones de derechos del gigantesco pantano que los políticos de todo signo atesoran y defienden tras un muro de contención hormigonado que impide que nuestras vidas se inunden de libertades siempre preteridas, de derechos siempre regulados a discreción.

Con las maricas se lleva practicando una política hidrológica nefasta y restrictiva desde tiempos inmemoriales. Para empezar, por haber construido un pantano que dejó seco nuestro río y ahora les sirve de excusa para no soltar agua con el risible argumento de que supondría una crecida que nos llevaría a todas por delante. Me dan ganas de vomitar cuando gente inepta se pone a hacer política calculando lo que la sociedad está dispuesta y preparada para aguantar, soportar, albergar y recibir en lo referente a derechos y libertades. Siempre el argumento del miedo. Siempre el paternalismo. Siempre la herencia de la Transición: poco a poco, paciencia, unos detrás de otras, manteniendo un orden de prelación arbitrario, primero las maricas, luego las trans, pero no del todo, ni unas ni otras, no os inquietéis, habrá para todos, estamos gestionando vuestros derechos para que de aquí a cien años se produzca una cierta nivelación sin que tengan lugar sobredosis, empachos, ni se quiebre el equilibrio social. España sigue teniendo terror a sufrir una intoxicación de libertad. Porque ello supondría la merma del poder de los que ya tienen todos los derechos y libertades a su alcance y vaya si los ejercen, y el aumento del poder de los expropiados políticamente desde siempre: desempoderamiento generalizado y desactivación política desde hace treinta años de los obreros, de los sindicatos, de las maricas, bollos y trans, de la sociedad civil en su conjunto, criminalización de la juventud politizada, de las nacionalidades históricas con voluntad de autodeterminación, de los inmigrantes, del movimiento de okupación. Y en contrapartida fomento de organizaciones subvencionadas por el Estado y sometidas a su control, usurpación de los espacios de libertad por políticas asistenciales de contención, demonización y persecución policial de cualquier grupo libertario que inmediatamente se tacha de radical, si no de violento o antisistema, utilización monopolizadora del signifiante democracia para anular el más mínimo atisbo de sociedad civil, secuestro del signifiante libertad para implantar políticas represivas centralistas y mantenedoras del desequilibrio social y de los privilegios legales de mayorías oligárquicas, sexuales, religiosas. ¿Hace falta ser una Supermarica para acabar con todo esto?

La verdad es que si viniera una Wonderqueer del espacio exterior, o aunque fuera de la misma Pontevedra, me da igual, y se liara a escarmentar a la banda cabrones que siempre votan en contra de cualquier ley que pueda beneficiar a unos cuantos pobres desgraciaos, o la recurren ante todas las instancias, o salen a la calle a manifestarse en su contra, o la hacen nacer muerta, o la sacan sin escuchar a los principales afectados, o lo hacen movidos por intereses de imagen de partido, la verdad es que así todo iría más rápido y nos ahorráramos mucha lucha y muchos sofocos por venir. De momento, lo único que nos queda es recuperar dos o tres palabras del diccionario y volverles a dar sentido. No su sentido originario, a las maricas volver hacia atrás siempre nos espanta, cuanto más atrás volvemos en la historia pasamos del insulto a la cárcel, del manicomio a la picota, de las pedradas a las hogueras, de la inquisición a las purgas estalinistas. Las maricas nunca giran la cabeza hacia atrás cuando oyen voces sospechosas, siguen hacia adelante y aprietan el paso. Es la única actitud medio política que seguimos manteniendo por cuestiones de auto-conservación: siempre adelante sin volver la vista atrás, y si puede ser rapidito mejor que mejor. Ya meteremos los pies en agua con sal al llegar a casa.

Una de esas palabras que habría que recuperar es «solidaridad». Yo estoy intentando recuperar «ética» y transformarla en un arma arrojadiza, en un pulverizador de pimienta antivioladores, en vez de en una mordaza o en la camisa de fuerza que siempre ha supuesto la ética para nosotras. Pero necesitamos también recuperar la solidaridad de las garras de la caridad derechizada y católica, rescatar la solidaridad de la oscura trampa de las oenegés, liberarla de sus tintes de virtud compasiva, cristiana, humanista, dejar de confundirla con no sé qué magnanimidad, buen corazón, empatía y limosnero altruismo-puertadeiglesia. Yo no sé qué coño tiene que ver la solidaridad con los buenos sentimientos. Yo no sé en qué carajo se parecen una marica solidaria y una buena persona. Yo sí sé que si la solidaridad suscita el beneplácito de los poderosos, del hetero-sexismo, de la homofobia, entonces no es solidaridad. Yo sí sé que si la solidaridad es un valor que utilizan los que nos odian, entonces no es solidaridad. Yo sí sé que la solidaridad tal como la conocemos hoy en día es equivalente a corporativismo, cierre de filas de los poderosos, interés de clase burgués, valor mantenedor del statu quo, lubricante para el sistema.

Nos da la risa cuando vemos el cabreo que se han pillado los fachas porque les hemos reventado hasta hacerlo trizas su signifiante tan querido de «matrimonio». Yo los comprendo. Tienen toda la razón. Si dos bollos se pueden casar lo mismo que el hijo de la marquesa con la hija del empresario entonces es que el matrimonio ha dejado de tener significado, ya no tiene ningún sentido para los que lo inventaron. Les hemos robado su signifiante y es normal que estén exaltados y muy violentos. Otra cosa es que quien roba significantes acaba quemándose las manos con el robo y sufre el castigo de jugar con cosas tan brutales como son las palabras: las maricas y lesbianas, tras este robo, ya no volveremos a ser las mismas, estamos gilipollas

con las boditas y pingadas hasta las tetas con los valores e efluvios perversos que emanaban del matrimonio y que nos están desarbolando y causando centenares de bajas.

Pero si nos dio la risa con el berrinche de la derecha, a mí al menos se me hiela la sangre cuando veo que, a cambio, los fachas se han apoderado de significantes tan poderosos como los de «libertad», «democracia», «solidaridad». Y que los pintan en una pancarta y salen a miles detrás por las calles del Reino. Libertad con ira. Si yo no estoy inventando nada. Mi estrategia casi es una burda copia de la derecha: libertad con ira, sólo que intento cambiar los contenidos de las palabras, restituir alguna cosa en su sitio, cambiar otra de lado, acabar con lo que nunca debió de significar tal vocablo. Cosas muy sutiles en el fondo. Por no hablar de la usurpación que las sodomitas neocons han hecho del término «queer», habiendo reducido lo que eran las señas de identidad de todos los individuos irrecibibles sistemáticamente a un grupo de maricones institucionalizados a los que les mola poner el culo y que se lo peten. No hace falta tener ofato de lince para distinguir entre lo que unos llaman queer y lo que otros quieren hacer pasar por «queer»: pero no basta con confiar en la sensibilidad de nuestros hocicos, si dejamos pasar el tiempo y no hacemos nada al respecto, si dejamos que nos roben nuestros nombres, dejarán de tener poder transformador alguno sobre la realidad y su perfume libertario acabará desapareciendo. Dará lo mismo decir «sodomita neocon», «queer sin techo», «bollera depauperada», «trans disfórica»: todo significará lo mismo, todos serán españoles, todos serán demócratas, todos condenarán la violencia, todos tendrán buen talante, todos votarán izquierda o derecha según la valía del candidato.

La solidaridad nada tiene que ver con ser buena persona. Para empezar, porque lo de ser buena persona siempre ha sido una prédica clerical. Buenas personas son básicamente las que no ofenden el sistema de privilegios de los poderosos si no pertenecen a este grupo, y que además los disfrutan, si es que pertenecen a él. Solidaria es una persona que lucha contra cualquier privilegio de clase, contra la injusticia social, contra la opresión, contra la discriminación, contra el sometimiento de los sin voz. La solidaridad no es un valor moral, es una actitud sistémica desestabilizadora y de conflicto. La solidaridad no es darse la mano, es dar puñetazos. La solidaridad no es pintarse las suaves manos de blanco, es curtirselas en trabajar contra la opresión y lucir los callos de la lucha contra quienes pisan cuellos ajenos. La solidaridad no es ser puros, immaculados y pacíficos, éstas son las virtudes desactivadoras y alienantes que predica el enemigo, es ser sucios, impredecibles y vivir a carapero. La solidaridad no es amar al prójimo como a ti mismo, sino distinguir entre los prójimos, tener buen olfato para detectar el olor a incienso y a dinero y así amar a unos y luchar contra otros. La solidaridad no es asumir todas las luchas, sino llevar una sola y misma lucha hasta el final, porque la solidaridad no es más que la sinergia de los oprimidos. La solidaridad no es creer en la bondad de los que muerden el polvo, sino saber que mientras alguien muerda el polvo yo estoy en riesgo de morderlo al día siguiente. La solidaridad es temer por las propias barbas cuando ves a una trans perseguida.

Hay que limpiarse las mentes de toda la basura ideológica con la que nos las han ido llenando y comiéndonos el cerebro hasta no ser capaces ya de orientarnos en un mar de significantes neutralizados, usurpados, revisados, desactivados, inutilizados, apropiables por cualquiera, heredad común de desgraciados, de hijosdeperra, de curas, de ricos, de taxistas, de bolleras, de especuladores, de fascistas y de trans. Hasta cuando decimos «silla» o «mesa» las maricas estamos queriendo decir otra cosa. Nuestros significantes, hasta los más sencillos, no quieren decir lo mismo que cuando una fachita dice «silla» o «mesa». Porque su uso es distinto. Cuando yo digo silla o mesa nombro dos realidades que son válidas para metérselas por el culo a los fachas impenetrables, o para partírselas en la cabeza o para hacer una hoguera en sus castillos. Mientras que cuando ellos dicen silla o mesa sólo piensan en sentarse a la mesa y comerse con cubiertos de plata plusvalías ajenas. Cada palabra, cada vocablo, cada significante, cada término, es revolucionario, es portador de conflicto social, es portador de los valores de una clase, de un grupo, de unos intereses. Cada palabra es un proyectil, una bomba, munición. Decir «solidaridad» es acabar con los contratos basura. Decir «solidaridad» es terminar con la homofobia. Decir «solidaridad» es combatir la xenofobia. Decir «solidaridad» es acorralar a los poderosos. Decir «solidaridad» es poner en fuga a la derecha. Las palabras son mágicas y están llenas de poder. Ursula K. Le Guin lo sabía perfectamente. Si conoces el nombre verdadero de las cosas tienes todo el poder sobre ellas, para transformarlas, para cambiarlas, para dejarlas tal y como son. Nunca le digas tu nombre verdadero a nadie o caerás bajo su poder. En este país ha pasado como en las *Historias de Terramar*, se han ido al carajo los nombres verdaderos, ya nadie los conoce, ya nadie llama a las cosas por su nombre. Empecemos por rescatar unos cuantos nombres de las redes del mal.

¿Por qué la solidaridad no es un impulso del corazón y sí una exigencia ética para toda trans, para todo bollo, para toda marica que se precie? ¿Por qué ser solidarias no es una virtud moral que debe encarnar una marica militante a fuerza de tesón, empeño y superpoderes, y sí en cambio una consecuencia lógica del ser maribollo que cae por su propio peso? ¿Por qué frente a la lógica del «yo soy yo y mi puto culo» no cabe más alternativa que la solidaridad? Dicho de otro modo, ¿por qué no se puede ser marica y de derechas? ¡Claro que se puede! Pero se te pone cara de gilipollas y de aprovechado. De puto arrimao. De convenio. De Lola Flores. Encefalograma plano. El cerebro está hecho para sobrevivir, pero si eres de derechas, conservador, la supervivencia y el nivelito de vida de puta madre ya lo tienes garantizado (si eres marica, de derechas y pobre ¡que te vaya bonito!) y el cerebro ya no te sirve para nada, tus neuronas perecen a la velocidad del rayo, cuando abres la boca siempre acabas diciendo tonterías y todo te lo tienen que repetir dos veces. Esto ya debería ser argumento suficiente. Pero hay más. Aunque dudo que tengan el coeficiente mínimo indispensable para atenerse a razones. Mi estrategia no es acusarlas de deslealtad para con otras maricas, llamarlas insolidarias como quien nos llama maricones para insultarnos, tratarlas de parásitas porque se han pasado de perras.

INTERLUDIO DEL PERRILLO KIOSQUERO

Pasarse de perras. Como todo en este mundo, las políticas perras tienen un doble filo. No es lo mismo una política a carapero que una política de perro de lujo, de perrillo faldero, de perro de raza, de perro de compañía, de perro guardián, de buen perro. Me flipan los perrillos kiosqueros, los perrillos de las viejas de Lavapiés. Son horribles, de ojos saltones, súper pequeños, multicolores, de pelo encrespado, ralo, tiñoso, orejas imposibles, patiocortos a más no poder, rabo mutilado, mal cortado, de caracolillo, con la lengua caída fuera de la boca torcida, sin dientes, con la mandíbula inferior cerrándose sobre la de arriba sin lograr encajar nunca, cojos, tuertos, con abriguitos de lana que aún los afean más y los hacen más ridículos, chuchos, nacidos de mil folladas callejeras, sin pedigrí, cruzados un millón de veces, de genética imposible. Y con un carácter de mierda, malhumorados, todo el día ladrando, ladridos agudos, estridentes, insoportables, peleándose con todos los demás perros, cuanto más grande el enemigo y de raza más pura más probabilidad de que le formen estruendosa bronca, malos perros con las dueñas, con los demás perrillos kiosqueros que ven cada día, varias veces al día, cuando sus dueñas los sacan de paseo siempre por los mismos sitios, lo cagan todo, lo mean todo, son antipáticos, es imposible siquiera plantearte acariciarlos. Cuando entras en su campo visual ya están gruñendo, si te acercas más empiezan a ladrar y se les levantan las cuatro patas del suelo con cada ladrido, pasas en bici y se te tiran detrás, te paras y salen por patas disparados sin parar de ladrar.

Cada vez que los veo pienso cuál es su función en este mundo. Por qué existen. Cómo han conseguido proliferar y no extinguirse los perros de mi barrio. Por qué no hay perros así en los barrios ricos. Cómo puede una criatura tan insoportable, desagradable, indómita, carente de cualquier recurso, que no da nada a cambio, perfectamente inadaptada, que desafía todos los valores sociales atribuidos a su raza: bondad, docilidad, belleza, compañía, salir adelante y lograr que les hagan chalequitos, impermeables, abriguitos de croché, que todos los días les den su comida. Pienso en ellos y en las viejas de Lavapiés. No hay viejas como ellas en los barrios ricos. Ni perros como los suyos en los barrios ricos. Son perros proletas, perros pobres, perros como sus amos, perros de clase, como hay conciencia de clase. No adoro a las viejas de Lavapiés. Son homófobas y racistas una buena parte de ellas. Tampoco adoro a sus perrillos, los odio. Es cosa fascinante verlas rodeadas de vociferante, repugnante escoria animal haciendo corrillos en las plazas, en el cruce de dos calles, mientras critican a los chinos, a los moromierdas, a los sucios-negros, a los maricones. Supongo que la amistad y el cariño hacia sus pequeños Trolls, sus hordas de Orcos minúsculos, ya no les permiten ampliar el afecto hacia ninguna otra criatura deforme, insana, precaria, que viole la normalidad establecida, salvo sus ariscos chuchos. No puedo parar de pensar, a veces, que estoy muy cerca de ellos políticamente. Me admira el hecho de no cumplir con ningún requisito con los que tiene que cumplir un perro y conseguir tener el barrio tomado, los putos perrillos kiosqueros. Sólo cumplen con uno. No cuestan dinero, los recoges de la calle, no se compran en tiendas, son muy baratos.

En Lavapiés no hay perros de raza. Darse cuenta de esto es un barrío multirracial. Pero sólo hay una raza de perros, los chuchos. Cuando empiecen a proliferar los perros de raza será porque las viejas estarán muriendo, las estará echando la especulación, se estarán afincando aquí más maricas burguesas de la cuenta y estarán trayendo sus perros de raza, estéticos, pulcros, bieneducados, cepillados, que se mueren por una caricia humana. Perros despolitizados y de buen carácter. Cuando me pongo a hacer política, a escribir sobre política y ética maricas, nunca logro sobrepasar el nivel de un perrillo kiosquero cualquiera. Y está bien así. Sé como eres. Sé como te dé la gana. Haz lo que te dé la gana. Viste como te dé la gana. Cágate donde te dé la gana. Ladra cuanto quieras. No permitas que nadie se te acerque. Saca tu mal humor en cualquier ocasión. Y vive feliz y en paz sin preocuparte porque vayan a exterminarte por ser un mal perro. Porque eso no sucede. Los chuchos del barrio no tienen miedo, son temerarios, supervivientes natos. Se diría que ellos no han heredado el espíritu de la Transición: no negocian, no bajan la guardia, no hacen concesiones, se mantienen en sus trece, no lamen culos. Esta es la marica que yo soy, la que definiendo, éstas son las que me gustan, las que me caen bien. Así de cutres. Así de blindadas contra la glamurosa estupidez del gay cosmético. Putos chuchos. Nadie quiere ser como nosotras.

SOLIDARIDAD ANTISISTEMA

Me pierden las metáforas de animales. Me hacen perder el hilo. Y la razón. Mejor. De eso se trata. Un poquito de razón por aquí y por allá, pero nunca demasiado. Que aterricemos en la homofobia. Ahora intentaré razonar un poco. Para jugar. Retomo la pregunta: ¿Por qué hay que ser solidarias? Ya doy por supuesto que quedan descartadas todas las motivaciones de tipo religioso, virtuoso, moral, democrático, procedentes de las esferas generadoras de ideologías de control y de homofobia, porque todas las instancias creadoras de valores éticos universales está clarito que trabajan, maquinan, inventan y hacen decálogos y mandamientos para exterminarnos, putearnos y divertirse con nuestro martirio y escarnio público. La solidaridad a la que apunto nada tiene que ver con valores heredados de estos sospechosos manantiales. Empiezo para una constatación obvia. Si consideramos de cajón que cualquier persona que merezca nuestra aprobación y respeto no puede ser homófoba, ¿acaso no es igual de cajón que esa misma persona no puede ser misógina, transfóbica, clasista, racista, eurocéntrica, católica, etc.? ¿No son igualmente exigibles todos estos predicados de la misma persona? Las sodomitas neocons seguramente no estarán de acuerdo. Pero yo creo que necesitarán hacer encaje de bolillos para demostrar de manera plausible por qué consideran que no ser homófobo es algo exigible a todo el mundo, mientras que no ser clasista o xenófobo depende, a veces sí, a veces no.

En el fondo, creo que lo de la homofobia a muchas maricas les trae sin cuidado porque dada su situación social, económica y de clase saben que su integridad física, moral y su estatus están mucho mejor protegidos por pertenecer a un estrato privilegiado, que por apelar a la erradicación generalizada de la homofobia. Es más, no son tan idiotas como parecen cuando les miras a la cara. Son plenamente conscientes, aunque se equivoquen en esta apreciación, de que conseguir una sociedad libre de homofobia es el primer paso para acabar con un montón de privilegios, injusticias y desigualdades a los que no están dispuestos a renunciar porque les va divinamente siendo unos amariconados niños de papá forrados de pelas, de influencias, muy bien abrigados, por sus apellidos de fortuna. Nunca va a luchar contra la homofobia alguien que sepa que justamente la homofobia va de la mano con el mantenimiento de un sistema social injusto del que él mismo se beneficia, no por ser marica, sino por pertenecer a esferas, familias, clases poderosas y de gente bien. Que hay mazo de gente así, yo no lo pongo en duda.

Por otra parte, cabe dar un paso más. Pero se entra en flagrante contradicción y esquizofrenia mental. Son las maricas fascistas que luchan contra la homofobia, pero sólo contra la homofobia, mientras ponen a buen recaudo el resto de sus privilegios. Las sodomitas que no movían un dedo en favor de las demás lesbianas, trans y maricas, sino que se conformaban con salvar su culo desde su posición de clase, al menos eran gente consecuente e incluso asumían cierto riesgo de sufrir ajustes de cuentas homófobos por parte de los miembros de su microsociedad elitista. Riesgos mínimos, pues la burguesía y la aristocracia nunca llevan la automutilación más allá de lo que consideran pernicioso para sus propios intereses: mejor ser más, aunque algunas sean unas pervertidas, que ser menos y todos heterosexuales, esto nos quita poder y, al fin y al cabo, poder ser como quisiéramos y hacer lo que nos diera la gana sin atenernos a códigos morales siempre fue el mayor privilegio de estar en la cúspide. Esta genticilla todavía existe. Y no quiero ponerme a contarlos porque no quiero saber cuántos son. Me da mal rollo. Prefiero pensar de momento que son una minoría a la que tampoco hay que tener mucho en cuenta.

La mayoría abrumadora es la de las maricas y lesbianas de nuestras sociedades occidentales euronorteamericanas que luchan por sus derechos, pero por ningún otro derecho de ninguna otra minoría oprimida. Las lesbianas y gays que están cómodamente instaladas en el «nosotros los demócratas ricos de Occidente» y que no están dispuestas a ampliar su lealtad más allá de lo que significa despenalizar la homosexualidad y conseguirle una mínima protección legal, y por lo demás, que se hunda el mundo. Parecerá que soy muy roja y muy radical. Pero me parece que cae por su propio peso que estructuralmente, por haber nacido en estas coordenadas geoeconómicas, todas somos gays y lesbianas de derechas, maricas liberales, sodomitas neocons, bolleras neoliberales, transexuales eurocéntricas. Y sólo cabe intentar no pasarse con los propios privilegios ni encubrirlos ideológicamente, como mucho ir de radical y luchar contra mis propios intereses y mi propia clase, como puedo hacer yo en un momento dado, como a algunos les puede parecer que hago, pero a otros no porque es imposible que yo pueda pasar por algo más que simpatizante de izquierdas, porque mi ser hijo de médico, educado en colegio de curas, en universidad de curas, que nunca ha tenido un problema en su vida, que ha accedido a una digna vivienda de cuarenta metros, que es funcionario del Estado, me impiden un desclasamiento real, siquiera como fantasía, fantasía que ni se me pasa por la cabeza.

No he escrito demasiadas páginas para confesar que tan sólo estoy haciendo una pirueta interclasista y renunciando de boquilla a todas las ventajas sociales de las que gozo por mi buena suerte de nacimiento. Soy más sincero que todo eso. Tanto como para confesarlo y que nadie se lleve a engaño, que soy una pija que odia a las pijas y que hago lo que puedo y lo que me permito para no hacerme responsable ni participe de toda la mierda que he heredado y que llevo años sacudiéndome de encima. Pero nunca es suficiente. La culpa, no sé cómo llamarlo, la connivencia sistémica por haber nacido en una situación favorecida, nunca se extinguen por completo, nunca acaban de desmontarse, nunca acaba uno de desidentificarse ni de dejar de pertenecer, ni de renunciar al entorno en el que se crió. Es más fácil que una lesbiana chupe una polla a que renuncie a su estatus de clase burgués, es más impensable que una marica se desclase hacia abajo que se coma un coño toa contenta. Estas son las barbaridades que yo pienso. Mucha ética marica, pero a lo que estamos apegadas es a otras cosas que nada tienen que ver con echar un polvo. Todas somos de derechas. Y lo más que podemos hacer es intentar ser un poco menos de derechas. Hacer disecciones con bisturí. Muy precisas. No llevar a cabo políticas neocoloniales en nombre de la libertad conseguida en Occidente, no andar arrancando velos, restituyendo clítoris, evangelizando maricas y lesbianas de otros países, de otros continentes, enseñándolas a ser tan libres como nosotros, tan demócratas. Esto sí que no. Saber reconocer que tampoco hay que irse a otros continentes ni a otros países para ver la homofobia y la transfobia en estado puro. Para tropezarse con bolleras pobres, con dificultades para encontrar vivienda, con trans que huyen de su pueblo, con maricas que emigran a Madrid o Barcelona porque en su casa no hay quien viva, con maricas enfermos de sida, con bolleras emigrantes que limpian casas y que han venido a follar y convivir con otras lesbianas, aparte de a trabajar y salir de un entorno imposible.

Reconocer que los gays y las lesbianas de los países ricos —y este país cada vez es más rico y no deja de presumir de ello, de sus políticas neocoloniales, de sus ejércitos que intervienen allende sus fronteras, de sus repatriaciones masivas de emigrantes, de las patrulleras que la Guardia Civil presta generosamente a los países costeros empobrecidos de donde salen las pateras a miles— es imposible que seamos de izquierdas no supone una constatación paralizante ni una excusa para no hacer nada. O para decir que como somos todos de derechas, vamos a seguir puteando y robando sin denunciarnos unos a otros ni acusarnos de nada porque todos estamos en el mismo barco de los colonizadores, vulneradores de derechos, invasores y explotadores de la población más desprotegida y de sus recursos naturales y humanos. Política del bisturí. O del machete. Que tampoco hay que ser tan sutiles, ni tan nimias son estas diferencias. Hay un abismo entre ser una marica misógina y no serlo. Hay un abismo entre ser una bollera trans fóbica y no serlo. Hay un abismo entre ser una marica terrateniente y no serlo. Hay un abismo entre ser un sodomita neocon que se

¿a que no le huele a dinero?, a fiestas, a poder y a perfume del caro y no serlo. Hay un abismo entre ser una maricasta y no serlo.

¿Con qué derecho vamos a exigirle a un hetero que no sea homófobo si nosotras somos transfóbicas o racistas? El otro día me leía mi amigo David Córdoba unos jugosos documentos de principios de los noventa donde algún miembro del FAGC, cuyo nombre me callo para no hacer sangre, se manifestaba en contra de la inclusión de los transexuales en la Comisión unitaria del 28-J, con la sabrosísima excusa de que la transexualidad no tenía nada que ver con ser gay o lesbiana y la eterna acusación por parte del purismo radical de las maricas progres de que no se puede apoyar a los transexuales a menos que sean lesbianas o maricones, llevando a cabo distinciones escolásticas entre las trans heterosexuales y movidas que ya paro de contar. Hace dos días que intentábamos echar a las transexuales de nuestro lado y éramos unas transfóbicas de aúpa. Ahora todo es buen rollo al parecer. La solidaridad dentro del movimiento LGTBQ de izquierda radical o no tan radical es cosa de antes-deayer. También merecería la pena leerse las palabras de uno de estos líderes maricas radicales antisistema y anticapitalismo, que nunca han vendido su culo a la economía de mercado, celebrando hace unos años las primeras carrozas de empresas y bares en la manifestación del Orgullo en Barcelona porque eso haría venir más gente y hacerla más multitudinaria. Algún día habrá que hacerles unas *Hormigas Blancas* a muchos líderes del movimiento gay y nos vamos a reír lo último. Yo daría para un programa bastante succulento. Sobre todo vestido de nazareno en Semana Santa. O en mi despachito de la UNED con mi póster gigante de la Macarena, al lado de un calendario de chulos semidesnudos, banderas gays, más vírgenes y cristos, carteles en favor de la apostasía. En fin. Otra vez me he perdido. Pero no se me puede exigir pensar claramente con el cacao mental y vital que he tenido siempre.

Vuelvo con mi principal inquietud, que sigue irresuelta. Si nos parece evidente e indiscutible que a todo hetero se le debe exigir que no sea homófobo, ¿acaso a nosotras nos basta con ser lesbianas para que ya nadie tenga derecho a exigirnos nada?, ¿basta con ser trans para tener el cielo de la militancia ganado?, ¿basta con ser marica para que nadie pueda exigirnos ya ningún tipo de compromiso ni de solidaridad? ¿Constituye una justificación suficiente el hecho de ser gay para no tener que asumir más responsabilidades con la sociedad ni con otro tipo de injusticias que nada tienen que ver con la homofobia? Soy marica, luego estoy salvada. Soy marica, pero me caso. Soy marica, luego exenta de ser solidaria. Soy marica, luego justificada para no preocuparme más que de mi culo. No basta con ser marica para que tu existencia esté justificada. No basta con ser marica para que se te considere un tío legal. No basta con ser pobre, negro, bollera, parado, trans, proleta, sin techo para poder pasar del resto de la gente porque bastante tenemos con ser negros, pobres, maricas como para preocuparnos por los demás, aparte de que no se metan con nosotros. No basta con que te pisen el cuello por maricón o por negro para que tú encuentres justificado pisar por tu parte otros cuellos más débiles que el tuyo, o igualmente vulnerables, sólo que por otros motivos. No basta con ser trans o bollera para poder comportarte sin complejos como una auténtica hija de perra y pisar a otras trans, a otras bolleras, a otros emigrantes porque en algún aspecto de la vida te encuentras por encima de ellos. Que te pisen el cuello por maricón no es justificación para que, como maricón, le pises el cuello a la ecuatoriana que limpia tu casa.

Si algo así como una Ética LGTBQ es pensable y deseable, ha de partir del hecho de que la lucha contra la homofobia no puede darse aisladamente haciendo abstracción del resto de injusticias sociales y de discriminaciones, sino que la lucha contra la homofobia sólo es posible y realmente eficaz dentro de una constelación de luchas conjuntas solidarias en contra de cualquier forma de opresión, marginación, persecución y discriminación. Repito. No por caridad. No porque se nos exija ser más buena gente que nadie. No porque tengamos que ser Supermaricas. Sino porque la homofobia, como forma sistémica de opresión, forma un entramado muy tupido con el resto de formas de opresión, está imbricada con ellas, articulada con ellas de tal modo que, si tiras de un extremo, el nudo se aprieta por el otro, y si aflojas un cabo, tensas otro. Si una mujer es maltratada, ello repercute en la homofobia de la sociedad. Si una marica es apedreada, ello repercute en el racismo de la sociedad. Si un obrero es explotado por su patrón, ello repercute en la misoginia de la sociedad. Si un negro es agredido por unos nazis, ello repercute en la transfobia de la sociedad. Si un niño es bautizado, ello repercute en la lesbofobia de la sociedad.

El poder no es una forma concreta de opresión, represión y control instantáneo, caso por caso. El poder que gobierna el sistema social es un tejido de micro-discriminaciones, micro-insultos, micro-explotaciones, micro-racismos que se engarzan unos con otros hasta hacerse un todo sólido y compacto que parece que nos aplasta desde arriba, desde alguna instancia anónima controlada por fuerzas ocultas. Cuando toda su fuerza no procede más que de las agresiones cotidianas, pequeñas, microscópicas, imperceptibles que cada cual comete casi sin darse cuenta. Esto hace que aquello por lo que hay que luchar no sea la derrota de la homofobia sin más y que los demás luchen cada uno por su cuenta contra lo que los oprime. El objetivo de toda lucha, por ejemplo, contra la homofobia, o contra el racismo, o contra la misoginia es la no discriminación de los oprimidos sistémicamente por cualquier causa. En la medida en que todos y cada uno de nosotros pertenecemos a varios grupos, estratos, minorías, mayorías sociales con mayor o menor poder y privilegios, podemos ejercer conductas de presión, de control, de marginación o sufrir persecución, acoso, maltrato o agresión. Todos somos a la vez marginados y opresores. Y ése es el núcleo del poder y de la fuerza del sistema social de dominación de unas minorías por otras, de unas mayorías por otras, de unas minorías por otras mayorías. La marica misógina está alimentando el complejo entramado del poder represivo. El ecuatoriano homófobo está alimentando la bestia de la xenofobia. El nazi marica está alimentando la homofobia. Lo único que quiere el poder es que nos pisemos unos a otros el cuello por distintos motivos. Establece diferenciales entre individuos y grupos en lo que a derechos y posición social se refiere y deja que todo fluya. Cuando se alcanza cierto equilibrio entre los fluidos, eleva a unos de nuevo por encima de otros y rebaja a otros para que vuelva a haber diferencias y sea posible un ejercicio interno de la opresión y la marginación entre los grupos. Éstos, de suyo, forman parte todos del gran grupo de los excluidos sociales, frente a la clase poderosa que nunca o rara vez entra en estos juegucitos de ponerse la zancadilla, sino que se divierte viendo cómo los desgraciados se putean entre ellos y, en vez de ser solidarios, prefieren descargar su rabia unos con otros, debilitándose, perdiendo toda posibilidad de cohesión como grupo de resistencia frente al verdadero poder opresor.

Si la opresión es sistémica, una Ética LGTBQ deberá cubrir todos los frentes. Contra la opresión sistémica, sólo cabe la solidaridad. Toda acción que sea meramente egoísta, insolidaria, refuerza el sistema de represión general. Vas por la calle con tu novia de la mano y un joven de tez morena se agarra la polla, os llama tortilleras y hace ademanes de invitaros a comer lo que quiera que se esté agarrando bajo el pantalón con la mano. Reacción: «¡Vete a tu puta país a chuparla moro-mierda!». Estupendo. Las lesbianas siguen tranquilamente su paseo después de no haber dejado una agresión sin respuesta. Han sufrido una agresión misógina, machista y lesbófoba. Y ellas contraatacan con una agresión xenófoba, homófoba y racista, que, en el caso en cuestión, resulta más efectiva y despliega una potencia de destrucción descomunal mucho más certera y eficaz que la de su atacante. Así funcionan las cosas. Aunque no siempre. Pero la tentación de recurrir a la exclusión, a la discriminación, a la opresión para luchar contra la exclusión, la discriminación y la opresión es muy fuerte. Y de esa tentación se nutre el poder y el sistema de prejuicios, privilegios y valores que hacen existir la homofobia al lado de otras muchas formas de discriminación.

El problema no reside en los cabrones que son misóginos, homófobos, lesbófobos, transfóbicos, racistas, clasistas, machistas, heterosexistas y todo a la vez. A esta gente casi que ya la doy por perdida, y además no son mayoría. Pero son un montón y hay que combatirlos frontalmente sin intentar convencerlos de nada porque no atienden a razones ni a sentimentalismos. Son puras bestias. Con ellos no cabe la discusión, el diálogo, la argumentación, la escritura, ni nada: lucha, conflicto, confrontación es lo único que yo me permito. El problema más grave y que nos incumbe directamente es estar todo el día haciendo malabarismos y saltando del trapeo de los oprimidos al de los opresores porque con ello no hacemos más que consolidar la ética y los valores patriarcales y hetero-sexistas de los que tanto nos quejamos, y que son responsables tanto de que un emigrante insulte a unas bollos como de que ese emigrante no vaya a tener papeles en su vida. No se trata de exigirles a las bollos solidaridad cristiana con los emigrantes venidos en patera que las insultan por ir de la mano. Se trata de darnos cuenta del poder represivo que ejercemos, del que somos capaces y que, para las cuentas totales del sistema, tanto da su cualidad, si ha sido homofobia, racismo o misoginia: el sistema represivo de poder lo devora todo, se alimenta de todo, necesita de todas las marginaciones y exclusiones, para él todo es comida, todo le engorda. Como a nosotros nos alimenta la carne, la lechuga, un salmonete, un moco, chocolate, riñones al Jerez o comernos las uñas: to pa dentro, lo que no mata engorda. Ahí está el tema. Dejar de engordar a la Bicha y encontrar lo que la mata.

Si todos mantenemos nuestro pie sobre el cuello de un vecino desgraciado, la cadena de opresión nunca se romperá y el beneficiado es el sistema social de control: negro que pisa a marica que pisa a pobre que pisa a mujer que pisa a sin techo que pisa a lesbiana que pisa a trans que pisa a negro. ¿De qué sirve la liberación individual de cada grupo marginado si entre ellos se oprimen restableciendo el sistema de dominación como poder diluido en microexclusiones de todos contra todos? La lucha contra la homofobia nacida desde una Ética LGTBQ no puede ser más que solidaria con otros grupos y participar de sus luchas, no por heroísmo de un sujeto autónomo que decide ser solidario libremente, ni porque seamos más buenas que nadie, sino para no reproducir nosotras lo mismo que nos mata. Esto no se consigue esperando milagrosamente a que todas las fuerzas antisistema que pululan en la sociedad acaben uniéndose por arte de birlibirloque, por sinergias ocultas y misteriosas. Esto se consigue teniendo las cosas claritas, siendo capaz de explicarlas, de contarlas, de difundirlas y de hacer que calen poco a poco entre cada vez más gente.

Yo esto no sé ya decirlo de otro modo. Bastantes vueltas le he dado ya con resultados bastante pobres. Quien no me entienda no será por falta de luces, no hay nadie tan tonto, sino cegado por su propio interés y apego a sus privilegios. Con el acceso a la riqueza o al poder de tan sólo algunas maribollos, su instalarse en la clase media y haber dejado de ser perseguidas por homosexualismo, han olvidado la conciencia de clase, su pertenencia al grupo de las perseguidas, se les ha olvidado lo que era (o lo recuerdan perfectamente y no quieren volver atrás) compartir el lugar de exclusión con sidosos, prostitutas, pobres, inmigrantes y demás lumpen. Por eso los echan de sus barrios. El acceso más o menos pronunciado al mundo de los privilegios nos ha hecho olvidar de dónde proveníamos; las maricas ricas, poderosas, temerosas del pueblo, ansiosas de integrarse, han roto los vínculos de solidaridad con las demás maricas, con las que ya no quieren tener nada que ver, nada las une a ellas: la clase, el estatus, el dinero priman por encima de la solidaridad de las maricas entre sí.

Es un ejemplo perfecto de revolución burguesa encubierta, de revolución aristocrática o de clase media, en detrimento de las clases menos privilegiadas que se ven perjudicadas por la emancipación parcial de las maricas, que es una emancipación y ampliación de las nociones de clase ya existentes: las clases poderosas se han fortalecido al incorporar en ellas a las maricas, pero las clases proletarias y las subclases se han quedado peor, han perdido efectivos que, además ahora, las oprimen a su vez. La pedagogía de la liberación sexual ha sido jerárquica, de arriba abajo, y no ha tenido el más mínimo interés en llegar al campo, a las fábricas, a los ámbitos de trabajo y socialidad de las clases más bajas: no se combate, ni interesa, la homofobia en el pueblo, en los inmigrantes, en las cárceles, ¿quién se acuerda? Y si acaso, se utiliza como factor de discriminación y exclusión de los pobres acusándolos de homófobos: acusamos a la cultura latina de subdesarrollada, de poco democrática, de homófoba; acusamos al islam, acusamos a las clases desfavorecidas económicamente de ser el verdadero reservorio de la misoginia, de la homofobia, del racismo, porque las clases altas y la burguesía ya han aprendido a no serlo y a ser libres sin oprimir a los demás. ¡Genial! Para que luego digan que la crítica de las ideologías ya no sirve para nada. Todo falsa conciencia, pues en el fondo sólo se quieren mantener los privilegios de las clases acomodadas que han ampliado un poco su «nosotros», ahora son más y más poderosos con las maricas integradas y disponen de nuevos instrumentos de opresión y de una nueva fachada de defensa de derechos sociales que les ha salido muy barata. Y nosotras a pintarles y enfoscarles su preciosa fachada.

La liberación de gays y lesbianas sólo ha sido posible y permitida pasando por el aro del capitalismo, del comercio, de la burguesía y sus valores discriminatorios: si hacéis profesión de fe de individualismo y milagro americano, os dejamos ser de los nuestros, pero sólo los que recen nuestro credo, los demás seguirán aplastados, aunque nunca diremos ya que lo son por maricas, por respeto a las maricas que están de nuestro lado. Simplemente cambiamos el discurso, pero las prácticas de exclusión y marginación permanecen idénticas y los sectores de la población que queríamos seguir manteniendo al margen y controlados lo siguen estando, pero hemos conseguido depurar la exclusión en provecho de la clase privilegiada, que tiene derecho a ser marica sin que ello le suponga un desclasamiento. Los pobres van a seguirlo siendo, sean maricas o no: que se las arreglen entre ellos si los marginados quieren seguir apedreando a mariquitas y travestís, asuntos sucios de gente baja que no nos preocupan. Nosotras somos ahora más fuertes, y nuestras instituciones también, como la familia, la herencia y transmisión del patrimonio, la ampliación de nuestra capacidad reproductiva (es más fácil ahora que adopte una marica rica que un matrimonio hetero pobre). Un hijo de gays ricos nunca será ya un «hijo del pueblo», se lo hemos arrancado al pueblo y ya formará siempre parte de los nuestros.

Una prueba tal vez anecdótica de que la homosexualidad no se considera una bestia negra que combatir cuando el poder considera que es más inteligente admitirla en sus filas para fortalecer su opresión de clase, la constituyen los curas maricas y pederastas. Da igual lo que hagan: mejor que haya curas maricas que se corran en la cara de sus monaguillos que perder fuerza disminuyendo drásticamente el número de curas porque expulsemos a todos los pederastas y a todos los maricas y a todas las monjas lesbianas. Son unos pervertidos, pero son de los nuestros y, salvo esa nimiedad que podemos pasar por alto, nos apoyan en todo y compartimos un mismo enemigo. Otra cosa son los curas rojos, que van en contra de nuestros intereses de clase, a éstos les quitamos hasta la parroquia: la cruzada de la Iglesia contra la Teología de la Liberación y los curas rojos, que en vez de dar hostias daban pan o bollitos, ha sido espectacularmente mayor y de una eficacia pavorosa en comparación con la limpia y depuración de los curas maricas y las monjas lesbianas y los obispos pederastas: siempre prima el interés de clase y la pujanza de la institución en defensa de su statu quo. La homofobia siempre se puede aparcar detrás de un tupido velo cuando hay cosas más urgentes que combatir. La Iglesia prefiere un ejército de curas chupapollas y sodomitas capaces de exterminar la Teología de la Liberación que unos cuantos curas rojos perfectamente heterosexuales, eso sí que es el verdadero enemigo, el Demonio con rabo y tenedor. Las maricas que pasen por este aro eclesial no son más que sodomitas aferradas a sus privilegios de clase, maricas que han escogido ser curas en vez de liberar a las maricas en su conjunto, han escogido ser curas para follar sin problemas y dejar de tener que pertenecer al pueblo o simpatizar con él.

O las maricas de derechas, o las maricas militares. La Guardia Civil, el ejército, los partidos fachas, admiten en sus filas a maricas y lesbianas para aumentar su fuerza, pero saben que la liberación de todas las maricas y lesbianas va en contra de su interés de clase, familiar, social, económico, etc. No nos odian, simplemente hacen lo de siempre: sólo los fachas muy torpes y cortos de vista anteponen el prejuicio homofóbico a los intereses de clase. La homofobia generalizada puede suponerles un perjuicio y este discurso lo han abandonado ya en su mayor parte, haciendo sus apartijos aquí y allá. No hay una homofobia en estado puro y duro: siempre está teñida de intereses de clase. Esto también sucede, de igual modo, en la izquierda, con resultados más visibles que ellos mismos se encargan de airear. La izquierda se siente más fuerte con las maricas, es un capital de voto que han decidido conquistar y acaparar, aparte de que ya no hay una izquierda lumpen, sino de clase media para arriba, exactamente como quieren hacer creer de las maricas y bollos: todas de clase media, alta, no hay maricas ni lesbianas pobres. ¿Cómo van a ser pobres, si son de izquierdas? ¿Cómo van a ser pobres, si son homosexuales? ¿Cómo van a ser pobres si son transexuales? De lo que se trata, si no queremos perder la cabeza y perder el rumbo definitivamente, es de evitar estas instrumentalizaciones y no ser partícipes de estrategias de represión encubierta en contra de terceros: más pobres, más perseguidos, más excluidos que las propias maricas hace un tiempo. Y tener claras nuestras solidaridades: ¿soy marica o de derechas?, ¿soy marica o de izquierdas?, ¿soy marica o cura?, ¿soy marica o militar?, ¿soy marica o patrón? Y tener claros nuestros enemigos, y llamarlos enemigos y considerarlos enemigos. Y si alguna marica se ve en medio de fuego cruzado y acaba tocada por fuego amigo, por fuego marica, que aprenda a colocarse bien en el frente, que lo mismo no sabía muy bien dónde escoger entre tanto soldado guapo, o se parecía tanto al enemigo que le acabó alcanzando un trozo de metralla rosa.

Pero, ¿entonces qué diferencia hay entre una marica fascista y una marica roja, entre ser de izquierdas y ser de derechas, entre ser solidario y pertenecer a una oenegé? Mira, no te lo puedo decir ni explicar, pero tú eres un facha de mierda y yo no.

Y mecagontotuputamadremaricón.

